

Luis Arturo Ramos

Coordinador

Colección Ficción

Testimonios desde
la memoria colectiva



ficción

Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

Colección Ficción. Testimonios desde la memoria colectiva

70
ANIVERSARIO
Universidad Veracruzana
1944-2014


Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Rectora

Sava Ladrón de Guevara

Secretaría Académica

Leticia Rodríguez Audirac

Secretaría de Administración y Finanzas

Clementina Guerrero García

Secretario de la Rectoría

Octavio Ochoa Contreras

Director Editorial

Édgar García Valencia

Clasificación LC: PQ7244 C64 2014
Clasif. Dewey: 860.80972
Título: Colección Ficción : testimonios desde la memoria colectiva / Luis Arturo Ramos, coordinador.
Edición: Primera edición.
Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, 2014.
Descripción física: 209 páginas ; ilustraciones ; 20 cm.
Serie: (Ficción)
Notas: Incluye notas bibliográficas.
ISBN: 9786075023649
Materias: Ficción (Universidad Veracruzana).
Editorial UV -- Historia.
Autores mexicanos -- Siglo XX -- Memorias.
Autores relacionados: Ramos, Luis Arturo, 1947-

DGBUV 2014/49

Primera edición, 8 de diciembre de 2014

D. R. © Universidad Veracruzana

Dirección Editorial

Hidalgo núm. 9, Centro, CP 91000

Xalapa, Veracruz, México

Apartado postal 97, direddit@uv.mx

Tel/fax (01228) 8185980, 8181388

ISBN: 978-607-502-364-9

Impreso en México / *Printed in Mexico*

SUMARIO

Cincuenta y siete años de Ficción, <i>Luis Arturo Ramos</i>	9
Sobre los orígenes de la Editorial, <i>Ramón Rodríguez</i>	17
Me acuerdo, <i>Francisco González Aramburo</i>	25
Gracias cumplidas, <i>Jorge López Páez</i>	31
Sólo ahora, 21 años después, <i>Sergio Pitol</i>	35
Al agua, patos, <i>Vicente Leñero</i>	41
La recién nacida colección Ficción, <i>Eraclio Zepeda</i>	47
Inicios y retornos, <i>Juan Tovar</i>	53
Fue, lo recuerdo claramente, en 1996, <i>Beatriz Espejo</i>	59
Mi amigo Sergio..., <i>Aline Pettersson</i>	63
De mi amistad con una editorial universitaria, <i>Federico Patán</i>	69
Gracias, Sergio querido, <i>René Avilés Fabila</i>	75
Lecturas con Sergio Galindo, <i>Felipe Garrido</i>	81
De un amor correspondido, <i>Lazlo Moussong</i>	89
Juventud septuagenaria, <i>Enrique Serna</i>	95
La satisfacción del deber cumplido, <i>Eduardo Mejía</i>	101
Colección Ficción, <i>Hernán Lara Zavala</i>	109
Reflexiones en voz alta, <i>Paz Alicia Garcíadiago</i>	115
Tercer libro, <i>Silvia Tomasa Rivera</i>	125
Salero veracruzano, <i>Agustín Ramos</i>	133
Un noble sello editorial, <i>Adolfo Castañón</i>	139
Mi deuda con la Universidad Veracruzana, <i>Juan Domingo Argüelles</i>	147
Un libro sin sombra, <i>Manuel Matus Manzo</i>	155
Momentos, <i>Marco Tulio Aguilera Garramuño</i>	163

Notas para una ficción, <i>José Homero</i>	169
La lección del maestro, <i>Rafael Antúnez</i>	175
Debo, <i>Agustín del Moral Tejeda</i>	185
Porque esta mi casa..., <i>Roberto Peredo</i>	191
Que las palabras tuvieran algo que decir, <i>Victor Hugo Vásquez Rentería</i>	199
¿Quién fue Lini M. de Vries?, <i>Magali Velasco Vargas</i>	205
Yo celebro, <i>Manuel Aguilera</i>	211

CINCUENTA Y SIETE AÑOS DE FICCIÓN

El prestigio y rango internacionales contruidos por la Universidad Veracruzana a lo largo de 70 años no podrían entenderse sin su activa y persistente labor editorial. De ella dan cuenta copiosos volúmenes ensayísticos, textos académicos, revistas especializadas, traducciones hasta entonces inéditas en español y una oferta editorial en correspondencia con las funciones inherentes a las instituciones de estudios superiores. Las publicaciones universitarias patentizan a cabalidad la estrecha relación entre el proyecto editorial y los recurrentes desafíos abiertos por el tiempo y las circunstancias.

Desde sus orígenes, la Universidad Veracruzana ha respondido con eficacia a las exigencias planteadas por las tareas docentes y de investigación, en concomitancia con aquellas requeridas por la difusión del conocimiento, de la cultura y las artes, mediante colecciones diseñadas para satisfacer cada uno de estos casos.

Una de ellas, tal vez la más conspicua por su oportunidad e impacto en el mundo editorial, es la colección Ficción. Novelas, cuentos, poemarios, guiones teatrales y cinematográficos. Prestigio editorial, reconocimiento unánime, premios nacionales e internacionales representan la huella que la serie ha impreso en las páginas de ese ingente volumen llamado literatura universal, así como un no menos fecundo y significativo capítulo en la incesante construcción de las letras nacionales.

Fundada en 1957 por un grupo de visionarios, la editorial universitaria vio en la colección Ficción el medio y la oportunidad de estimular la imaginación y la creatividad como soporte insoslayable y, sobre todo, compatible con las otras vertientes de la función universitaria. Con Gonzalo Aguirre Beltrán y Sergio Galindo a la cabeza, la serie patentizaba una certeza incontrovertible: la obligación de dinamizar y fortalecer la institución veracruzana, reivindicando ese imperativo vital, pero sobre todo humano, de manifestar inteligencia y conocimiento a través de la creación literaria.

Paralelo a todo ello, surgía la certidumbre de que un esfuerzo de tal naturaleza contribuiría a romper el monopolio impuesto por la industria editorial cuya función, en su mayor parte, tenía lugar en el tradicional núcleo rector de la cultura: la capital de la república. La editorial veracruzana se sumaría al intento de distender el estrangulamiento que un añejo y tozudo centralismo imponía en el mundo del libro, a fin de volverlo más incluyente, liberal y competitivo. La afortunada cristalización del proyecto convirtió a Xalapa en centro y contrapeso de una dinámica consustancial con el devenir universitario.

La colección Ficción aparece en un momento adecuado y en territorio propicio. Ambas condiciones impusieron en la geografía lo que las mentes más lúcidas habían ya marcado en el terreno de las ideas: sólo existe provincianismo (entendiendo el término en su semántica más mezquina) en mentalidades de tal naturaleza. Con su propuesta, la Universidad Veracruzana ayudó a romper clichés peyorativos para constituirse en ejemplo y guía de otros empeños similares. Y la serie Ficción, con su filosofía y objetivos específicos, abrió al mundo de la creación literaria un espacio

generoso y propiciatorio, al tiempo que señaló a Xalapa como una de las capitales editoriales latinoamericanas.

Literal y literariamente hablando, México crecía hacia sus orillas y desde sus orillas. Con su labor editorial, la Universidad Veracruzana apuntaló un empeño que tuvo mucho de reconquista. Desde 1957, Xalapa, sede del principal campus universitario, se convirtió no sólo en destino editorial sino en punto de referencia. Todo ello a partir de la apertura de nuevos cauces y alternativas en el abstruso y a veces penoso itinerario sufrido por los originales primerizos.

En un mundo signado por el centralismo y la impronta desmedida de los monopolios empresariales, la UV, fiel a su vocación y cometido de universidad pública, opuso la calidad como razón y la apertura como consigna. La política de Ficción afirmaba el apoyo irrestricto a los jóvenes escritores y apostaba por los atrevimientos temáticos y estilísticos, consustanciales con el perfil y catadura de ese país que se recomponía a sí mismo a mitad del siglo pasado.

Sólo así puede entenderse la publicación de guiones cinematográficos, de obras dramáticas y de otros géneros escasamente aceptados por la industria editorial privada. La bienvenida a temáticas novedosas y sugerentes, a estilos propositivos y hasta irreverentes, rimaba de manera armónica con los principios y filosofía de libertad sin cortapisas impuestos por la política editorial universitaria. La apuesta era clara: todo a favor de los jóvenes autores y de la promoción irrestricta de la literatura, más allá de apremios mercantiles y exigencias comerciales. Los comités de arbitraje vieron en la calidad y pertinencia de los textos la razón única para la aceptación o el rechazo.

Por desgracia, los apremios políticos también imprimieron su huella en la actividad universitaria. El movimiento

estudiantil de 1968 sacudió sus tareas obligatorias y de paso menguó la dinámica editorial hasta casi desaparecerla. Será más de una década después, en 1979, cuando Sergio Galindo, con el apoyo del entonces rector Roberto Bravo Garzón, refunde la editorial y con ello el rescate de dos de sus colecciones más prestigiadas: Biblioteca y Ficción. El impulso y empeño son similares, pero las circunstancias han dejado de ser las mismas. El mercado ha implantado su dominio en el mundo del libro; las empresas privadas se montan en su capacidad publicitaria y comercial para imponer sus productos. Las editoriales universitarias, por entonces ya numerosas, minimizan a su pesar su disponibilidad y presencia en librerías y comercios afines. Cuando la política se inmiscuye en las labores académicas, sufre la producción del libro; algo similar ocurre cuando el mercado y sus demandas ensombrecen y tergiversan la función de las editoriales públicas.

Otras son las circunstancias y otros los desafíos; sin embargo, prevalece el código inicial, piedra sillar del proyecto inaugurado hace 57 años: la calidad y pertinencia del libro como requisito fundamental para su publicación, al margen de su potencial mercantilización y retribución lucrativa.

Pese a los avatares políticos, circunstancias económicas, imposición de las políticas de mercado en el ámbito de las ediciones universitarias, la colección Ficción continúa su ímpetu, fiel a los principios comprometidos hace ya casi seis décadas. A toda coyuntura adversa, la Universidad Veracruzana ha sabido responder con la validez, la pertinencia y la legitimidad de su cometido editorial, fiel a los principios arraigados en la visión aún vigente de sus fundadores. Un somero vistazo al fondo de publicaciones certifica el acierto e ilustra a cabalidad sus consecuencias. Hace 57

años, muchos de los entonces jóvenes poetas y narradores descubrieron en Ficción la oportunidad de concretar sus aspiraciones literarias; otros, más añejos en el mundo y el oficio, advirtieron en la serie un vehículo eficaz y competente para difundir su trabajo y prestigiar su nombre. A ellos se unen, ahora, otras promociones de escritores convocados por los mismos principios: apoyo, apertura y calidad.

El presente volumen cede la palabra a quienes han enriquecido el acervo bibliográfico de la colección Ficción. Los textos aquí publicados rememoran los tiempos y las circunstancias en torno a la publicación de sus originales. Muchos cercanos en el tiempo y el espacio; otros, los más, distantes en ambas referencias; mas todos ellos signados y por lo tanto significados por la validez que otorga el ejercicio sin cortapisas de la memoria. Pero si algo vincula a los testimonios impresos antes en el recuerdo y ahora en estas páginas es la certeza de que Ficción cumplió con su cometido original. Creó lectores que más tarde habrían de destacar como autores de libros fundamentales. *Colección Ficción. Testimonios desde la memoria colectiva* apuntala y celebra la vigencia y validez de su perseverancia mediante esta certidumbre: no existe mejor confirmación de la validez de un proyecto que la certeza de haber dejado huella en la memoria colectiva.

El volumen abre con las remembranzas de dos de sus fundadores. Lo cierra el testimonio de quien está en vías de convertirse en miembro de la colección, gracias a su novela ganadora del certamen titulado, con toda justicia, Sergio Galindo. Entre ellos queda la constancia de un proyecto que certifica con su mera existencia la legitimidad de sus orígenes. *Colección Ficción. Testimonios desde la memoria colectiva* queda pues como vestigio que celebra la consoli-

dación y persistencia de un plan que se significa y valida en sí mismo. Y lo consigue, precisamente, por el fruto de sus obras, mismas que dan cuenta del vigor de las raíces plantadas hace más de medio siglo.

LUIS ARTURO RAMOS

SOBRE LOS ORÍGENES DE LA EDITORIAL

Ramón Rodríguez

SER
DE
LEJANÍAS



ficción

Universidad Veracruzana

El origen de la Editorial de la Universidad Veracruzana se da durante el rectorado de [Ezequiel] Coutiño, quien crea una oficina para difundir las actividades de la UV. El primer director fue Guillermo Mackinley, quien hizo una revista, *Universidad Veracruzana*. Era algo institucional y se reseñaban las actividades de la UV, intercalando breves notas culturales [...] Esa oficina también editó algunos libros de manera muy modesta, aunque importantes para una joven universidad que entonces tenía menos de mil alumnos. Ahí se publica parte de la obra de Rafael Delgado, las primeras investigaciones de José García Payón sobre El Tajín, textos de Manuel C. Tello, de Ramón Alva de la Canal y de Francisco Monterde.

Años después, Coutiño es sustituido por el maestro Aureliano Hernández Palacios, director de la Facultad Jurídica. El maestro Hernández Palacios entonces nombra a Librado Basilio responsable de ediciones de la UV y ahí viene otra etapa del Departamento Editorial. Hernández Palacios hace crecer a nuestra universidad: funda nuevas escuelas y facultades; prepara maestros en universidades extranjeras; extiende a todo el estado la universidad. Eso lo cuenta muy bien el maestro Hernández Palacios en una especie de memoria que escribió sobre su rectorado [*Testimonio de la Universidad Veracruzana*¹]. Claro, todo esto no se hubiera

1 Ramón Rodríguez se refiere a *Testimonio de la Universidad Veracruzana* (col. Estudios Jurídicos, UV, Xalapa, 1998, 278 pp.), donde Hernández Palacios advierte de

podido lograr sin el apoyo del gobernador Marco Antonio Muñoz T., quien dio todo el respaldo a lo hecho por Hernández Palacios y Basilio.

El rectorado de Hernández Palacios acaba a fines de 1956, cuando también concluye el mandato del gobernador Marco Antonio Muñoz, quien es sucedido por Antonio M. Quirasco, que tiene como secretario de Gobierno a José Luis Melgarejo Vivanco. Melgarejo Vivanco propone a Gonzalo Aguirre Beltrán como rector y este a su vez considera a Fernando Salmerón como secretario académico. Salmerón nos propone colaborar con ese rectorado a Sergio Galindo, a Dagoberto Guillaumin y a mí, entre otros [...]

En cuanto estuvo definido lo que cada uno de nosotros haría en la nueva administración —yo fui nombrado jefe del Departamento de Acción Social y Extensión Cultural de la UV—, nos presentamos con Fernando Salmerón, a quien conocíamos no sólo por ser cordobés sino porque tomamos juntos algunas clases en Mascarones, en la UNAM en

manera crítica los retos que le tocó enfrentar durante su periodo rectoral. Ahí amplía lo recordado por Rodríguez: en el rubro cultural y artístico, entre abril de 1955 y diciembre de 1956, Hernández Palacios instruye los trabajos de construcción de la Biblioteca Central de la universidad en Xalapa; crea el Departamento de Bellas Artes —acción que concentra las actividades artísticas y de difusión de la universidad alrededor del Coro y el Cuarteto Clásico, Radio Universidad y el grupo de Danza—; funda el Teatro de Cámara —a cargo de Dagoberto Guillaumin Fentanes, quien promueve tanto la representación de obras de autores de prestigio (Miller, Chéjov y O'Neill) como de piezas de jóvenes dramaturgos mexicanos (Sergio Magaña, Héctor Mendoza, Sergio Galindo y Emilio Carballido, por ejemplo)—; y concreta la apertura tanto del Instituto de Lenguas como de la Facultad de Filosofía y Letras. El primero, a cargo también de Librado Basilio, incluirá las cátedras de Español Superior, Francés, Italiano, Alemán, Inglés, Latín, Griego, Náhuatl y Totonaco; la fundación de la Facultad tiene en Fernando Salmerón, egresado de la UV y de la UNAM, a su verdadero impulsor y creador.

Ciudad de México [...] Salmerón era un joven brillante, talentoso, con gran visión. De ahí que haya trascendido toda su obra hasta hoy.

Yo estudiaba, supuestamente, Medicina. Pero la verdad me la pasaba metido en Mascarones hablando con todos los estudiantes de entonces: Rosario Castellanos, Dolores Castro, Jaime Sabines, Alejandro Rossi, Luisa Josefina Hernández... Entre ellos estaban Salmerón y Sergio Galindo, quien ya había estado en París algunos años antes y estudiaba Letras, casi a escondidas de su familia. Salmerón, Galindo y yo nos encontramos un día por los pasillos de la escuela, de inmediato me presentó a Galindo. Salmerón le dijo: “Ramón es de Veracruz, de Córdoba” [...] Yo dejé Medicina. En casa inventé no sé qué cosa. Le menté a mi madre y le expliqué que asistía a las clases de Filosofía. Ella se resignó pero para entonces yo busqué un trabajo. No sé si de vendedor de seguros o algo así. Y luego vino la etapa de trabajar en la UV.

Decía que entonces nos llamó Salmerón y lo buscamos en las oficinas de la UV, en la calle de Juárez, junto a la “Prepa Juárez”. Ahí residían la mayor parte de todas las facultades que había en ese entonces, pues la educación universitaria en esos tiempos era para la gente realmente privilegiada o con recursos económicos. Aguirre Beltrán y Salmerón ya despachaban ahí. Guillaumin de inmediato les presentó a ambos un proyecto de trabajo muy amplio donde estaba considerado hacer una revista, que a la llegada de Galindo sería *La Palabra y el Hombre*. El que Salmerón estuviera en esa posición facilitó mucho las cosas, pues además de ser cordobés ya había pensado en que Sergio Galindo debía ser el director de la Editorial. La idea de Salmerón era muy buena. Nos llenó de entusiasmo [...]

Galindo se presentó con Aguirre Beltrán y de inmediato fue contratado. Sergio ya tenía una idea de lo que se fraguaba aquí en Xalapa, pues Aguirre Beltrán y Salmerón, meses antes del cambio de gobernador, habían hecho algunas reuniones en la Ciudad de México con posibles colaboradores. Galindo asistió a algunas de esas reuniones y había explicado sus intenciones: conformar una editorial, hacer una revista y editar libros de autores jóvenes así como obras importantes, estética y literariamente hablando. Lo de hacer una revista era algo que desde muy joven Galindo tenía en mente y al llegar a la UV la oportunidad fue propicia.

[Sobre el resto de los integrantes del primer Consejo Editorial hay que decir que] algunos de ellos ya trabajaban en la universidad. Otros fueron contratados para dar clases en las nuevas facultades que se habían creado. No recuerdo quién exactamente trajo a quién, pero los principales orquestadores de todo esto fueron Aguirre Beltrán, Salmerón, Galindo y Guillaumin. Yo hice muy poco, un trabajo muy modesto. Recuerdo haber estado más involucrado en lo que era mi puesto, en enviar dinero a mi esposa y a mis hijos y en trabajar en todo lo que nos ordenara el rector. Sé que Tavera Alfaro era director de la Facultad de Historia; Pascual Buxó era el director de Letras y Medellín Zenil estaba encargado del Instituto de Antropología. García Díaz daba clases en Filosofía. Guillaumin era el director del Grupo Profesional de Teatro de la UV y Luis Ximénez Caballero trabajaba como director de la Orquesta Sinfónica de Xalapa. Ya luego llegaron al Consejo Editorial Emilio Carballido, Othón Arroniz, Arturo Serrano, Manrique y Paco González Aramburo, quien trabajaba directamente con Galindo.

[Organizar cada número de *La Palabra y el Hombre* implicaba asistir a] las reuniones convocadas por Salmerón o Galindo. Ellos eran los artífices de la revista. Se nos repartían los trabajos propuestos para incluir en cada número y nosotros los leíamos, pero la discusión sobre su publicación nunca era algo muy complicado pues todos teníamos muy claro lo que queríamos ver en *La Palabra y el Hombre*. Sobre el manejo de la Editorial y la colección Ficción los responsables eran Galindo, Aramburo y en alguna medida Carballido. Todo lo relativo a la antropología lo revisaba directamente el doctor Aguirre Beltrán. Salmerón, García Díaz y Arroniz revisaban los textos sobre filosofía. Yo hacía muy poco. Los responsables eran todos ellos. Muchas de esas reuniones se iniciaban o seguían en el Bar México y en el Casino Español, donde Galindo tenía una tertulia por la tarde, a la salida de las labores en la universidad. Otras veces González Aramburo ofrecía su casa y en el huerto que tenía en su patio organizaba comidas a donde todos nos reuníamos para discutir cosas de la revista. Nunca fue un trabajo que hiciéramos como obligación sino como algo que nos apasionaba.

La decisión de publicar *Ser de lejanías* en la colección Ficción la tomaron Galindo y González Aramburo. ¡Para mí fue una sorpresa que me dieron Galindo y Paco una tarde! Los poemas que conforman ese libro los tenía yo en una carpeta en mis oficinas y se los iba mostrando a varias personas para que me dieran su opinión. De pronto, un día desaparecieron sin explicación alguna. Los busqué por todas partes, varias veces, sin poder ubicarlos. Fue durante una de esas comidas que organizaba Paco en su casa que me mostró el libro ya terminado. Recuerdo a Galindo reír porque yo no salía de la sorpresa. No era la manera en que

hubiera querido que ese libro fuera publicado pero así fue como pasó. Gracias a la complicidad de Paco y Galindo tuve mi primer libro de poemas. En realidad el libro que yo tenía intenciones de publicar era un estudio ontológico denominado Introducción a la Espiga, pero nunca se concretó, aunque creo que se anunció como novedad de la colección Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Pedagogía y Letras, la cual ya desapareció [...]

Años después de esa época regresé a trabajar a la Universidad Veracruzana, cuando el doctor Bravo Garzón fue designado rector, colaborando directamente en la Editorial. Y a pesar de que estaba la mayoría de las mismas personas, algo había cambiado: la Universidad Veracruzana ya era más grande. Sin embargo, aún se podía notar el talento de Galindo y su experiencia, aunque había rostros nuevos, como Luis Arturo Ramos, traído expresamente por Sergio para las labores editoriales.

Hoy ya tengo muchos años trabajando en la UV y a ella debo mucho de mi vida. Sigo trabajando con gusto en la Dirección Editorial y escribiendo. Mi vida ha sido y está en nuestra Universidad Veracruzana.

RAMÓN RODRÍGUEZ²

2 Este testimonio forma parte de la entrevista de Juan Javier Mora-Rivera a Ramón Rodríguez aparecida en *Performance* (núm. 53, año III, Xalapa, 18 de septiembre de 2007), la cual obtuvo el premio Estatal de Periodismo Periodista Rubén Pabello Acosta 2007, en la categoría Divulgación Cultural y Científica.

ME ACUERDO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Director:

Sergio Galindo.

Consejo Editorial:

Gonzalo Aguirre Beltrán.

Fernando Salmerón.

Xavier Tavera Alfaro.

José Pascual Buxó.

Adolfo García Díaz.

Ramón Rodríguez.

Alfonso Medellín.

Dagoberto Guillaumin.

Luis Jiménez Caballero.

PUBLICACION TRIMESTRAL

ENERO - MARZO 1957

Xalapa, Ver.

Número 1

Descubrí la Editorial al llegar a Xalapa en 1957. Llegué como maestro llevado por Fernando Salmerón, amigo y colega en Filosofía y Letras de la UNAM. Fernando me invitó a dar clases en la Facultad de Filosofía, de la que acababa de ser nombrado director. Con Fernando Salmerón llegamos varios: José Pascual Buxó, McGregor, César Rodríguez Chicharro. Todos eramos españoles y todos conocidos, amigos y colegas de Fernando Salmerón [...] Al resto los trajo el rector, Gonzalo Aguirre Beltrán. Fui conociendo a los demás en casa de Salmerón, en los pasillos de la facultad, en Juárez número 55, donde por cierto también estaban las oficinas de la Editorial.

Yo había hecho toda mi formación acerca del mundo editorial en el Fondo de Cultura Económica. El Fondo era una escuela y tuve maestros muy buenos. De lo mejorcito que había en México en ese momento y naturalmente que me enseñaron muchísimas cosas. Cada vez que tenía una dificultad le preguntaba a Alí Chumacero. Ahí conocí a Fernand Braudel, un señor asombroso que hablaba todas las lenguas del Mediterráneo. Luego descubrí a don Alfonso Reyes. Era la persona más amable, fina y simpática que he conocido en mi vida. Además me impresionó mucho que al día siguiente de ser presentado, porque ya estaban haciendo sus obras completas en el Fondo, un señor que conocía a todo el mundo me saludó: “Don Paco, ¿cómo está?” En el Fondo traté a don Alfonso Reyes, un señor que hablaba

mejor que lo que escribía. Era una delicia. También conocí a Juan Rulfo. Lo conocía muy poca gente. Lo conocía sobre todo el grupo de Jalisco. Total que me lo dieron a corregir y yo no sabía quién era y me impresionó notablemente, tanto que al llegar a comer a mi casa le dije a mi esposa (María Christen) “que me parecía un gran escritor...” ¿Quién es? Pues dicen que viene de por ahí, de Jalisco. Juan Rulfo, y era *Pedro Páramo*. Le atiné. Al día siguiente le pregunté a Alí Chumacero si sabía quién era Juan Rulfo. Entonces me dijo: “Sí, ¿te gustó?” “Mucho, si es el descubrimiento de la época”. Y los dos coincidimos. También coincidimos en que usaba demasiados modismos de su pueblo. Y le decíamos: “Mira, este libro no lo van a leer en tu pueblo, lo van a leer en México, en América Latina, en España. Entonces, en la medida de lo posible, dilo de otra manera, no?” Y bueno, a regañadientes hizo muchos cambios y ya luego en una entrevista declaró: “Mi prosa es esto y esto. Los defectos que tiene se los pusieron Chumacero y Francisco González Aramburo”. Te das cuenta [risas].

En el Fondo empecé como corrector y acabé de traductor, revisor y opinador en general. Ya en Xalapa, cuando me enteré que en el mismo edificio de la Facultad de Filosofía estaba la Editorial, me acerqué y hablé con ellos. Con Sergio Galindo y con quienes lo ayudaban. Eran unas cuantas personas. La secretaria de más confianza de Sergio era una muchacha no muy joven pero muy activa y seria. El ambiente era muy bueno aunque reducidísimo. Ahí conocí a Ramón Rodríguez y a su esposa, que era pintora (Edelmira Losilla). También a Billy Barclay, primo de Sergio y que en ese tiempo se encargaba de las viñetas. Formábamos una especie muy peculiar en el reducido mundo de Xalapa. Emilio Carballido venía a cada rato de visita porque además

formaba parte de un grupo de veracruzanos que habían estudiado en la UNAM más o menos al mismo tiempo. Uno de ellos fue Emilio, el otro Sergio Magaña... Manrique, que también tuvo que ver con la Editorial. Ya eran jóvenes escritores, como Sergio Galindo, era muy joven cuando publicó *Polvos de arroz*.

En *La Palabra y el Hombre* se dio a conocer mucha gente. La revista cumplió la función de difundir conocimientos desde el primer momento. Una revista muy seria, hecha con pocos recursos económicos. A ella se añaden las otras publicaciones, que también son notables. Porque hay que tener en cuenta que Xalapa, aunque los xalapeños opinaban de otra manera, era una ciudad de provincia, aislada culturalmente. Ellos decían que no era la Atenas del Golfo sino la Apenas... En fin, era una ciudad de provincia.

A Sergio y a su grupo se debe la publicación de los libros de García Márquez, de Luis Cernuda, de Revueltas, de Álvaro Mutis. Yo no era de Letras sino de Filosofía. En ese sentido mi participación fue un tanto marginal. En cambio todos ellos sí eran de Letras... Además se conocían casi desde la infancia. Eran escritores de teatro, de cuentos. Poetas. Yo nunca le dije a Sergio Galindo que era poeta aunque lo era y lo pretendía ser. Finalmente me publicaron. Hay un cuento mío en *La Palabra y el Hombre*. Todavía no sé por qué dejé de escribir. Probablemente porque me exigía demasiado a mí mismo y eso creo que es fatal porque te paraliza. Además creo que también me estorbó mucho el hecho de que me hayan educado poetas de primer rango como Emilio Prados y Luis Cernuda. El ambiente en que ellos me iniciaron y las lecturas de Rilke me hicieron creer en el carácter semidivino o divino de la poesía y de los poetas. En un momento determinado

me di cuenta de que yo no estaba a la altura. Ahora no sé si lamento haberlo abandonado. Publiqué muy poquito y quemé mucho. Y a lo mejor con ello me hago la ilusión de que entre lo quemado está lo bueno.

A este grupo pertenece Tomás Segovia, que en paz descanse, también publicado en Ficción. Fuimos educados e iniciados en la poesía. El poeta como una especie de semi-diós o semisanto que lo sacrificaba todo a la poesía y que también se lo permitía todo... si es que era poeta, claro.

Carballido era muy famoso en los patios de la facultad donde se significaron mucho los veracruzanos y los amigos de los veracruzanos. Sergio Magaña, Luisa Josefina Hernández. En la facultad había tres grupos: los veracruzanos, los refugiados españoles y los centroamericanos. Los centroamericanos decían que los españoles se sentían el Olimpo, pero no había guerra entre nosotros.

De lo que más me acuerdo es de haber traducido para la editorial veracruzana *Aspectos de la novela* (E. M. Forster). Yo, que he traducido más de 140 libros. Imagínate.

La colección Ficción es una valiosa colección. Realmente muy valiosa porque evidentemente no se tenía en cuenta ningún factor económico. Se editaba porque se creía en el valor objetivo, literario de la obra. De eso sí me acuerdo absolutamente, y de que se cerró la puerta al amiguismo, al parentesco, a la influencia, a todos los que querían, porque quisieron, penetrar en la Editorial. Como algunos políticos del momento en Veracruz. Y no penetraron porque no valían nada.

FRANCISCO GONZÁLEZ ARAMBURO³

3 En charla con Guillermo Villar.

GRACIAS CUMPLIDAS



ficción Universidad Veracruzana

Gracias muy cumplidas a la Editorial de la Universidad Veracruzana por su invitación para dar un testimonio de lo que ha sido mi relación con dicha Editorial en el 70 aniversario de la fundación de esta afamada y querida alma máter de mi estado natal, lo que me provocó una serie de recuerdos de viejos amigos: Luisa Josefina Hernández, su marido, mi amigo Alejandro Rossi, Emilio Carballido, Ramón Rodríguez y su interesante vida universitaria, así como los políticos-escritores como Sergio Galindo (a quien me presentó Luisa Josefina en la Ciudad de México), Sergio Pitol (paisanos míos además), Fernando Salmerón, y años más tarde mi relación con Mario Muñoz, Jesús Guerrero, así como al xalapeño José Luis Martínez, quien me inspiró un cuento que han leído millones de personas que se llaman: José Luis Martínez...

Me viene a la memoria el nombre de Ramón Rodríguez por su agitada vida universitaria, la que según algunos xalapeños nunca existió. Este azaroso personaje, cuya familia hizo muchos esfuerzos para que triunfara como médico (según creo).

En cuanto a mi relación literaria con la Editorial y por ende con la Universidad Veracruzana, empezó hace ya más de cincuenta años gracias a la invitación de Sergio Galindo para que colaborara en la revista *La Palabra y el Hombre*: en 1957 lo hice con el cuento “Una victoria”; en 1963 con “Ojos de Aurora”. En 1962 se publicó el libro de

cuentos *Los invitados de piedra*, siguiendo con *Hacia el amargo mar*, en 1964; fui incluido en una *Antología del cuento veracruzano*, en 1966. Ya con Mario Muñoz colaboré en *Recuento de cuentos veracruzanos*, en 1991, y en *De amores marginales*, en 1996; y el libro más reciente es *Amor que se atreve a decir su nombre*, con la colaboración de otro de mis amigos, el poeta León Guillermo Gutiérrez. Aquí tendría que hacerle un reproche a Mario Muñoz porque, de habérmelo solicitado, podría haberle hecho llegar una antología completa mía del cuento gay; bueno, sigue a su disposición.

Mención aparte me merece la publicación de *Lolita toca ese vals*, en 1992, libro con el cual fui merecedor de mi primer premio literario: el Premio Internacional del Cuento auspiciado por el Gobierno del Estado de Veracruz y la Universidad Veracruzana.

JORGE LÓPEZ PÁEZ

SÓLO AHORA, 21 AÑOS DESPUÉS



Mi primer acercamiento a la Universidad Veracruzana se dio gracias a *La Palabra y el Hombre* y a Sergio Galindo, a quien conocí en 1963 o 1964. Por aquel entonces yo había leído todo o casi todo lo que él había publicado y conocía la importantísima labor que realizaba a cargo de la Editorial y, desde luego, lo que significaba su revista en el panorama de la cultura en México. Curiosamente mi primer contacto con él no se dio en México sino en Polonia, país al que ambos quedaríamos definitivamente unidos. Había llegado a Varsovia gracias a un intercambio cultural y dio la casualidad de que el hotel en el que debía hospedarse era en el que yo por entonces vivía.

A los pocos días de conocernos debía desplazarse a Cracovia y, dado que yo manejaba con soltura el polaco, me invitó a viajar con él como su intérprete oficial. Acepté e hicimos el viaje juntos. En aquella ciudad el Ministerio de Cultura le había preparado un programa que cubría las actividades de rigor: teatro, conciertos, visitas a museos y otros sitios de interés, entre los cuales se incluía Auschwitz, el campo de exterminio. Yo llevaba casi dos años en Polonia y, no sé por qué, nunca se me había ocurrido visitar aquel lugar monstruoso.

Fui con él y la experiencia fue sobrecogedora, desgastante, tétrica. Uno debe imaginarse lo que era todo aquello: pasar una mañana entre montañas de pelo, entre hornos, desechos, fotografías, documentos agobiantes. Salimos anonadados. Era imposible pronunciar cualquier palabra des-

pués de recorrer ese escenario de la barbarie. Pero creo que haber compartido esa experiencia tan terrible nos comunicó todavía más e hizo que un trato meramente social adquiriera otra calidad, otro peso.

Desde aquel primer encuentro me interesó de Sergio su íntima elegancia, esa sensibilidad que tenía para interesarse en las cosas sin perder la distancia que lo separaba de ellas. Era una de las mentes más tolerantes que he conocido y esta es una de las virtudes que me resultan más admirables. Unida a la tolerancia estaba su curiosidad, su impulso por conocer mundos aceptando siempre la voz del otro, el punto de vista del otro, de ahí que fuese un editor tan asombroso. A lo largo de su trabajo editorial y a lo largo de su vida al servicio de la cultura, siempre mantuvo esa curiosidad y esa voluntad de no descalificar fácilmente a nadie.

Después de esa visita comenzó a pedirme traducciones y reseñas. Con él publiqué mi libro *Infierno de todos*, luego de años sin dar nada a la imprenta. Hice, también, varias traducciones del polaco que se publicaron en *La Palabra y el Hombre* y en la colección Ficción. Después, él se fue a Bellas Artes. En 1965 o 1966, mientras pasaba una temporada en Xalapa para visitar a mis amigos Fernando Vilchis y Leticia Tarragó, con quienes había estado en Varsovia, me presentaron con César Rodríguez Chicharro, quien apenas conocerme me dijo que iba a dejar la Editorial de la Universidad Veracruzana y que quería proponerme con las autoridades de ese momento para que yo fuera su director.

Todos los trabajos que había yo realizado hasta entonces eran editoriales, tanto en México como en Europa. En esos días se iba también Schneider, quien era profesor en la Facultad de Filosofía y Letras, y no podía terminar sus cursos que en aquel tiempo eran de un año y no de un semestre, como

ahora; le era imposible quedarse porque la universidad de Estados Unidos que lo había contratado no podía esperarlo más. Así que me quedé a terminar los cursos de Schneider, y me gustó estar en Xalapa y su ambiente universitario.

Cuando se creó la Editorial aquello fue un renacimiento, sobre todo de las humanidades. El doctor Aguirre Beltrán transformó completamente a la joven universidad, creó la Facultad de Filosofía, renació el teatro, había una vida cultural extraordinaria que tenía a los estudiantes como su centro. En aquella época existían muy pocas editoriales, no estaban todavía Joaquín Mortiz ni Era; fácilmente se podía elegir a los buenos autores, y así pudieron llegar aquí obras de Mutis, García Márquez, en fin, de todos los que ya sabemos.

Después de los cursos en la facultad vino el trabajo en la Editorial. Estuve aquí más o menos año y medio. Era muy difícil esa época para una persona que estuvo fuera del país. Había muchas envidias, muchos bloqueos, pero bueno, nunca pensé quedarme mucho tiempo, sino tener el tiempo necesario para terminar mi tesis y titularme, además de tener la posibilidad de viajar a la Ciudad de México. Así que mientras estuve en la Editorial publiqué a muchos autores, sobre todo latinoamericanos, entre ellos a Cortázar y Onetti.

Me fui en 1968, pero la relación con la Editorial nunca desapareció. De tanto en tanto mandaba algún artículo, alguna traducción, publicaba alguno de mis cuentos. Algo muy importante para mí fue un premio que gané en Xalapa, estando como agregado cultural en Moscú. Entonces, a finales de los años setenta, pasaba por una temporada de larga esterilidad creativa, que me había llevado incluso a pensar que mi relación con la literatura estaba terminada. De pronto, casi sin darme cuenta, escribí un cuento y decidí

enviarlo a un concurso que *La Palabra y el Hombre* convocaba. Gané el primer lugar, y, de alguna forma, aquello me dio el ánimo para escribir los tres cuentos que, junto con “Asimetría”, compusieron mi libro *Nocturno de Bujara*.

En 1988 regresé definitivamente a México. Tras años de vivir en el extranjero, de pronto comencé a añorar la patria. Vivir rodeado del castellano de México, sentir su ritmo, sus tonos, sus novedades, fue haciéndose en mí una manía cada vez más avasalladora; los recuerdos de la juventud, la familia, los amigos, los sitios queridos, fueron tejiendo mi entorno. Llegó el día de la decisión y en el otoño de ese año regresé a México. Unos cuantos meses después conocí personalmente ese fenómeno del que tenía una vaga idea por cartas y por la prensa mexicana, pero que no lograba imaginar del todo: la inversión térmica. La sufrí tres años; mis vías respiratorias, la piel, los ojos, me exigieron un retiro, no ya de nuevo a Europa, sino a algún lugar en el interior del país.

Después de algunos experimentos fallidos llegué a Xalapa. Mario Muñoz me invitó a dar un curso sobre literatura rusa clásica y, al terminarlo, advertí que era aquí donde debía vivir. Dar clases, convivir con los jóvenes, siempre me ha parecido una actividad fundamental, y creo que en ningún lugar lo habría hecho con tanto deleite como en Xalapa. Aquí pude dedicarme, por fin, de lleno, a la literatura. Aquí, con un placer tremendo, nacieron mis últimos libros, una especie de autobiografía espiritual: la radiografía del escritor.

Sólo ahora, 21 años después, me doy cuenta que nada de esto hubiera sido posible de no ser por la Universidad Veracruzana.

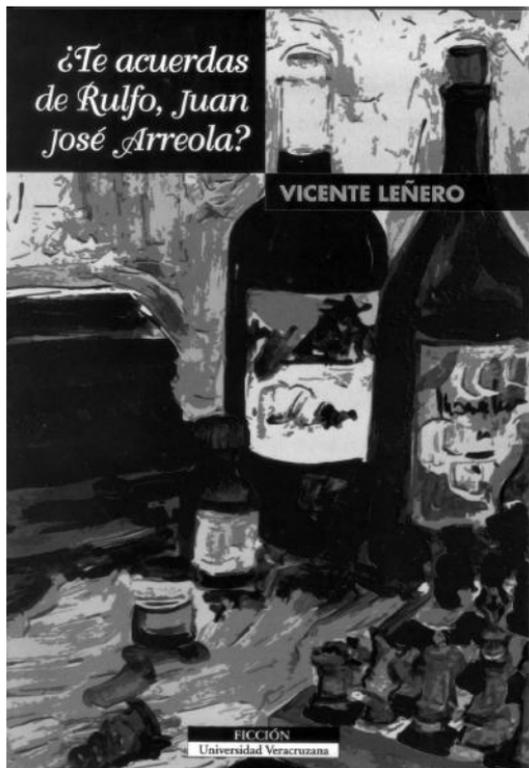
SERGIO PITOL

AL AGUA, PATOS

*¿Te acuerdas
de Rulfo, Juan
José Arreola?*

VICENTE LEÑERO

FICCIÓN
Universidad Veracruzana



En ocasión del 70 aniversario de la Universidad Veracruzana, mi querido amigo, y enorme narrador, Luis Arturo Ramos me pide un texto sobre la colección Ficción en la que se publicó mi primera novela, *La voz adolorida*, que fue, para mí, un enorme acontecimiento de iniciación.

Como en la actualidad estoy sufriendo una seria enfermedad que de algún modo entorpece mi habilidad para escribir, decidí reproducir el pasaje de un relato (*Querido Óscar Walker*: publicado en *Gente así*, editorial Alfaguara) en el que hablo de mi encuentro con Sergio Galindo que determinó la publicación de *La voz adolorida*. Este es el episodio:

... Tú conoces a todo el mundo, le dije luego a Óscar Walker. Y lo decía en serio. No sólo me introdujo aquella vez a la amistad con Jaime Sabines, sino que me presentó en el café La Habana a Ibargüengoitia, a Juan de la Cabada, a Renato Leduc, a Emilio Uranga... Cuando escribí mi primera novela y se la di a leer, Óscar regresó para decirme: "llévasela a Sergio Galindo, él te la publica." De Sergio Galindo había leído yo sus novelas *Polvo de arroz* y *La justicia de enero*, y sabía que era director de la Editorial de la Universidad Veracruzana. No lo conocía personalmente pero sí Óscar Walker, desde luego. Óscar se ofreció a acompañarme a Xalapa cualquier día entre semana. ¿Le hablas antes por teléfono? No hombre, le caemos y ya, es mi amigo.

En el Fiat blanco que compartíamos Estela y yo, me fui a Xalapa con Óscar Walker, muy de mañana. Llegamos

directamente a la casa de Sergio Galindo y él mismo nos abrió la reja. Se abrazaron. Le dio gusto al novelista ver a Óscar Walker. Hablaron de sus tiempos, de sus amigos comunes en Mascarones, antes de que Óscar señalara el fólder donde yo apesaba mi manuscrito. Sergio Galindo prometió leerlo esa misma noche y nos invitó a comer con su madre, con su tía, con su mujer. El platillo principal eran chiles rellenos; estaban muy ricos pero picaban como el diablo. El problema fue que cuando yo dije mmm, deliciosos, la madre de Sergio Galindo me sirvió dos chiles rellenos más que me comí tratando de disimular el ardor de mi lengua y de mi boca a punta de vasos continuos de agua de jamaica y echándome sal en la lengua, a escondidas. Eso me hizo perder buena parte de la conversación entre Sergio Galindo y Óscar Walker, a quien las anfitrionas celebraban sus chascarrillos, sus bromas, sus chismes sobre la gente de la cultura. Las terminó impresionando con una demostración *in situ* de su sistema nemotécnico. A la hora del café, Sergio Galindo remató una larga explicación sobre la colección Ficción aludiendo a mi novela: “si Óscar la recomienda, ten la seguridad de que la vamos a publicar”.

... Y así fue. Con una celeridad que me sorprendió, Sergio Galindo me telefoneó para decir que sí, que mi novela era publicable y que de inmediato la iba a programar para ese mismo año. No lo dijo con el entusiasmo de quien ha leído una gran novela, eso lo entendí. Me señaló que le faltaba una dosis de sexo, pero ni modo, y que el título que yo le había puesto, *El tren de las palabras*, le parecía pésimo. Me pidió que le propusiera otros y le mandé como cinco, de los que sólo recuerdo el que Sergio escogió, tal vez el peor: *La voz adolorida*. Un querido amigo, que había sido mi maestro

en la escuela de periodismo y que también era amigo de Óscar Walker, José Audiffred, me escribió la solapa con un texto espléndido, para mi gusto.

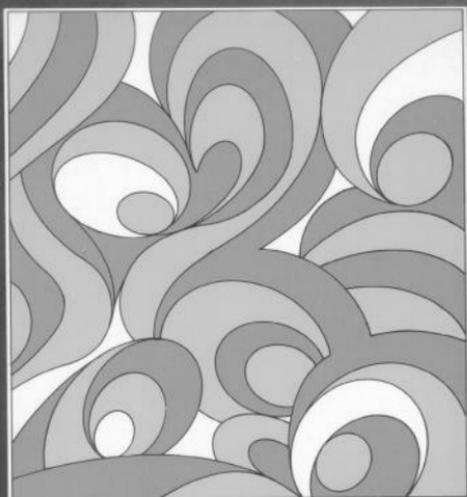
Cuando el libro apareció me sentí en la gloria. Publicar en Ficción era, para los jóvenes (yo tenía 27 años), el primer paso firme en una carrera literaria. El segundo paso (“la consagración”) sería publicar en la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica.

Lo mejor que le pasó a *La voz adolorida* en su aparición fue una reseña de ¡Ramón Xirau! en la revista de la Universidad Veracruzana: *La Palabra y el Hombre*. Además, gracias a esa buena opinión de Xirau, se me otorgó la beca del Centro Mexicano de Escritores, que me habían negado en dos años anteriores.

En una edición posterior para una editorial argentina, corregí minuciosamente la novela (alguien me dijo que la había empeorado) y le cambié el título por uno realmente bueno: *A fuerza de palabras*. Con ese título se sigue publicando ahora en el Fondo de Cultura Económica.

VICENTE LEÑERO

LA RECIÉN NACIDA COLECCIÓN FICCIÓN



BENZULUL

Eraclio Zepeda

ficción
Universidad Veracruzana

Jaime Shelley y yo, en un viaje a rumbo a San Cristóbal de Las Casas, pasamos por Xalapa y visitamos a nuestro amigo Marco Antonio Montero, director de teatro, quien había colaborado con el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán en el Centro del Instituto Nacional Indigenista en Chiapas. Ahora, el doctor, elegido rector de la Universidad Veracruzana, había confiado a Marco Antonio Montero la Escuela de Teatro de esa universidad y este nos invitó a saludar al rector a quien habíamos frecuentado en San Cristóbal. Nos recibió con afecto. Y conecedor de la sociedad conservadora de la ciudad de nuestros anteriores encuentros, nos extendió una invitación premonitoria:

—Si llegaran a tener problemas, recuerden que la Universidad Veracruzana les ofrece, desde ahora, becas para realizar estudios en la facultad de su elección.

Volví a San Cristóbal con una acrecentada gratitud al maestro innovador de la antropología social y el análisis indigenista. Sus ensañanzas sin duda encauzaron mi interés por esa temática en mi primer libro. Ahí empecé a escribir cuentos que después integrarían mi primer libro. Había terminado cuatro de ellos cuando tuvimos que abandonar la ciudad por conflictos ideológicos y políticos. No dudamos, ni un instante, que nuestro destino era Xalapa y aceptamos el generoso ofrecimiento del doctor Aguirre Beltrán.

Me inscribí en la Escuela de Antropología y Jaime Shelley en la Facultad de Filosofía. Juan de la Cabada se encontraba

por aquellos días pasando una temporada en Xalapa. Nos ayudó a que el dueño de una casa en el callejón de Jesús te Ampare, al principio de su larga escalera, confiara en nosotros, jóvenes estudiantes, y firmamos contrato. Iniciamos nuevas y magníficas amistades que habrían de durar toda la vida: Enrique Florescano, Francisco Salmerón, Roberto Bravo Garzón, el pintor Olamendi, y entablamos relaciones con magníficos maestros que nos ofrecieron una generosa relación de alumnos y compañeros: Carlo Antonio Castro, Joaquín Sánchez McGregor, Alfonso Medellín Zenil. Enrique Florescano, quien estudiaba historia y colaboraba con Sergio Galindo, director fundador de la Editorial de la universidad, en el traslado a una imprenta de la Ciudad de México de los originales y pruebas finas de los primeros números de la *La Palabra y el Hombre*, espléndida revista de la propia universidad, y también de los primeros volúmenes de la recién nacida colección Ficción. Enrique, además, era el dirigente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Veracruzana. Como tal, lanzó una convocatoria de un concurso estudiantil de cuento al que envié “No se asombre, sargento”, que acababa de escribir. Mi cuento obtuvo el primer lugar, el segundo lugar fue para Francisco Salmerón y el tercero para el poeta Carlos Juan Islas. Enrique Florescano reunió los tres cuentos en un cuadernillo que en realidad fue mi primera publicación más allá de los periódicos. Sergio Galindo lo incluyó en el número siguiente de *La Palabra y el Hombre* y además me pidió un libro para la colección Ficción. Lo tenía casi terminado con cuentos escritos en San Cristóbal a los veinte años de edad y en Xalapa en los dos años siguientes, y me apresuré a integrar uno más. Nombré a este primer volumen *Benzulul*, que es el apellido de uno de los personajes,

y lo entregué a Sergio. Apareció publicado el último día de 1959, cuando yo tenía veintidós años, con ilustraciones de Francisco Salmerón, fue el número 13 de la colección Ficción.

Para mí fue un gran estímulo, *Benzulul* figuraba junto con *Polvos de arroz* de Sergio Galindo, *Los huéspedes reales* de Luisa Josefina Hernández, *El Norte* de Emilio Carballido, *Se llamaba Catalina* de José Mancisidor, *Un hogar sólido* de Elena Garro, *Al pie de la letra* de Rosario Castellanos, *Los hombres verdaderos* de Carlo Antonio Castro, *El lugar donde crece la hierba* de Luisa Josefina Hernández, *Calle mayor* de J. A. Bardem, *Vén, caballo gris* de José de la Colina, *El sótano* de Lini M. de Vries y *Ese puerto existe* de Blanca Varela. Después vendrían a enriquecer más la colección nombres como Octavio Paz, Gabriel García Márquez, Juan de la Cabada, Álvaro Mutis y muchos grandes escritores más.

La generosidad de Sergio Galindo y de la Universidad Veracruzana, con el joven escritor que era yo, fue fundamental para mí. Ahora, como entonces, permanece mi agradecimiento.

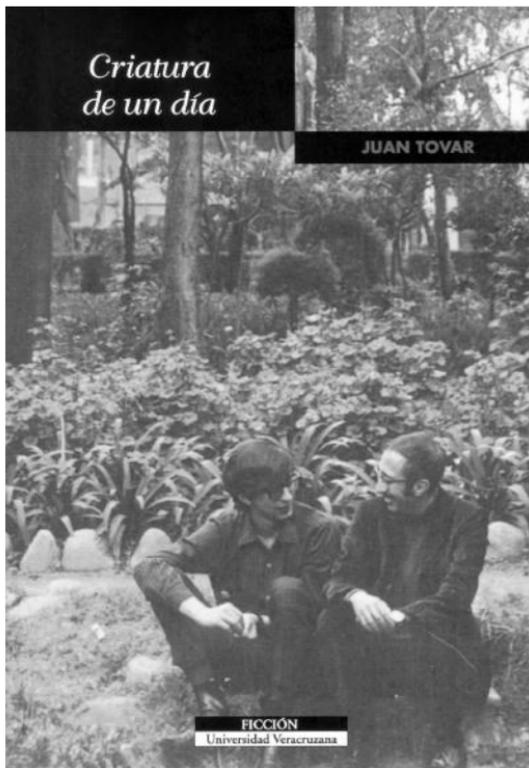
ERACLIO ZEPEDA

INICIOS Y RETORNOS

*Criatura
de un día*

JUAN TOVAR

FICCIÓN
Universidad Veracruzana



Hallándome en el presente contexto a título de autor de Ficción, es natural que me dé por evocar lo que serlo ha representado, empezando por lo reciente. Hace cinco años participé en la conmemoración de los tres decenios del Ágora de la Ciudad con la presentación de un libro que, dije entonces, “viene a ser a su vez conmemorativo en mi trayectoria de narrador: la cuarta y definitiva versión de *Criatura de un día*, publicada a veinticinco años de la primera en la misma colección donde hace cuarenta y cuatro apareciera mi primer libro de cuentos”.

He aquí cómo es que soy autor de Ficción: en mis inicios y en mis retornos. “El círculo se cierra —seguía diciendo—, y no es casual (ni deliberado) que la fotografía de la portada remita a aquellos dichosos sesenta, mis años de aprendizaje.”⁴

En la fotografía aparezco con mi maestro Carballido, a quien primero conocí como autor de Ficción. Conservo el ejemplar de la primera edición de *El Norte*, que me dedicó en esa ocasión: una firma de libros en la librería de mi maestro Nacho Ibarra, director del Teatro Universitario de Puebla. También estuvo Carlos Fuentes, que me dedicó la *Región...* “muy amistosamente”. La dedicatoria de Carballido dice “con la amistad de” —que viene a lo mismo pero no es lo mismo.

4 Cf. “El día de la criatura”, *Revista de la Universidad de México*, enero de 2012.

Emilio fue posiblemente el primer autor de Ficción que jamás leí –y sin duda alguna el primer escritor profesional que jamás me leyó, para luego comentar detenida y perceptivamente los textos que sometí a su consideración. Todo esto por *snail-mail*, correo a paso de cartero, sin los adelantos actuales.

Cuando, llegado a la mayoría de edad, me trasladé a la Ciudad de México, en mi maleta llevaba un libro de cuentos poblanos, y con él bajo el brazo me apersoné antes de mucho en el domicilio de mi maestro por correspondencia, que entonces pasó a serlo de viva voz –no sin algún preliminar equívoco digno de alguna comedia suya– con la lucidez y la generosidad que lo caracterizaban.

Revisó mi manuscrito, hizo observaciones. Objetó el título, que era *El pozo de melaza*, referido al epígrafe de Lewis Carroll: el cuento de las hermanitas que vivían en el fondo de un pozo y se sustentaban de melaza y, claro, estaban muy enfermas. “Podrá ser conceptuoso –decía–, pero suena horrible: pozzo-melazza”.

De modo que el libro pasó a llamarse *Melodrama*, como un cuento tentativamente así nombrado, y con ese nombre obtuvo mención en el concurso literario de Casa de las Américas. Posteriormente, al cambiar de título el cuento antedicho, el libro cambió de cuento titular y vino a ser *Hombre en la oscuridad*, mi primer título en Ficción, donde Carballido lo propuso.

Para cuando se publicó era yo becario del Centro Mexicano de Escritores; me acuerdo que llegué a una sesión repartiendo ejemplares a mis compañeros y a nuestros asesores. El decano de los cuales se extrañó de que el libro no diera ningún crédito al Centro; hubo que explicarle que lo allí publicado venían a ser mis antecedentes, no lo que ahora estaba trabajando. Que era otro libro de cuen-

tos: *Oscuro camino* quería llamarse, como el cuento inicial, pero a Carballido le pareció que pecaría de redundante, de manera que me puse a buscar un epígrafe idóneo de donde pudiera salir un buen título. Lo hallé en una parábola evangélica y fue *Los misterios del reino*. Y lo que son las cosas: cuando años después reescribí el cuento “Oscuro camino”, acabó por llamarse “Los misterios del reino”.⁵

Pero volviendo al libro: concursa por el Premio La Palabra y el Hombre, al ganarlo se publica en Ficción. Heme ahí entonces, a los veinticinco de edad, autor de Ficción por partida doble: los auspiciosos inicios de una trayectoria narrativa realista y tradicional.

Sólo que corren los sesenta, y bajo el influjo de la contracultura juvenil no tardaría demasiado en embrollarme en experimentaciones, la más radical de las cuales da por resultado un “relato lírico en clave dramática” que, rechazado por varias editoriales capitalinas, se publica en Puebla, al iniciar la UAP su programa de publicaciones –veintisiete años después que la UV–, pero tengamos en cuenta que su corta edad (¡es más joven que yo!) la aligera de oscurantismos.

Aquella primera edición de *Criatura de un día* se agota y se reimprime debidamente corregida (había sido necesario anexar fe de erratas), en vista de lo cual Mortiz se interesa en publicar otra edición (también denominada primera) con un nuevo capítulo que, según yo, aclara todo el sentido.

A fines de siglo, esta edición se traduce al inglés; al trabajar con el traductor, añadido otros tres nuevos capítulos, que había publicado como cuentos, y doy por finalmente

5 Cf. *Figuraciones y transfiguraciones*, Instituto de Cultura de Morelos/CIDHEM, México, 2006.

concluido el rompecabezas que representó componer ese libro extraño.

Sólo faltaba que el texto así completado se publicara en español –y en esa coyuntura la UV se comunica, pidiendo autorización para reimprimir traducciones que publicara *La Palabra y el Hombre*–. Lo sentí como un llamado. Autoricé, ofrecí manuscrito, se interesaron, me puse a prepararlo y todavía hube de agregar una última pieza al conjunto.

Contratado el libro, su edición marchó sobre ruedas, gracias a la diligencia de la editora Angélica María (no recuerdo ahora su apellido, pero cómo olvidar ese nombre) y a la moderna comunicación electrónica que agiliza la revisión de pruebas y el intercambio de ideas.

Es así como vuelvo a ser autor de Ficción: con la versión definitiva de un libro que me ocupara largos años –siendo lo tardado no tanto escribirlo como armarlo–, y la última pieza sólo halló su lugar al preparar el texto para esta edición. Ha sido en verdad un grato retorno.

JUAN TOVAR

**FUE,
LO RECUERDO CLARAMENTE,
EN 1996**

ANTOLOGÍA
PERSONAL

BEATRIZ ESPEJO

FICCION

Universidad Veracruzana

Siempre veía con codicia la oportunidad de publicar en la Universidad Veracruzana. Me admiraba la lista de autores que allí publicaban. Todos tenían en común su alta calidad. Recuerdo al principio los nombres de Emilio Carballido y Sergio Magaña con libros excelente que leí entusiasmada. Luego vinieron los de Elena Garro: *Un hogar sólido*, *La semana de colores* que formaban parte de su producción en tiempos aventureros y gloriosos. En este último se encuentran narraciones maestras como “La culpa es de los tlaxcaltecas”, “Qué hora es?” y “El zapaterito de Guajuato”, dedicados a sus tres amores sucesivos. Estos textos me han inspirado horas de clase y algún ensayo. Las piezas en un acto marcaron su aparición en la escena literaria cuando se montó en el Teatro El Caballito un espectáculo que los años no logran borrar: *Poesía en Voz Alta*. Sin embargo, la editorial veracruzana ya había dado la bienvenida a Luisa Josefina Hernández, quien colaboró varias veces, a Juan Antonio Barden, a José de la Colina, a Rosario Castellanos, al seductor personaje que fue Álvaro Mutis con su *Diario de Lecumberri*; a mi siempre amado José Revueltas sacando aquellos cuentos que nos conmueven tanto en *Dormir en tierra*. A *Los funerales de la Mamá Grande* del gran García Márquez, antes de recibir el Nobel. A otros componentes de la generación llamada Medio Siglo: Juan Vicente Melo, Juan García Ponce y Jorge Ibargüengoitia, y a notabilidades extranjeras como Christopher Fry porque

los editores sólo requerían talento para que sus afanes no perdieran prestigio.

Permanecí esperando y al margen. El primer contacto que tuve con la institución fue un relato mío pedido por Jaime Augusto Shelley para *La Palabra y el Hombre* que integraría luego *Muros de azogue*, de temas basados en Veracruz. Aún tuve que esperar a que una antología personal apareciera en Ficción gracias a la bonhomía de José Luis Rivas. Tiene una portada muy sutil hecha con tonos dorados que empieza a desaparecer. Fue, lo recuerdo claramente, durante 1996. Para entonces ya había ganado algunos premios y tomado el impulso de aumentar mi bibliografía, aceptando que tema y estilo forman una unidad indivisible y que me interesaba la reconstrucción de atmósferas. La segunda antología personal se llama *El ángel de mármol* lanzada de las prensas a los lectores cuando Joaquín Díez-Canedo ocupó la dirección. Ambas tienen introducciones autobiográficas. Quizá la segunda sea mejor que la primera. Fueron en total diecinueve textos breves que todavía leí con cierto placer, sobre todo porque junto con los anteriores forman parte de un repertorio pletórico de nombres notables. Y porque la bandera cultural enarbolada por la Universidad Veracruzana sigue en alto sin importar un criterio comercial.

BEATRIZ ESPEJO

**MI AMIGO SERGIO
(O CÓMO PUBLIQUÉ EN FICCIÓN)**

Aline Pettersson

SOMBRA ELLA
MISMA



ficción
UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Para mí escribir sobre Ficción, entre las colecciones de la Editorial de la Universidad Veracruzana, me lleva de inmediato a Sergio Galindo. Claro que las épocas no siempre fueron florecientes en lo económico, pero sí en su fondo literario, así como en el compromiso y la mirada sagaz de Galindo. Intento recordar y no puedo el cómo me puse en contacto con él, cómo lo visité aquí en la Ciudad de México por primera vez. Lo que no olvido fue su gentileza, como tampoco que desde ese primer encuentro nos hicimos amigos. Amigos afectuosos y cómplices quedamos hasta su muerte. Cuando abandonó las montañas que nos circundan para residir en el puerto de Veracruz, continuamos telefónicamente nuestra charla en la que me comentaba de sus alegrías y de sus decepciones literarias.

Su interés y apoyo generoso con el manuscrito de mi breve novela *Sombra ella misma* es algo que guardo y guardaré siempre muy dentro de mí. Sergio me sugirió sustituir el nombre “La jaula” por algo que él entresacó de una de las líneas de mi texto. Pasado el tiempo, el libro fue editado en Francia, y al decir yo el título, que siempre he sentido algo extraño, su imagen y voz me regresan invariablemente.

Publicar en la Editorial de la UV era garantía de que el manuscrito iba a ser leído y comentado con cuidado, como hizo Sergio con el mío. Hace años, tanto el lector que adquiriría un libro, como el autor que proponía el suyo sabían que el sello garantizaba un espacio serio y atractivo. También

tendría yo que decir que, en ese entonces, la apuesta por las ventas masivas no era aún la norma general y abrumadora de las casas editoras, pero menos de esta. Las ediciones universitarias, en general, y muy señaladamente las de la Veracruzana, se han convertido en espacios donde se refugian libros de plumas rigurosas que buscan llegar a lectores menos complacientes. Y en estas prevalece el orgullo de tener en su fondo editorial plumas (como fue desde sus orígenes Ficción) y libros de calidad a veces al margen de su éxito mercantil.

Por esas extrañas cosas de la vida escribía yo dos novelas al mismo tiempo, es decir, retomé un manuscrito sin terminar, *Sombra ella misma*, al tiempo que me iniciaba con *Los colores ocultos*. Y, como lo hice hasta su muerte, le fui leyendo ambos textos a Josefina Vicens, cuya vista para ese entonces se había mermado y ya no podía señalar como antes sus observaciones con el lápiz. Josefina fue tanto muy rigurosa como muy generosa en sus comentarios. Así nos pasamos muchas tardes que se hacían noche leyéndole yo páginas de una y de otra. Y así terminé el borrador de los dos libros, breves como suelen ser los míos. Ella se inclinó siempre por el entonces llamado “La jaula”, y hasta me regaló una miniatura de esos juguetitos de plomo que había antes. Mecanografié muchas veces un montón de hojas; modifiqué palabras, cambié párrafos que recortaba y pegaba sobre los viejos para no tener que repetirlo todo. Ese era el sistema de antes: tijera, pritt, fotocopia, aunque al final no se escapaba el papel de más correcciones a mano, porque de corregir no se acaba nunca. Yo tenía, pues, dos libros en busca de editor.

Entregué a Grijalbo *Los colores ocultos* y, como mencioné antes, no recuerdo cómo llegué con Sergio a quien ya había

conocido en un gran encuentro literario en Xalapa. Y aquí digo que el personaje de mi novela pertenece a una clase de mujeres que afortunadamente desapareció del mundo: la solterona. No había familia en el país y en muchos otros que no tuviera una o varias tías con esa triste profesión: rezanderas algunas, buenas cocineras otras, enfermeras todas y vistas con mucha condescendencia y cierto desprecio por sus familiares. Y debo decir que publiqué posteriormente otra novela: *Querida familia*, donde también hay una solterona, con el resultado de que 30 años después cuando me invitan a dar alguna charla, a asistir a algún congreso o a lo que sea, fatalmente los datos que se mencionan de mí es que me he dedicado a explorar la soledad de la mujer soltera, no es mi caso y soy madre de tres hijos, así que antes de hablar, por ejemplo de la violencia, del erotismo, de lo que sea, es necesario hacer un paréntesis explicativo donde menciono que tengo personajes masculinos, que manejo otro tipo de problemas, otros temas... Pobre de Angelina Pardo, el personaje de *Sombra...*, a veces la detesto porque es ella quien me enjaula a mí.

La espera de la publicación del libro hizo que, supongo que por motivos de salud, Luis Arturo Ramos relevara a Sergio; pero luego Luis Arturo se fue a Texas, así que las cosas no marchaban del todo bien en Ficción de la UV. Y eso me permitió proponer la portada, que era una postal de finales del siglo XIX de una hermosa colección que me regaló Josefina Vicens. Se trata de una foto retocada e iluminada, como solía hacerse, con cierta cursilería donde aparece una mujer soñando frente al mar. (Angelina Pardo en la novela sueña con hacer un viaje largo en barco.) Y quedó tan bien que fue elogiada por la crítica. De mis libros es una de las portadas más felices.

Confieso que cuando me acerqué a Galindo yo no había leído su magnífico *Polvos de arroz* y él tuvo la delicadeza de no mencionármelo entonces. La profesión de solterona era algo en lo que se reparaba y que conmovía por patética. Como bien sabemos la mujer de su libro se llama Camerina; la solterona de Rosario Castellanos de “Los convidados de agosto” es Emelina; Adelina, la de mi libro, y el investigador Alfredo Pavón encontró otra no recuerdo de quién. A Pavón le llamó la atención el entre diminutivo y despectivo “ina” de las cuatro. Su teoría era que quizá sin ser consciente de ello, al elegir el escritor el nombre, mandaba un mensaje subliminal quizá de cierto desdén con el personaje hasta para sí mismo. No tengo respuesta, pero puedo muy bien creerlo. Cerca de mí no hubo Adelina alguna, de pronto surgió de la nada y pensé que ese sería el nombre perfecto.

Tal vez se debió al parentesco entre ambos libros, tal vez a que Sergio conoció a algunos parientes míos asentados en el estado de Veracruz, tal vez a que encontramos muchos temas de conversación o simplemente a que Sergio Galindo era una persona muy sensible, muy aguda, muy generosa, el caso es que yo me siento agradecida y afortunada de que eligiera mi libro para ser publicado en Ficción y de haber sido su amiga.

ALINE PETTERSSON

**DE MI AMISTAD
CON UNA EDITORIAL UNIVERSITARIA**

Parto de una anécdota ocurrida en 1985. Recién había terminado un congreso de homenaje a Alí Chumacero y en casa de este se dio una celebración de lo ocurrido. Participante que fui del congreso, participante que fui de la celebración. Por lo tanto, es de suponerme enganchado en alguna conversación o en una sucesión de ellas. Y lo estaba, de manera que en una de las etapas me vi en diálogo con Bernardo Giner, quien en algún momento de la plática me dijo “qué novela más desoladora has escrito”.

Se refería a *Último exilio*, que meses atrás le había ofrecido para su publicación a la editorial Joaquín Mortiz. “Hace algunos años te la habríamos publicado”, agregó enseguida, noticia que no dejó de suavizar ciertas dudas que por dentro me preocupaban respecto a la valía del texto. Y ahora doy un salto a otro congreso ocurrido ese mismo año. En él me encontré con Luis Arturo Ramos, que por entonces dirigía la Editorial de la Universidad Veracruzana. De alguna manera lo arriba contado se hizo parte de una de las conversaciones y Luis Arturo me pidió que le enviara mi novela. ¿Quién va a desobedecer propuesta así de atractiva?

¿La siguiente etapa? La noticia de que un buen número de galeras esperaba mis correcciones. Luego el ver si me convencía la portada sugerida por Eko. Y, finalmente, el tener el libro en las manos y el seguirle su lento avanzar por el mundo de la cultura. De esta manera comenzó la relación que he tenido con la Universidad Veracruzana.

La personal, porque la social se inició mucho antes y fue la de saber de ella porque de vez en cuando veía uno de sus títulos en librería. No hay mejor evaluación de una editorial que su catálogo. Por decir algo, que muy en sus principios la Editorial publicara a Gabriel García Márquez, a Álvaro Mutis, a Elena Poniatowska, a José Revueltas y a varios más que por entonces comenzaban a tener presencia.

Una editorial universitaria tiene la obligación de abrir vías de publicación a sus académicos, cuyos terrenos de exploración pertenecen a la severidad del claustro. Pero a la vez, y bien lo cumplen las universitarias, deben arriesgar en dar impulso a la creación literaria. Temprano cumplió con esto la Universidad Veracruzana, que a la fecha ha publicado, en sus diversas colecciones, más de mil 200 títulos. Por no salirme de lo literario, a los autores mencionados antes hay que agregar otros, como María Zambrano, Rosa Chacel, Dylan Thomas, E. M. Forster, lista que habla por sí sola. Aquí vuelvo a lo personal porque, habiéndome enterado de que existía una colección de poesía, decidí proponerles un inédito que amenazaba con darle supervivencia al polvo.

El libro se llamaba *Imágenes* y era el sexto de los míos. El poeta Ángel José Fernández dirigía la colección. Tuvo el poemario dictámenes positivos y pronto apareció impreso y era, es necesario aclararlo, el sexto de los míos en cuanto a poesía. Aparte del placer que me dio el verlo ya impreso, confieso un gusto menor que saqué de aquella ocasión: el nombre de la colección (Luna Hiena). Y también lo original de la forma dada a los libros. En este caso, parecía que estuvieran impresos en papel de estraza y sin embargo gusté mucho de su apariencia. Pienso que un libro es ante todo lo que contiene, pero no hay por qué descuidar su apariencia externa, la primera que entra en contacto con

el posible lector. Confieso que la portada de *Último exilio* me dejó cierta inquietud: no parecía expresar del todo el espíritu de lo allí narrado. Por el contrario, bien lo expresa la portada de la segunda edición, muy representativa del contenido.

Alfredo Pavón es responsable de mi tercera aparición en el catálogo de la Universidad Veracruzana. Uno de los conocedores más sólidos del cuento mexicano contemporáneo dio en gustar de los míos, al grado de que terminó por dedicarles un libro cuyo título es *Te llamamos Federico*. Aparecido en 2002, me satisfizo mucho por el análisis que en él se hacía de mis cuentos. De esta manera, participaba yo en diversos campos cubiertos por la Editorial. Esta no descuidaba ninguno, pues en el de las revistas tiene una de las más persistentes y ricas en difundir noticias sobre la cultura. *La Palabra y el Hombre*, nombre que me parece un acierto, aparece en 1957, cuando Sergio Galindo se hizo cargo del Departamento Editorial. A partir de allí su dirección ha estado en manos de diversos intelectuales, lo que necesariamente significa cambios en el modo de entender el propósito de la publicación. Necesarios, dichos cambios, pues eliminan monotonías. Para mí que la revista cumple una necesaria labor de difusión, sin que esto signifique ponerla en un nivel meramente informativo. Luego, cada departamento de la Universidad Veracruzana puede crear su revista, en esos casos limitada a los campos académicos atendidos por la universidad. En el territorio en el cual me muevo, el de la literatura en sus diversas expresiones, tenemos de ejemplo la revista *Semiosis*.

Hará unos dos años recibí de la Universidad Veracruzana un libro cuyo título era *Lucrecia*. ¿El autor? William Shakespeare. Se supondrá, y se supondrá bien, que era una

propuesta de traducción, en este caso hecha por José Luis Rivas. Hecha a partir de una inteligente lectura del original, tenía la ventaja adicional de que el traductor era poeta y como tal podía introducirse en las nada fáciles construcciones lingüísticas del autor. Gusté del texto propuesto por Rivas y me pareció un acierto que se lo publicara, sobre todo por tratarse de un poema, una parte de lo escrito por Shakespeare que es poco atendida.

Otro aspecto necesario de comentar: las antologías críticas. Y vuelvo al trabajo cumplido por Alfredo Pavón, quien es el compilador de *Historia crítica del cuento mexicano del siglo XX*, que en dos tomos de 500 páginas cada uno ha rescatado del posible olvido los ensayos que sobre el tema se presentaron en los congresos llevados a cabo en Tlaxcala. Basta ver el índice para convencerse de la importancia de esta publicación.

Pienso entonces que la Universidad Veracruzana ha venido cumpliendo sobradamente las tareas que corresponden a una editorial universitaria.

FEDERICO PATÁN

GRACIAS, SERGIO QUERIDO

**Cuentos y
descuentos**
RENÉ AVILÉS FABIÁ



Universidad Veracruzana

ficción

Hubo un tiempo memorable para mí, en que mi transcurrir por la vida nacional coincidía con la presencia de grandes escritores, todos notables y extrañamente generosos con el prójimo, dispuestos a darles ayuda o simplemente su valiosa amistad. De ellos he hablado tenazmente. De quienes conservo recuerdos hermosos. La lista es larga, pues va de aquellos que conocí en la infancia, en la casa familiar a la que asistían José Revueltas, Juan de la Cabada, Rubén Salazar Mallén, Andrés Henestrosa, Germán List Arzubide y Arqueles Vela, a otra que confeccioné en mi propio andar: Carlos Pellicer, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Rafael Solana y Sergio Galindo, entre otros. Me ha resultado imposible precisar quién me presentó con este último. Los detalles indican que fue Alberto Dallal, pues bien recuerdo algunas bromas realizadas entre los tres en presentaciones de las célebres obras que solía editar en la Universidad Veracruzana. Lo que me es evidente es que en ese momento, en tanto institución educativa y editorial, su prestigio era inmenso y sólo comparable al de la UNAM.

El talento y la sensibilidad literaria extrema de Sergio Galindo me los anticiparon algunos de sus libros: *El bordo*, *Polvos de arroz*, *La justicia de enero*, *La comparsa*, *El hombre de los hongos*, *Otilia Rauda*... Pocos narradores con sus características, donde quedaba cómodamente la sencillez. Nacido en 1926, era en efecto de otra época, menos agreste y violenta, donde los intelectuales eran solidarios y buenas personas.

No publiqué en los primeros años de la Editorial (1957), pero supo deslumbrarme con los seleccionados. Hablar con él era un placer, un acercamiento a la gran literatura. Su trato era gentil, afable. Cuando en 1969 publiqué en el Fondo de Cultura Económica *Hacia el fin del mundo*, en la serie Letras Mexicanas, le envié un ejemplar, no supe qué pensó de él, pero me hizo llegar un recado de gratitud. Cuando murió, en 1993, yo estaba fuera de México. Supe tardíamente de su dolorosa partida.

Con Sergio Galindo compartí momentos importantes en mi vida cultural. El que mejor conservo es el periodo en el que ambos fuimos jurados del importante Premio Colima a la mejor obra publicada. Fue un año de muchas obras participantes. Entre las que venían en busca del premio estaba una de Mario Vargas Llosa, *El elogio a la madrastra*. Era evidente que la editorial la había enviado al concurso. Mario era ya un escritor sobresaliente. El nombre del tercer jurado me resultó olvidable. Pero los tres nos reunimos varias veces y discutimos los méritos de cada libro. La novela de Vargas Llosa resultaba temible. Quedó, desde luego, entre las finalistas, junto con una de Ricardo Garibay: *Taib*. La discusión última fue salomónica. Ignoro ya si el tercer jurado estuvo o no de acuerdo, pero Sergio y yo pensamos que la mejor selección sería Garibay. Galindo dijo con firmeza: “Es un gran escritor y apena que no esté mucho más reconocido y premiado.” Estuve de acuerdo y añadí con ironía: “Bueno, dejemos el premio en manos de Ricardo y que Mario Vargas Llosa llegue al Premio Nobel sin haber pasado por el Colima.” Así fue.

En algún momento, podría decir que en una segunda etapa de la labor editorial de Sergio Galindo en la Universidad Veracruzana, me pidió un libro. Me emocionó pen-

sar que estaría entre tantos escritores de talla, una nómina impresionante. Le entregué un recién terminado libro de cuatro relatos: *Lejos del Edén, la Tierra*. Quizá mi libro de relatos preferido de entre los muchos que he publicado. En la presentación, que fue en alguna casona de Las Lomas, Sergio me dijo que le había gustado y me pidió uno más para el año siguiente. Poco después le entregué uno que se llamó *Cuentos y descuentos*, la portada y las ilustraciones son de José Luis Cuevas. Tengo la impresión de que en esos días tuvimos algún encuentro con Jorge López Páez, con quien me frecuentaba, al igual que con el escritor peruano Manuel Mejía Valera, hombre de ingenio excepcional. Lo digo porque en lo sucesivo poco volví a ver a Sergio Galindo, sólo en fugaces encuentros, recuerdo uno muy cordial en casa de José Luis Martínez, quien disfrutaba presumiendo su inmensa y bien organizada biblioteca, otro con Alí Chumacero en una céntrica cantina, La Ópera, donde, como solía hacer, el eterno buen humor del poeta nos abrumó. Nuestro último encuentro fue en una comida en un restaurante de Insurgentes Sur, con el novelista ecuatoriano Demetrio Aguilera Malta, quien estaba ya como embajador de su país en México, y Luis Leal, el crítico norteamericano, de origen mexicano, que fue fundamental para dar a conocer las letras nacionales en Estados Unidos. A Sergio lo noté delicado, frágil.

Han pasado desde entonces muchos años y siempre recordaré a Sergio Galindo con admiración, respeto y cariño, porque era culto, de notable sencillez, trato fino y elegante. Capaz de ayudar a escritores no conocidos como lo era yo. Los libros míos editados por la Universidad Veracruzana los tengo en alta estima. Sobre todo el primero. Quiero decir que nunca supe si los libros tuvieron el dicta-

men de algún crítico literario o si Sergio se limitó a realizar una consideración personal, pero algo me es evidente: los publicó un extraordinario narrador y editor veracruzano, cuyo prestigio era muy merecido y elevado. Y eso siempre me ha llenado de orgullo.

Gracias, Sergio.

RENÉ AVILÉS FABILA

LECTURAS CON SERGIO GALINDO

Felipe
Garrido
La urna



y otras historias de amor

ficción / Universidad Veracruzana

Cada vez que vuelvo a leer a Sergio Galindo —y eso es algo que sucede con frecuencia— recuerdo la casita que ocupaba con la muy querida Ángela, su esposa, y con sus hijos, en Herschel, en la colonia Anzures, de México. En especial el precioso estudio donde Sergio escribía y donde muchas tardes me recibió, allá en los setenta y los ochenta del siglo pasado.

Nos conocimos en 1972, en aquel piso amplio y luminoso de Sur número 124 donde hicimos los SepSetentas. El subsecretario de Cultura, en la Secretaría de Educación Pública, era Gonzalo Aguirre Beltrán, de tan feliz memoria para todas las instituciones por las que pasó y en las que dejó siempre la huella perdurable de los libros. La directora de Publicaciones y Medios, y de la colección, era María del Carmen Millán. Sergio era el subdirector y lo conocí en su último día de trabajo —pasaba al INBA— en aquel sitio, cuando la colección apenas arrancaba. El lugar suyo lo ocupó Roberto Suárez Argüello; yo llegaba para sustituir a Gustavo Sáinz, que se retiraba para embarcarse en nuevos proyectos —la revista *Siete*, entre otros—. El gerente de producción era Alí Chumacero, quien había diseñado la mecánica de la serie: el compromiso era que apareciera un nuevo título cada semana, y para eso una veintena de libros se hacía a un mismo tiempo; lo último que se hacía era decidir qué número les correspondía. Tres o cuatro meses después Alí regresó al Fondo de Cultura Económica

—de donde había salido junto con él Arnaldo Orfila, en los tiempos oscuros de Díaz Ordaz— y yo ocupé su lugar. La colección fue puntual hasta su fin: el número 315, el mismo de las semanas que tuvo aquel sexenio. Pero esa es otra historia.

Conocí a Sergio, fumador compulsivo, con un Delicado entre los labios, otro montado en una oreja y una cajetilla en las manos. Encendía cada nuevo cigarro con el que estaba fumando. Para entonces, Sergio era ya una figura legendaria. Había publicado un libro de cuentos —*La máquina vacía* (1951)— y cinco novelas —*Polvos de arroz* (1958), *La justicia de enero* (1959), *El bordo* (1960), *La comparsa* (1964) y *Nudo* (1970)—. En aquel tiempo en que lo conocí, yo había leído solamente *Polvos de arroz* y *El bordo*, que eran más que suficientes para admirarlo. Después, a medida que lo fui conociendo y tratando, fui leyendo lo demás.

A un lado de su labor como cuentista y novelista, Sergio Galindo había fundado y dirigido, en la Universidad Veracruzana, cuando fue su rector Aguirre Beltrán (1956-1963), una revista —*La Palabra y el Hombre*— y una colección de libros —Ficción—, ambas definitivas, que por un tiempo nos hicieron creer que Xalapa podía ser un centro editorial tan importante como México. Yo tenía experiencia en la edición, sobre todo de revistas —con los libros me estaba iniciando—, y podía apreciar su trabajo como editor: una razón tan poderosa como su escritura para buscar y agradecer su amistad. No fue difícil. Nos entendimos en cuanto cruzamos las primeras palabras.

Con el pretexto de llevarle los nuevos títulos de SepSetentas comencé a visitarlo. Sergio seguía la colección de cerca; mostraba un interés genuino en lo que iba apareciendo y en lo que se estaba preparando; comentaba las

portadas, los detalles de las ediciones, e iba leyendo muchas de las novedades. Cuando, con el número 58, publiqué en SepSetentas mi primer libro, *Viejo continente*, la lectura de Sergio fue atenta, interesada, provechosa, mucho más allá de ese gesto de cortesía con que un maestro puede ocuparse de la primera obra de un discípulo devoto. Me trató como a un colega, en cuanto a escritor y en cuanto a editor, y un día me pidió un favor: quería leerme lo que estaba escribiendo; le interesaba que lo escuchara y le hiciera comentarios.

Comenzamos a vernos los sábados por la mañana, cada semana, en aquel estudio que mencioné, que tenía una atmósfera vegetal, silvestre, selvática, por causa de las lámparas, los floreros, los pisapapeles, los cuadros, los marcos, los portarretratos, los abrecartas, los muebles, las carpetas *art-nouveau* que Sergio atesoraba y que eran, muchos de ellos, de tiempo atrás, posesión de la familia. Con frecuencia he pensado que su devoción por estas formas tiene que ver con su prosa. Sergio leía y yo escuchaba, lo interrumpía —con enorme timidez al principio; después me atreví a leerle algunos cuentos míos— para hacer alguna observación. Sergio la sopesaba; discutíamos; cada quien defendía sus argumentos; volvíamos atrás; Sergio proseguía:

Una catedral vegetal nos cobijaba. Inmensos helechos góticos ascendían hacia un cielo de tan lejano invisible; hiedras y líquenes trazaban decoraciones religiosas, míticas, fálicas. Esa exactitud humana que sólo puede medir el miedo, dejó inmóviles a mis acompañantes. Avancé a solas sobre la superficie de un color tan hermoso como sólo posee el traicionero pantano. Pero mis pies se apoyaban tan firmes como aquí mismo, y mientras más avanzaba sobre esa tierra de tercio-

pelo advertí que de ella brotaban miles de setas, ¡las especies más raras y más apetecibles que puedas imaginar! Y en el corazón de la barranca, contemplándome con una sonrisa, estaba él; me esperaba. Lo tomé en mis brazos y lo traje... Se me ha ocurrido que se llame Gaspar...

Sergio estaba preparando su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua. Lo leyó el 25 de julio de 1975: *El hombre de los hongos*. Ese día lo escuché de principio a fin –antes me había llegado por partes– en la sede que la Academia tiene en Donceles número 66, a cuadra y media del Zócalo. Fue la segunda vez que asistí a una ceremonia en ese edificio. La primera había sido un año antes, cuando ingresó como numeraria la primera académica de la lengua, María del Carmen Millán. El discurso pasó a ser libro en febrero del año siguiente, cuando apareció, con el sello de la Universidad Veracruzana. Vuelvo a leerlo y de nuevo quedo atrapado por su textura alucinante y por la intensidad de las pasiones que arrebatan a sus personajes –víctimas, como todos los de Galindo, de su condición humana.

Sergio y yo leímos juntos, a lo largo de un par de años, por lo menos otros dos de sus libros: *Los dos Ángeles*, que se publicó en 1984, una historia centrada en su obsesión por la infancia y la vejez, la soledad y la muerte; y su obra maestra, *Otilia Rauda*, que apareció en 1986 y que le valió el Premio Xavier Villaurrutia de Escritores para Escritores.

Después Sergio dirigió de nuevo las ediciones de la Universidad Veracruzana (1979-1985). En ese tiempo tuvo la gentileza de pedirme para Ficción un libro de cuentos del que yo le había leído partes, *La urna, y otras historias de amor*. Vio la luz en una preciosa edición, con ilustraciones de Rafael López Castro, en 1984. Ese mismo año, en el

Fondo de Cultura Económica, donde yo era gerente de Producción, tuve la fortuna de cuidar la edición de *Los dos Ángeles*, y de la reedición, en la Biblioteca Joven, de *¡Oh, hermoso mundo!* Más tarde Sergio se mudó a Veracruz porque necesitaba estar a nivel del mar. Muchas veces encontré la forma de visitarlo en una y otra ciudades; conversamos largamente y volvimos a leernos lo que estábamos escribiendo.

La calidad del trabajo editorial de Sergio Galindo en las dos épocas en que estuvo al frente del Departamento Editorial de la Universidad Veracruzana ahí está, a la vista de todos, como un ejemplo y como un reto –en sus días, esos libros circularon por el país–. ¿Quién podrá superarlo?

Su calidad como escritor ha ido y seguirá creciendo. *Otilia Rauda*, *El bordo*, *El hombre de los hongos* han sido repetidamente señaladas como las cumbres que coronan su obra. Pero *La comparsa* (1964), *¡Oh hermoso mundo!* (1975), *Los dos Ángeles* (1984), *Declive* (1985) y *Terciopelo violeta* (1985) merecen ser releídas más de una vez. Los críticos y los lectores seguirán encontrando en ellas motivos de asombro y de vida. Pues para eso leemos. Para hacer nuestras esas vidas que nos ofrecen los personajes de ficción.

FELIPE GARRIDO

DE UN AMOR CORRESPONDIDO



Lazlo
Moussong



CASTILLOS EN LA LETRA

ficción

Universidad Veracruzana

Yo soy y no soy, pero soy veracruzano y no lo soy. Vi la luz en el puerto de los alegres y maliciosos jarochos, de mal hablada fama y alburero canto. La casa donde nació, ya desaparecida, era de esas que bordeaban la carretera y el puerto, con la pared trasera acariciada por las aguas del Papaloapan (imagínense cómo un alvaradeño pleno aprovecharía esta última descripción), ya cerca de la desembocadura y del embarcadero para cruzar en la panga a la continuación de la carretera. Mi padre algo aportó a la región: ingeniero químico llegado de Hungría por 1922, convirtió lo que era casi un alambique productor de alcohol, en el próspero ingenio alcoholero y azucarero de San Francisco el Naranjal. Cuando nació, mi familia ya estaba a un año de irse a vivir al DF.

Ya crecido yo, en un viaje de nostalgia, en plena plaza central de Alvarado alguien me escuchó decir, platicando con amigos: “¡Cáspita! ¿Qué demonios pasa?”, y la noticia corrió como mecha y la dinamita estalló: fui llevado al Ayuntamiento, se me acusó de pronunciar en público esas palabras en el corazón de Alvarado (grave ofensa a la tradición). En mi frustrada defensa me atreví a decir: “¡Zambomba! ¿Pero qué Caa... rambas es esto?”, más que suficiente para que se me condenara a no volver en varios años, hijo indigno de Alvarado. Cuando volví, fui violentamente discriminado: todo el mundo me decía: “Señor, por aquí...”, “Señor, por allá...”, pero nadie, NADIE, me dijo

hijueputa. No soporté la discriminación y me fui a Xalapa, por muchos años llamada “la Atenas de México”. Nunca conocí una geografía más hermosa, diversa, frondosa, aromática, generosa que la de mi Veracruz completo, y sentí que, como veracruzano, tenía derecho a elegir a Xalapa como mi ciudad más amada, aunque no viví en ella.

Pese a que por mi nombre y la estirpe de mi padre tengo esencias húngaricas y austrohúngaras, por mi apellido paterno una rara pero histórica combinación francohúngara y por el Placencia morelense, memoria genética de mi abuela en Cuautla, como mujer de Eufemio Zapata y madre adoptiva de sus tres hijas (ya muerta —¿o matada?—, qué se yo) la que fuera su esposa, así como íntima amiga de la maestra Josefa en cuya casa, en Anenecuilco, pasaba los domingos mi abuela con las niñas (incluida mi mamá)... entonces, ¿qué soy y qué no soy?

Aunque me volví un vulgar chilango, el destino me aportó lazos inesperados pero muy bienvenidos con esa Xalapa siempre amada por mí, e imán de talentos veracruzanos de todo el estado. Sergio Pitol, extranjero de Puebla, acabó siendo hijo adoptivo de Xalapa, y yo, en mis primeros pasos literarios, junto con Monsiváis, hice amistad con Sergio en los años cincuenta; asistíamos a su departamento de la calle de Londres, y aprendíamos de sátiras, bromas y burlas crueles, y enriquecíamos nuestro panorama literario durante las tertulias con él y sus personajes invitados. Aspectos de las vidas de Sergio y mía coincidieron (en un sentido meramente geográfico) con Xalapa.

Años más tarde enriquecerían mi vida las amistades de los escritores Luis Arturo Ramos (emigrado en Xalapa, de Minatitlán, joven serio, sólido, entregado a su talento, hondo, enriquecedor y magistral novelista y ya director

de publicaciones de la Universidad Veracruzana) y Raúl Hernández Viveros, su entonces más cercano colaborador, quien años más tarde también sería director de la Editorial (éste sí jarocho de cepa pura, emigrado de Ciudad Mendoza, de colorido sentido del humor, fresca alegre para el corazón de los amigos, novelista vital de drama y humor) a quienes gustaron mis textos que leían en la revista *Plural* y decidieron proponer al Consejo Editorial de la Universidad Veracruzana la publicación de mi primer libro, aún virgen. Y luego, vino la amistad, beatífica amistad, con una muy joven, bella, activa y talentosa enamorada de las letras, que más adelante llegaría a ser excelsa poeta y traductora de poetas franceses, Maliyel Beverido, ella sí de estirpe xalapeña, hoy coordinadora general de la Casa del Lago de la Universidad Veracruzana.

En Xalapa sí podía yo decir “¡Caramba!” sin ofender a nadie, y agregar: “Mi amor por Xalapa ahora es correspondido por ella, cosa que antes nunca imaginé que sucedería”.

Esto fue en los años ochenta, y en 1986 aparecería orgullosamente en la colección Ficción de la UV mi primer título, *Castillos en la letra*.

Quiero añadir que de las omisiones que lamento en mi vida está la de no haber conocido personalmente a Sergio Galindo.

Cinco años más tarde, con mucha sorpresa pues no es usual que la UV haga esto, me llegó la propuesta de los mismos Luis Arturo Ramos y Raúl Hernández Viveros de autorizar una segunda edición del ya agotado *Castillos en la letra*, edición de 1991, ahora ya también desde hace años agotada.

De ahí, indirectamente, se generaron nuevas, activas, estimulantes e inolvidables amistades de la más alta cali-

dad, como las de los investigadores del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la misma UV, Magda Díaz Morales y Renato Prada Oropeza.

Magda promovió la publicación, en la prestigiada revista *Texto Crítico*⁶ del mismo instituto, de un ensayo analítico del humor en *Castillos en la letra* escrito y publicado en París por Venko Kanev, investigador búlgaro de letras hispanoamericanas y catedrático en la Sorbona II, quien me envió su traducción en español.

Renato escribió y publicó un ensayo también analítico del humor en mis textos⁷ en el tomo II de su libro *Los sentidos del símbolo*.

Finalmente, más tarde, Mario Muñoz seleccionaría tres textos de mi libro en su *Recuento de cuentos veracruzanos*, de la colección Escritores Veracruzanos, serie Los Voladores, y José Luis Martínez Morales incluiría otro en la antología *Voces narrativas de Veracruz (1837-1989)* en coautoría con Sixto Rodríguez Hernández.

Xalapa bien amada: no fuiste mezquina ni sorda a mi amor platónico. Fuiste mucho, mucho muy generosa. Miles de gracias.

LAZLO MOUSSONG

6 Venko Kanev, "Las formas breves de Lazlo Moussong, *Castillos en la letra*", *Texto Crítico*, Nueva Época, año III, núms. 4-5 (enero-diciembre), pp. 17-31, Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1997.

7 Renato Prada Oropeza, "Una escritura antiolemne e irreverente: los cuentos de Lazlo Moussong", *Los sentidos del símbolo II*, Lupus Inquisitor, Universidad Iberoamericana Plantel Golfo Centro, Puebla, 1998, pp. 53-66.

JUVENTUD SEPTUAGENARIA

Amores de segunda mano

Enrique Serna



ficción
Universidad Veracruzana

Tuve la fortuna de publicar mi primer libro de cuentos, *Amores de segunda mano*, en la Editorial de la Universidad Veracruzana cuando la dirigía Luis Arturo Ramos, uno de los narradores mexicanos que más admiro. La marginalidad de las ediciones universitarias puede convertirse en una ventaja cuando un libro tiene el respaldo de un sello de calidad que se ha ganado a pulso el respeto de los lectores. La Editorial de la UV se había distinguido desde los años cincuenta por publicar a escritores que pocos años después adquirieron fama internacional y se cotizaron muy alto, como Gabriel García Márquez, Juan Carlos Onetti y Álvaro Mutis, y a otros que ya forman parte de nuestro canon de clásicos modernos: José Revueltas, Jaime Sabines, Rosario Castellanos, Elena Garro, José de la Colina y Eraclio Zepeda, entre los más notables. Publicar un libro de cuentos en la editorial donde aparecieron *Los funerales de Mamá Grande*, *Dormir en tierra*, *Benzulul* y *La lucha con la pantera*, obras maestras del género, representaba un gran honor y, al mismo tiempo, un compromiso difícil para el joven que fui. Tantos cuentistas ilustres en el catálogo de la editorial contribuyeron, sin duda, a que mi libro llamara la atención y tuviera una buena acogida.

La centralización de la vida cultural mexicana es una rémora del subdesarrollo que sólo se puede contrarrestar impulsando la excelencia intelectual y artística en otras partes del país. La Universidad Veracruzana ha sido pio-

nera en esa tarea, no sólo por su labor editorial, sino por su difusión del teatro, la música, las ciencias y las artes plásticas. Uno de los mayores aciertos de la institución ha sido encomendar sus proyectos culturales a grandes figuras de las letras y las artes. El olfato literario de Sergio Galindo, capaz de reconocer el talento de futuras luminarias que aún luchaban por salir del anonimato, desempeñó un papel decisivo para cimentar el prestigio de la editorial. Por primera vez en la historia de México, una universidad de provincia editaba libros con repercusión nacional e internacional. Durante muchos años, la UV ha publicado una estupenda revista de teatro, *Tramoya*, bajo la batuta de Emilio Carballido, uno de los dramaturgos más importantes de habla española. Gracias a la capacidad de convocatoria de Carballido, los mejores dramaturgos y críticos teatrales de América Latina se dieron cita en esa revista bimestral, que llegó a ser imprescindible para los estudiosos del género. En épocas más recientes, Luis Arturo Ramos y José Luis Rivas recogieron la estafeta que les dejaron sus mayores, manteniendo un catálogo lleno de novedades apetecibles. Gracias al celo profesional de estos editores artistas, que saben compaginar la imaginación con la capacidad organizativa, la Editorial de la UV se ha salvado de caer en el burocratismo y la negligencia, los mayores enemigos de las instituciones culturales públicas.

Cada vez que voy a Xalapa me siento como en mi casa, porque la ebullición cultural de la ciudad crea un ambiente acogedor para todos los escritores. No me sorprende que algunos la hayan elegido como su lugar de residencia, porque se respira en ella una fertilidad creativa difícil de encontrar en otras partes del país. La Editorial de la universidad ha sido en buena medida responsable de convertir

a Xalapa en un foco de atracción cultural y por ese motivo me uno con júbilo a los festejos por sus 70 años. Felicidades por haber llegado tan alto y mantener joven a una institución septuagenaria. Que los vaivenes y los bandazos de la política cultural respeten este gran esfuerzo de varias generaciones dedicadas a ensanchar los horizontes culturales del público.

ENRIQUE SERNA

LA SATISFACCIÓN DEL DEBER CUMPLIDO

una ola
que se estrella
contra las rocas

EDUARDO MEJIA



ficción
Universidad Veracruzana

En mi novela (en coautoría con Gustavo Sainz) *El juego de las sensaciones elementales*, relato cómo conocí a Sergio Galindo, en 1971, en las oficinas de Equipo Creativo (Nazas número 66-5), y cómo unos días después lo vi en su casa, para que nos aprobara una portada para uno de los primeros títulos de SepSetentas; aunque la impaciencia de Sainz era mucha, Sergio me detuvo, me convidó un vodka (en realidad tres) y hablamos de literatura por varias horas; me invitó a que le mostrara mi novela (entonces con cuatro capítulos, de los cinco que tuvo); días después me la regresó, con un par de observaciones y una frase que me hizo volar desde su casa, en la colonia Cuauhtémoc, hasta el Paseo de la Reforma: “puedes considerarte escritor”.

Meses después quebró la empresa de Sainz, y me vi desempleado por unos días, pues Carlos Hernández (una leyenda en el mundo de los libros) me pidió que lo acompañara a llevarle a Sergio el último tomo de la *Historia moderna de México*, de Daniel Cosío Villegas, recién salido de las imprentas. Cuando Sergio supo de mi situación laboral, me invitó a trabajar en el INBA, donde era subdirector, y donde lo atosigaba cuando menos una vez a la semana, para hablar de libros. Comenzó una competencia amistosa, y un intercambio de autores favoritos.

Sergio nunca fue un burócrata sumiso y, al poco tiempo, sin quitarle el puesto, le quitaron la oficina y lo enviaron a la SEP, en la calle de Argentina, donde lo visité algunas

veces; tampoco fui burócrata, y al poco tiempo renuncié al cargo que me había dado Sergio; él, por su parte, relevó a Luis Ortiz Macedo en la dirección de Bellas Artes; por entonces dejé de verlo, lo visité en su oficina una sola vez, y luego en su casa para participarle mi matrimonio.

Lo volví a ver cuando dejó Bellas Artes; después lo visitábamos en su nueva casa, en Río Ebro; la mala fama nos perseguía: fuimos invitados para ser jurados del Primer Concurso de Novela El Herald-Grijalbo; no supimos, sino hasta después que nos eligieron por decentes, por no protagonizar escándalos, por nuestro prestigio de no crear conflictos. Protagonizamos uno: frente a la intolerancia de Pedro Camacho, la dubitación de Rogelio Carvajal y la alarma de Gustavo Sainz (los otros jurados), Sergio y yo nos empeñamos en premiar *El vampiro de la colonia Roma*, de Luis Zapata; nuestra terquedad triunfó; el escándalo fue menor, pero para el siguiente concurso llamaron mejor a Luis Spota, quien no les dio problemas, aunque *El Herald de México* se retiró, para evitar otro posible conflicto.

Para entonces yo trabajaba en *La Onda*, suplemento de *Novedades*, y Sergio había regresado al gran proyecto de su vida: dirigir la Editorial de la Universidad Veracruzana; en sus inicios él dirigía, nominalmente, sólo la colección Ficción, aunque de hecho era responsable de todo el proyecto, sin dejar de lado a quienes hacían las otras colecciones.

Las pláticas de los libros, su inagotable curiosidad por la literatura y su creencia de que nosotros (Lourdes y yo) éramos lectores voraces y además sin miedo para los autores audaces, para las estructuras innovadoras, nos acercó más; iniciamos un intercambio de autores que duró muchos años: por él leímos a Evelyn Waugh, a E. M. Forster, a Joseph Conrad, Emile Zolá y a infinidad de autores de novelas poli-

ciales; nosotros lo contagiarnos de nuestro fervor por Doris Lessing, Peter Handke, Henrich Böll, Edith Wharton; lo obligué a terminar la primera novela de Joe Gores, pese a que tres veces fue a decirme que era muy malo, que era previsible, hasta que al final me pidió que le consiguiera un ejemplar, porque en realidad lo había sorprendido.

Una tarde me pidió que fuera a verlo a su casa, ya en Herschell, y me invitó a que me fuera a trabajar con él, a la Editorial, que tenía su sede en la muy hermosa casa en Sierra Nevada, de dos pisos, tres recámaras, una de las cuales ocupaba él, otra Arturo Serrano, quien se encargaba de la distribución, y una tercera, la más amplia, en donde cabían tres escritorios: el de su hija Ana Mónica, otro de Xavier Parlange, quien nos administraba, y el mío.

De mediados de 1980 a febrero de 1985 preparamos un promedio de ocho libros anuales (aunque el presupuesto era para cinco), más la elaboración de *La Palabra y el Hombre*, que él inició desde su primera etapa en Xalapa; yo era el turno vespertino: en la madrugada dirigía la sección de Espectáculos del *Diario de la Tarde*, y a partir de mediodía, hasta las seis de la tarde, revisaba originales, le preparaba un dictamen que, sin excepción, respetó en su totalidad; los títulos aprobados los marcaba para la imprenta, corregía las entrañables galeras (galeradas, pero se le dice galeras porque esclavizan, torturan, amenazan), después una segunda lectura en las páginas, y una última revisión antes de que se fueran a la imprenta; redacté, sin excepción, todas las contraportadas, incluidas las de la colección Biblioteca, con temas de historia, sociología, antropología, ensayo literario.

Entre los títulos que reeditamos se debe contar *Ciudad Real*, de Rosario Castellanos, en cuya edición la conoció el

Subcomandante Marcos y en la que se inspiró para su irrupción en la vida política mexicana, según confesó a José Saragoza (esa es otra historia, igual de interesante), los relatos de *La semana de colores*, de Elena Garro, y sus obras de teatro *Un hogar sólido*, que diseccionamos para adivinar en qué párrafos se refería a Octavio Paz; editamos, en Biblioteca, un delicioso título sobre la batalla de San Juan de Ulúa, a causa de la cual no fuimos colonizados por los ingleses (este libro lo corregimos Sergio y yo, ilusionados por que no se acabara), un ensayo sobre Malcolm Lowry, otro de Manuel Durán, uno, el mejor, de Carlos Montemayor; en Ficción, reeditamos también *El Norte*, uno de los más importantes títulos de Emilio Carballido; el primer libro de cuentos, y uno de los mejores, de Álvaro Uribe; rescatamos una muy fresca novela de Olga Harmony que había estado perdida durante 20 años; rescatamos la primera novela de Sergio Magaña, *El molino del aire*; una novela de Luis Arturo Ramos, *Intramuros*, que luego presenté en Bellas Artes; *El bosque de abedules*, de Jaroslaw Iwaszkiewicz, con la que lloré en cada galera que corregí; también, una novela de Manuel Capetillo, que luego vi inserta en un ensayo sobre la antinovela; en un volumen, los dos libros de cuentos, legendarios, de José de la Colina (no le gustó la portada, y en el proceso de reposición, el libro quedó embodegado; siempre creyó que la contraportada era de Sergio, aunque era mía: nunca se lo aclaramos); reeditamos unos ensayos de Salvador Novo, *Letras vencidas*. Finalmente, debo proclamar, pues nadie más lo hará, que se me publicó mi tercera novela, *Una ola que se estrella contra las rocas*, que he visto citada en manuales de literatura argentinos, españoles y estadounidenses, aunque en México pocos (Ignacio Trejo, por ejemplo) la leyeron sin mala fe (Sergio, cuando publicó

su *Este laberinto de hombres*, me dijo que lo había escrito para competir en el uso de las malas palabras, conmigo y con Luis Arturo Ramos y su *Violeta-Perú*.

Un día terminó el sueño de las horas dedicadas a la literatura (nos escapábamos para ir a librerías; a diario me entregaba las cuartillas terminadas durante la jornada matutina, de *Los dos Ángeles*, *Declive*, *Otilia Rauda*, con los que terminó la seca que lo atosigaba después de *La comparsa*; la amistad con la familia se afianzó, y él y Ángela fueron los padrinos de bautizo de mi hija María José, y ella y Diego fueron a la escuela donde había estudiado Sebastián, su hijo menor; comíamos con frecuencia mensual con Felipe Garrido, y terminábamos la sesión en casa de Sergio, leyendo lo que habíamos escrito en las semanas anteriores; en tardes frenéticas, me convidó de secretos que nadie más conoció —ni conoce— y me dio claves para entender su obra narrativa, sin las cuales todos los estudios hechos y por hacer son incompletos y equívocos). La Editorial se trasladaba a Xalapa; yo me fui al Fondo de Cultura Económica, y después a *Contenido* y después a *El Financiero*.

Una tarde, mientras me preparaba para irme a trabajar, me llegó la noticia del fallecimiento de Sergio; ya me había alejado de la Editorial; mejor dicho, sus directores posteriores me alejaron, no cumplieron su promesa de hacerme llegar sus ediciones ni de respetar el formato que ideamos para esa segunda, y renovadora, época; se quedaron en una caja títulos que iban a cambiar un poco el rumbo de la literatura mexicana (unos relatos de Xavier Velasco, por ejemplo, y un ensayo de Alberto Paredes que tuvo que reconstruir).

Un catálogo de publicaciones de la Editorial, publicado en 2006, omite, supongo que por ignorancia, varios de los

títulos que publicamos entonces. Un catálogo completo permitirá ver que la Editorial de la UV, como le decíamos, no publicaba títulos ilegibles de profesores universitarios por cumplir con los puntos requeridos; más bien, competía con las mejores editoriales, tanto en los años cincuenta (debutaron en su plantilla los más destacados escritores mexicanos) como en los ochenta (varias glorias literarias nos llamaban para pedirnos que los publicáramos, pero Sergio se empeñaba en mantener un nivel altísimo).

No importa: fui parte de una de las más brillantes etapas de la Editorial, nuestros libros se comentaban y se vendían, y tuve una época profesional de la que me enorgullezco y que me dio un prestigio que me sigue bendiciendo en los trabajos que emprendí y sigo emprendiendo, y fui integrante de un equipo ideal, divertido, inteligente, que trabajaba en libertad, sin ataduras de tarjetas, de horarios estrictos, y donde siempre se escuchaban carcajadas. No reniego de otros trabajos, pero añoro el de ser responsable de esa etapa única, irrepetible, sin envidias, sin más ambiciones de lo que Sergio Galindo enarbolaba como su mayor ambición: la satisfacción del deber cumplido.

EDUARDO MEJÍA

COLECCIÓN FICCIÓN

Antología Personal

Hernán Lara Zavala



Ficción

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Hay algo de sano fetichismo en las editoriales donde uno anhela verse publicado. *De Zitilchén*, mi primer libro, apareció en Joaquín Mortiz en 1982 luego de una larga espera que se prolongó más de cuatro años. En 1990, cuando Luis Arturo Ramos, a la sazón director de la Editorial de la Universidad Veracruzana, me invitó a colaborar con una antología para la colección Ficción también sentí un enorme orgullo pues ahí había yo leído *Imagen primera* de Juan García Ponce, *El lugar donde crece la hierba* de Luisa Josefina Hernández, *Polvos de arroz* de Sergio Galindo, *Ven caballo gris* de José de la Colina, *Los muros enemigos* de Juan Vicente Melo, *Infierno de todos* de Sergio Pitól, es decir, a muchos de mis autores mexicanos favoritos en bellas ediciones coordinadas precisamente por Sergio Galindo, quien fuera su primer director. A comienzos de los noventa, Luis Arturo decidió que nos tocaba el turno a los autores de nuestra generación, la generación del 68, por llamarle de alguna manera, no porque hayamos nacido ese año sino porque nos tocó vivir en ese importante momento en plena juventud y nos influyó de modo radical en nuestra visión del mundo y en nuestra escritura.

Se trataba de una generación dispersa, aislada, independiente, que en su origen no tuvo más punto de unión que haber vivido una crisis histórica y política amén de nuestras lecturas individuales que paulatinamente se fueron traduciendo en amistad y compañerismo y que finalmente nos

permitió identificarnos como generación a pesar de no haber compartido nunca una revista o un proyecto específico que nos uniera como sucedió con las generaciones previas a la nuestra. Yo había leído *Violeta-Perú*, *Al cielo por asalto*, *Lenin en el fútbol*, *Trampa de metal*, *Los largos días*, *La noche navegable*, *Que la carne es hierba*, *La mañana debe seguir gris*, *Pánico o peligro*, *Ensayo general*, *Para la asistencia pública*, *Dreamfield*, *Anónimo*, *Donde deben estar las catedrales*, *No es como usted dice*, *Isla de lobos*, *La calle de los polvos ardientes* y tantas otras novelas de autores que empezamos a publicar a partir de los años ochenta.

Pero nuestra generación también tiene una gran deuda con el escritor José Agustín quien, aunque casi de la misma edad que nosotros, se había sumado a la promoción anterior por su precocidad y talento y se había convertido ya en un parteaguas de las letras mexicanas por su incorporación del lenguaje juvenil y desparpajado, por su agudo sentido del humor, por su gracia e imaginación y por sus personajes jóvenes y rebeldes a la vez, por sus ensayos sobre rock y la inclusión de esa música en sus cuentos y novelas y por su espíritu en favor de la contracultura. La literatura de la onda se llama simplemente José Agustín, y aunque tuvo muchos imitadores, ninguno logró igualarlo o superarlo, ni siquiera Roberto Bolaño muchos años después.

Con la colección de antologías personales de la UV se presentó la enorme oportunidad de dar a conocer de primera mano a una rara generación disgregada que incluía a autores de toda la república mexicana, que por entonces fluctuaban los treinta años, y que habían publicado de forma independiente por todo el país, sin padrinos, grupos ni mafias. Luis Arturo tuvo una gran visión pues se trataba de que cada volumen se iniciara con una entrevista que permitiera conocer la formación y los anhelos de cada escritor

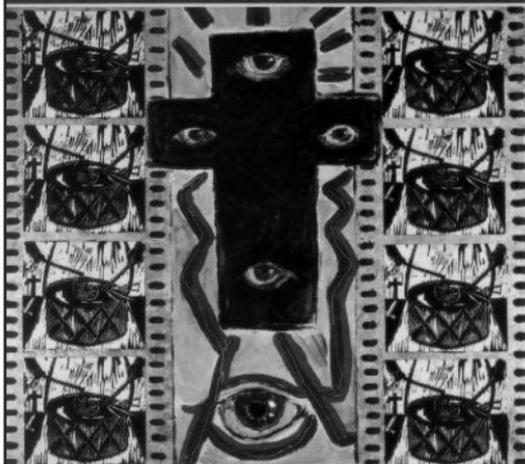
para que luego eligiera los textos que conformarían la antología, según sus propios gustos y criterios y resultara ilustrativa de su obra. Lamentablemente, a pesar de la excelente idea de Luis Arturo y de la editorial veracruzana de dar a conocer a esa nueva promoción de escritores mexicanos, el proyecto “se rompió”, según la expresión del propio Luis Arturo, y sólo se alcanzaron a publicar tres antologías: dos de escritores que aprecio y admiro, Guillermo Samperio y Beatriz Espejo, además de la mía propia.

La colección tenía un diseño muy original pues en la portada, además del nombre de la colección, del autor y de la editorial, incluía la ilustración de una figura humana que emulaba un número. A Guillermo le correspondió el uno, con un niño tocando el tambor y un gorro frigio en la cabeza, con el fondo en color naranja; a mí, el tres, con una especie de juglar con un sombrero de ala ancha y una amplia gorguera, con la mano sobre la barbilla y flexionando una pierna y dejando la otra rígida para dar la sensación de un cuatro, con el fondo verde. Nunca llegué a ver el ejemplar de Beatriz. La cuarta de forros estaba impresa con letras blancas, lo cual, en algunos casos, como en el mío, obstaculizaba un tanto la lectura. Se tiraron dos mil ejemplares de cada título, que se imprimían en los talleres de Enfoques Editores. Una excelente idea que no se pudo realizar en toda su extensión y de la que quedaron sólo tres heroicos títulos como muestra de un bello intento pero que yo no dejo de agradecerle a la Editorial y muy particularmente a mi estupendo amigo, escritor y editor Luis Arturo Ramos. Y no lo sé, tal vez ahora, casi un cuarto de siglo después, la editorial veracruzana pueda retomar el proyecto para tratar de llevarlo a buen puerto.

HERNÁN LARA ZAVALA

REFLEXIONES EN VOZ ALTA

EL EVANGELIO DE LAS
Maravillas



Paz Alicia Garcíadiego

FICCIÓN
Universidad Veracruzana

Me gustaría decir que soy xalapeña de pura cepa, y probablemente la gente diría que exagero o miento, y mi padre tapatío daría dos que tres vueltas en su tumba. Sí, exagero porque soy chilanga a pesar mío, de mi madre y de mi abuela, ellas sí ambas xalapeñas, de mi abuelo orizabeño y de mi bisabuelo alvaradeño y de larga cauda de parentela y ancestros distribuidos a la largo del estado, yo nací en el Anáhuac.

Pero, contra viento y marea, así me siento y por lo tanto eso soy: veracruzana.

Los patios xalapeños, la neblina, la sazón de las cosas más simples, como un arroz en su punto o una sopa de verduras, tienen en mí el poder de la evocación de una tierra a la que siento en las entrañas y a la que sé que pertenezco.

Pero, por arriba de las vivencias labradas en las vacaciones anuales a ese Veracruz de ayer, le debo al estado, a través de mi abuela, la gran cuentacuentos de mi vida, el lenguaje.

Los requiebros populares, los culteranismos usados de manera perfecta y casual al mismo tiempo, son productos del hablar de mi abuela, defensora a rabiar de los modos y giros veracruzanos. Ella y todos los de su generación así decían. Hablaban con pundonor y sin petulancia. Dios la bendiga y los bendiga por ello.

Ella, tarde noche a noche, antes de dormir me contaba de las tardes en los corredores olorosos a humedad de las

viejas casonas, de la neblina del parque de Los Berros la tarde de Cuaresma en la que conoció a mi abuelo, de las tertulias de lectura, de las empinadas calles empedradas... Me contaba sin fin de allá y entonces; me hablaba y al hablarme le heredé la palabra.

Y con tal herencia, la palabra, me dio el instrumento fundamental para ejercer mi oficio. Hoy por hoy soy guionista.

Armada de esa manera de hablar que muchos tildan de arcana y yo de coloquial, he desarrollado este mi quehacer. Palabras para mí cargadas de evocaciones, de sonoridad. Sé que se las debo a ella, mi abuela, y antes de ella a mi tierra. La tierra de los míos.

También me legó el amor por la cultura.

“Soy de Xalapa, la Atenas mexicana”, me repetía. Me enseñó con ello el amor a la lectura, la posibilidad de perderme en sus universos remotos y cercanos al mismo. Leía de todo sin reparos ni cortapisas, pintaba, tocaba el piano... No era sino un ama de casa, una señora común y corriente en el sentido más cabal de la palabra. Una mujer de su hogar con horizontes más amplios que los pucheros. No era una *rara avis*, decía yo, era una mujer del diario, pero de su entorno, reflejaba los valores de la ciudad en la que vivía.

Sí, mi abuela valoraba lo que con el tiempo yo me he empeñado en denominar la especificidad veracruzana: la cultura.

No que no haya habido próceres de la cultura en otros estados del país, faltaba más, jamás diría yo tal acerto. Pero en ninguna otra parte he palpado, he sentido tan marcadamente el buen decir, el regocijarse con el sonido y la precisión de las palabras como en Veracruz. La búsqueda,

el amor a la cultura y al saber y sobre todo la amplitud de criterios siguen privando en estos lares.

Por ello, cada vez que la historia me lo permitía, he ubicado en Veracruz mis historias, las he ambientado en sus patios provincianos, en el puerto o en el río Papaloapan.

La mujer del puerto, Principio y fin y sobre todo *El Coronel no tiene quién le escriba* (una vez que se la secuestré a García Márquez para ubicarla en mis latitudes y hacerla mía) las he escrito para ser filmadas aquí, y huelga decir se han filmado en Veracruz.

Las memorias guardadas en lo más recóndito de las remembranzas me impulsaron a ello.

Ahora bien, Veracruz no sólo son para mí los paisajes, las memorias o el sazón de mi abuela. Veracruz es para mí de manera preeminente esa amplitud de criterio que necesariamente da la cultura, es también y marcadamente el alma liberal en el sentido más estricto de la palabra.

No sé si esté equivocada o idealizando, pero para mí la mochería no tiene cabida en el estado.

Esto es particularmente palpable a través de la misión de la reconocida Universidad Veracruzana, que incluso en las épocas más estériles de la cultura nacional se ha abocado a educar y a difundir con miras amplias, dejando atrás toda gazmoñería.

La Universidad de Veracruz se ha empeñado en defender todo tipo de opiniones y posturas políticas e ideológicas, dentro de sus aulas y muy particular y señeramente en su tarea editorial.

La Editorial de la universidad ha realizado una tarea notable.

Ha publicado de todo y para todos. Desde autores de vanguardia hasta clásicos. Desde autores desconocidos

hasta renombrados. Siempre guiada por el criterio único de la calidad.

Su labor ha sido preclara, y si bien es cierto que innegablemente muchas otras universidades del país han tenido una importante tarea editorial, ninguna cuenta con un corpus tan sólido y con niveles de excelencia como los de la casa editorial de la Universidad Veracruzana.

Yo, para no ir más lejos, leí hace años una primera edición de *Los funerales de la Mamá Grande* del entonces desconocido Gabriel García Márquez.

Había una gran generosidad para con este joven escritor colombiano que aún no despuntaba. Había, sobre todo, olfato para saber encontrar a la buena literatura y promoverla por sobre todas las cosas.

Buena parte de los que hoy integran a la elite cultural mexicana han abrevado en las ediciones de la casa editorial de la universidad.

Yo, que de ninguna manera me incluyo en esa elite selecta, fui agraciada con la publicación de dos de mis guiones: *El evangelio de las Maravillas* y *el Coronel no tiene quién le escriba*. En esas ocasiones me sentí honrada, halagada.

Decía al principio: contra viento y marea soy veracruzana. Y nunca, o pocas veces, he tenido reconocimiento a mi carrera en mi país. Es sobado decir que nadie es profeta en su tierra. Puede ser cierto, pero no por eso deja de doler. Por ello ambas ocasiones han sido para mí particularmente relevantes. Fueron las únicas veces que alguno de mis guiones han sido publicados por una editorial mexicana.

Y fue la Editorial de la Universidad Veracruzana la que me ofreció su espacio. Pero, por otro lado, y mucho más importante, se brindaba, y quiero recalcar esto, a publicar guiones. Era una oferta doblemente generosa. Por-

que pocas, muy pocas son las editoriales que se atreven a publicar guiones. No es un género redituable ni comercial. Las más de las veces resultan –por su formato– de lectura pesada y, por otro lado, el grueso del público prefiere “ver la película”. No es casual, los guiones son un producto intermedio en el proceso de elaboración de una película. No han sido escritos para ser leídos sino para ser filmados.

Muchas editoriales se han lanzado enjundiosas a la publicación de guiones para estrellarse con el fracaso estrepitoso. Es una pena, pero es cierto.

Empero, creo y afirmo que son un género literario, que pueden y en muchos casos deben publicarse.

Por ello, cuando en esas dos ocasiones la Editorial de la Universidad Veracruzana me ofreció publicar mis guiones, accedí regocijada.

El primero de ellos fue *El evangelio de las Maravillas*, historia basada de manera *sui generis* en la secta herética de la Nueva Jerusalén. Historia críptica y vericuetada que encontró su acomodo en el catálogo de esta editorial. Una historia contada desde ópticas múltiples sobre un suceso real, que si bien había tenido cierta relevancia en la prensa, en su momento, veinte años después, para cuando hicimos la película, el caso estaba relegado al olvido; además no sucedía en Veracruz sino en algún otro lugar perdido de la costa del Pacífico. Era una apuesta riesgosa. Por ese mismo riesgo, lo agradezco doblemente.

La segunda ocasión fue la publicación de la hermosa edición del guión de *El Coronel no tiene quién le escriba*, acompañada por una serie de fotos tanto del rodaje como de los habitantes de Chacaltianguis en donde la filmamos; así como de un inteligente ensayo de Luis Arturo Ramos sobre el impacto del rodaje de la película en los habitantes

de esta pequeña ciudad, quienes de manera terca y obnubilada le habían dado la espalda a la modernidad —rechazando la construcción de “el puente” que se pensaba construir allá por los cincuenta— para mantener tercamente la panga y sus hábitos de toda la vida, quedando así la ciudad sumida en un tiempo quieto, arcaico.

El libro es entonces no sólo una visión integral de la película, con mi guión incluido de manera relevante, y un objeto hermoso para ojear, sino que también permite una mirada nueva para comprender las relaciones del cine con la realidad en la que se rueda.

Aún recuerdo el azoro de sus habitantes al ser entrevistados y fotografiados “como si fueran los actores”. Fue probablemente la primera y única vez que fueron protagonistas entrevistables, publicables.

Yo doy muy frecuentemente talleres de guión en países hispanoparlantes. Y muchas, muchas veces los alumnos de lugares para mí remotos, como la Universidad de Rosario en Argentina o la de Medellín en Colombia, por citar sólo a dos, me llevan ejemplares de esos guiones para que se los firme.

Me da júbilo verlos subrayados y comentados, me da orgullo, claro está; pero por sobre todo me provoca un enorme agradecimiento para con esta casa editorial que tercamente se ha empeñado, y se empeña, en no someterse a las miopes leyes del mercado y publicar aquello en lo que confía. A apostar por la producción de cultura. A entender que la tarea editorial, desde una universidad estatal, es fundamentalmente una misión básica en la tarea de mecenazgo que le ha sido encomendada.

Y es que el estado mecenas, conviene recordar, entre otros ejemplos, gestó y apuntaló al Renacimiento, del que todos nosotros abrevamos. El estado mecenas, a través de

la cultura, consolida los cimientos de la nación, de la identidad, de eso intangible pero real: la patria. La tarea de este mecenazgo de estado a través de sus instituciones no es una dádiva generosa. Es una tarea cardinal del estado. Nos conviene, le conviene.

Por ello, y sobre todo, las instituciones educativas tienen la misión de salvaguardar, promover y difundir aquello que no encuentra su lugar en las mesas de los Sanborn's y que hoy día son un raudal.

La Universidad Veracruzana, y particularmente su editorial, lo tiene muy claro. Sus niveles de excelencia se enfrentan y desdeñan las obtusas leyes del mercado.

Yo le estoy enormemente agradecida como autora, por supuesto, pero también, y en especial, como lectora.

Por eso hoy, en ocasión de su aniversario, me uno entusiasta a su apuesta de promover la cultura, desde la óptica generosa que siempre ha caracterizado a esta casa editorial.

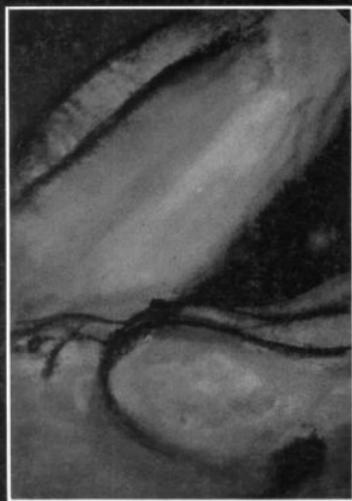
Por ello espero goce de una larga y fructífera vida. Más aún, sé que la tendrá.

PAZ ALICIA GARCADIAGO

TERCER LIBRO

APUNTES DE ABRIL

Silvia Tomasa Rivera



ficción

Universidad Veracruzana

A *puntes de abril* fue el tercer libro que escribí, se publicó por primera vez en la colección Ficción de la Editorial de la Universidad Veracruzana, en 1986. Mi primer libro, *Duelo de espadas*, lo publicó la editorial Punto de Partida de la UNAM (1984), en un colectivo que se llamó *¿Será esto el mar?*, donde fuimos incluidas cuatro poetas: Isabel Quiñones, Letitia Hülsz, Marcela Fuentes-Berain y yo.

En el mismo año, casi al mismo tiempo, apareció mi segundo libro: *Poemas al desconocido. Poemas a la desconocida*, en la editorial Penélope de la Ciudad de México. El primer libro habla de mi infancia en el campo veracruzano; el segundo tiene, a decir de muchos de mis lectores, un tema erótico; pues la primera parte son poemas de amor al hombre escritos por una mujer y la segunda son poemas de amor a una mujer y escritos por otra mujer. En la actualidad eso podría parecer muy normal, pero en 1984 fue causa de grandes críticas hacia mi obra incipiente y hacia mi persona. Alguien me dijo que era el primer libro de poesía auténticamente gay de América Latina. Comenzaba a usarse con mucho éxito la palabra gay, pero yo no soy gay, respondí. Tú no, pero tu libro sí. Bueno, y eso fue mucho antes de que Efraín Bartolomé escribiera en una nota que yo era “rabiosamente heterosexual”, en fin, el libro se encasilló y todavía hace poco salió en internet: Silvia Tomasa Rivera “Lesbian Poet”. A veces es difícil comprender la diferencia entre obra y autor.

Duelo de espadas también es un libro temático. Un reconocido crítico dijo en aquel tiempo que no entendía por qué me hacían tantas fiestas si yo sólo escribía sobre toros y vacas, todo eso por hablar del abigeato en la Huasteca veracruzana donde nací, tierra de mis ancestros ganaderos, donde, como dice de algún modo José Eustasio Rivera en *La vorágine*: se juega el corazón al azar y lo gana la violencia. Así es la apasionada Huasteca, antes como ahora, sólo que en estos tiempos no es el corazón, es la vida misma la que se pone en juego.

En 1986 yo vivía en Coyoacán, hacía 12 años que había llegado del rancho a la Ciudad de México con la idea de publicar mi primer libro. En aquel entonces decían que Xalapa estaba muy lejos del norte de Veracruz, al centro del estado sólo venían los estudiantes que iban a entrar a la Normal Veracruzana o a la Facultad de Derecho de la Universidad Veracruzana.

Yo sólo quería ser poeta y andar viajando. Traía en mi cerebro un tráfico de sueños. Ya sabemos que no todos los poetas son iguales, unos necesitan la paz para escribir, otros necesitamos la lucha interna, la arena movediza que no cimenta nada para emprender el vuelo hacia la desembocadura del poema. No importa cuál sea la forma de llegar, lo importante es el resultado. Tal vez Orlando Guillén tuvo razón cuando dijo: “un poema es una bomba de tiempo”.

Cuántas palabras para llegar a decir que una vez librados los primeros temas de la infancia y el erotismo, escribí *Apuntes de abril* a principios de 1986, en el trato de cosas diferentes a los libros anteriores: hablo de la ciudad, de la vida, del amor y de la muerte. Había estado en el taller de poesía y crítica literaria del INBA, con el maestro Carlos

Illescas, y ya era amiga de Jaime Sabines, quien me ayudó mucho a entender a los poetas y a aceptarme como uno de ellos, pues vivía en una eterna contradicción, porque a esas alturas del compromiso yo no quería ser yo, y siempre que terminaba un poema decía que sería el último. En mi mente estaba olvidarme de escribir libros y regresar al rancho de la Huasteca para ayudar a mi padre, ya que todos mis hermanos se habían ido a la universidad. No regresé y siento culpa por eso.

Sabines leyó *Apuntes de abril* aún inédito, me dijo que pensara muy bien dónde iba a publicarlo porque ese libro era un parteaguas en mi trabajo. Sentí que me dijo eso porque me quería y no pensé en ninguna editorial. Una tarde de septiembre de 1986 estaba en la librería El Parnaso de Coyoacán tomando café con José Joaquín Blanco, cuando llegó el poeta Jaime Reyes y me dijo textualmente: "... te andaba buscando Raúl Hernández Viveros, te quiere publicar un libro en la colección Ficción de la Universidad Veracruzana, es el director de Publicaciones".

Mi corazón latió de manera apresurada, me estaban invitando a publicar en mi estado y eso era un compromiso muy grande; me entró el terror que siempre experimento cuando alguien me dice que quiere publicar un libro mío. No tengo libro, le dije, dile que muchas gracias. "Sí tienes, respondió Jaime Reyes, ya terminaste *Apuntes de abril*, entrégaselo a Raúl, es buen editor, así te van a conocer en tu tierra". No es mi tierra, yo soy del norte. "Es lo mismo, es el estado de Veracruz, la editorial la fundó Sergio Galindo: ¿ya leíste *El Bordo*?" Entre la emoción y el miedo pregunté: ¿Con quién hablo? "Aquí están los teléfonos de la Editorial, pregunta por Hernández Viveros". Hablé con Raúl, entregué el libro, salió a finales de 1986; al año siguiente lo

estábamos presentando en el ciclo Domingos Literarios, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes. Tenía razón Sabines, la crítica marcó la diferencia con mi primero y segundo libros; también mi maestro y amigo había publicado su tercer libro, *Diario semanal*, en la colección Ficción.

A la presentación me acompañó el compositor y cantante Jaime López (trabajamos en varios proyectos artísticos después de esa presentación). Cuando entramos al Palacio de Bellas Artes a las 12 del día, la Sala Manuel M. Ponce estaba repleta. Entre toda la gente distinguí a Raúl Hernández Viveros, quien levantó la mano a manera de saludo, y ese fue el principio de una larga amistad que ha perdurado, como la gran poesía.

Siete años después, me vine a vivir a Xalapa, fue cuando murió mi hermano *El Negro*, en un accidente. No soportaba las calles de México sin él. Les dije a dos grandes amigos que venía a vivir a Xalapa, la poeta Enriqueta Ochoa y Fernando Solana. Ella me dijo: “Busca a Esther Hernández Palacios.” Y él me dijo: “Si vas a vivir en Xalapa, busca al psicoanalista Alejandro Córdova”.

Fue difícil al principio, pero hablar con Esther me hizo sentirme en familia, fue el aval de la primera casa que tuve en Coatepec, allá vivía ella con Luis Méndez Lavielle en la cañada de El Iquimite. Sentí que era como mi hermana buena, y como me dijo un día Marianne Toaussaint: “Esther es una mujer desprovista de toda envidia.” Cuando me daban los accesos de fiebre reumática por la humedad, sólo hablaba con ella. Por eso, cuando la vi salir con las cenizas de Irene Méndez, su hija, la muchacha más bonita que han visto mis ojos, llamada por un violento medio terrenal a un vuelo superior, me di cuenta de lo inútil que resulta la palabra para decir lo que uno siente. Renegué de

la poesía y pensé que todo esto de la literatura era –como dice el Eclesiastés– “sólo atrapar vientos”, porque no sirve para hilar palabras en momentos reales, no sirve para dar consuelo en el dolor más grande.

Julio César Martínez y Raquel Torres me abrieron su corazón y fueron parte muy importante en este aterrizaje amoroso. Conocí a Luis Arturo Ramos cuando la Editorial aún estaba en la calle Zamora. Yo lo veía ahí y teníamos largas conversaciones.

Volví a ver a Ángel José Fernández con su verso “Quedó intacto el árbol de mi infancia...” (me lo había presentado Marco Antonio Campos en 1984), en un encuentro de escritores precisamente en la Universidad Veracruzana. Siempre viví entre Xalapa y México; y años más tarde, cuando mi querida Maliyel Beverido y Sara Ladrón de Guevara presentaron mi libro *Luna trashumante*, editado por la Universidad de Nuevo León en una FILU, y escribieron lo que pensaban de mí y de mi obra, supe que estaba en casa y que nunca me iría del todo.

Tal vez si no hubiera publicado mi tercer libro en la Editorial de la Universidad Veracruzana en su ya clásica colección Ficción, nada de esto habría sucedido, no conocería a la gente que quiero, a mis amigos, a mis mayores en todo, sería una extraña en mi Patria grande, de la que salgo y regreso porque aquí está mi casa. Aunque confieso que en Xalapa me he sentido algunas veces más sola que en Madrid; en cierta ocasión hasta le puse a José Luis Rivas una dedicatoria que decía: “Te deseo una feliz estancia en esta isla.” Quiero decir que la otra noche, mientras me asomaba al balcón de mi estudio en el Callejón de Rojas, se quemó un transformador y se apagaron las luminarias. Las piedras espejeaban a la luz de la luna y así,

en penumbra, el callejón al norte parecía la entrada de un pueblo de la sierra; y al sur, una calle de Ávila, España, la ciudad amurallada de Santa Teresa. La contemplación y el arrobamiento. De súbito llegaron a mi memoria los versos de *Alta traición*, de José Emilio Pacheco:

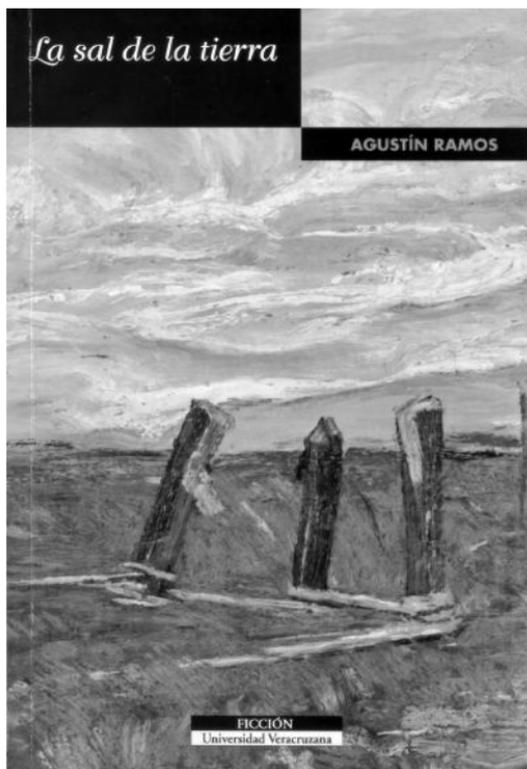
“No amo mi patria/su fulgor abstracto es insaciable/
pero (aunque suene mal) daría la vida/por diez lugares suyos,/cierta gente, puertos, bosques de pinos...” El poema termina diciendo: “... y tres o cuatro ríos”.

SILVIA TOMASA RIVERA

SALERO VERACRUZANO

La sal de la tierra

AGUSTÍN RAMOS



FICCIÓN
Universidad Veracruzana

A Mildred Castillo

A él lo conocí en una feria del libro de Xalapa después de escucharlo leer su discurso de inauguración.

Ahí, a la ocasión, me había llevado el gustoso compromiso de presentar una novela acreedora al segundo lugar en el certamen internacional convocado por la Veracruzana (el segundo lugar, el mejor lugar según Cervantes, y en la UV, la meritita madre editorial de una constelación donde cintilan Pitol, García Márquez, Luisa Josefina, Magaña, Aub, Kawalerowicz, Conti, Chacel, Castellanos, López Páez, Carballido..., y ahí le paro para dejar sitio a quienes, además de enriquecer con títulos el catálogo cósmico de la UV, mantuvieron en marcha ese Big Bang: Galindo (que además lo empezó), Shelley, Ramos, Hernández Viveros y el autor del discurso inaugural, cuyas manos trepidaban aunque su perfecta lectura se adecuaba a la calidad del texto y al escenario dispuesto ante la Casa del Lago edificada para conmemorar a la fuente inagotable de *Los muros enemigos*, *La obediencia nocturna*, *La rueda de Onfalia* y los *Cuentos completos*.

Además de las autoridades principales de la UV asistían funcionarios y celebridades de la cultura en general y de las letras en particular, mexicanas y de otros países. El clima y los colores, habituales de Xalapa –neblinosos y verdes, de humedades distintas–, enmarcaban a un público nutrido de genuino interés, que aplaudía cada nombre, célebre o importante, con ganas sinceras, verosímiles, veracruzanas,

es decir con los niveles de volumen y entusiasmo debidos a cada cual por parte de su cada quien.

Quien me condujo hasta esa Casa del Lago fue un anfitrión insuperable, Luis Gastélum, cuádruplemente heroico sin ser veracruzano. Lo digo porque el lugar tenía varios accesos –a cual más laberíntico, esquinado, jabonoso– que se multiplicaban en cantidad y calidad merced a la típica obra pública que la autoridad municipal suele realizar cuando más impertinente y políticamente rentable resulta pedir disculpas en señales amarillas de filos y letras negras.

Volviendo a la inauguración, salvo el discurso mentado no encuentro ningún otro punto digno de conservar en mi memoria. Lo que escribió el entonces director editorial de la UV, Agustín del Moral Tejeda –porque hablo de él, de su persona, de su memorable discurso– representaba una especie de ficción sin ficción, en donde comparecían en un mismo tiempo y lugar las figuras indelebles que edificaron lo que constituye, irreversible, para la historia de la literatura de nuestra América, la Editorial de la Universidad Veracruzana.

Dicho discurso no se parecía ni un poco a la pieza oratoria de costumbre y tampoco sonaba a balazo en catedral ni al estruendo del cazador de rinocerontes.

Lo envidié una vez más. Así me hubiera gustado hablar a mí ante un foro político durante mi paso por las procelosas pero monetariamente más que bien remuneradas aguas del “servicio público”. Así, con la naturalidad de un buen narrador y la solvencia de un funcionario avezado. Y la frase adverbial “una vez más” obedece a que ya desde antes había envidiado a Del Moral. Y seguramente él no lo sabía.

Al terminar la ceremonia, Luis Gastélum me llevó a ras-tras al pie del estrado para que saludara a Del Moral, cosa que resultó más sencilla pero igual de peligrosa que llegar

a la Casa del Lago, pues significaba abrirse paso entre dignatarios de la cultura afanados en dejarse apapachar y en aprovechar el río revuelto para promover ahijados supuestamente geniales y remover lodos viejos. Lo de siempre.

En fin, el caso es que, al verme, Agustín del Moral me abrió sus brazos de ceiba para devolverme al ahí y al cuando en donde cupo tanta muerte, tantas vidas, tanto amor desaparecido y tanto asedio a otro mundo sin lugar ni fecha de caducidad.

Pero decía que ya antes había envidiado a Del Moral. Y también por un discurso suyo, aunque por un discurso de otra clase (de otras clases). Me explico, lo envidiaba por sus libros y habría cambiado sin pensarlo dos veces nuestro *Al cielo por asalto* por su *Nuestra alma melancólica en conserva*, y mis Manifiestos por sus crónicas, es decir mi fabulación por el registro de su biografía tan suya y tan de aquellos/nosotros asaltantes que intuimos la fórmula infalible contra la fatiga y el fuego de seguir soñando.

Pasó tiempo pero decidí proponerle un libro para la UV (juré que no me echaría para atrás y las manos comenzaron a sudarme todavía más que las de él, y es que no era para menos: decir UV abarcaba –el recuento sólo comprende parte de lo que hallo en mi librero– a Luis Arturo y *Violeta-Perú*, Haroldo Conti y *Alrededor de la jaula*. García Márquez y *Los funerales de la Mamá Grande*, Pitol y el *Infierno de todos*, Cernuda y *Ocnos*, Rosario y *Ciudad Real*, Galindo y *Polvos de arroz*, Carballido y *La veleta oxidada*. Leñero y *La voz adolorida*, López Páez y *Hacia el amargo mar*, Dolores Castro y *La ciudad y el viento*, Luis Josefina y *La noche exquisita*, Magaña y *El molino del aire*, Oswaldo Dragún y *Nos dijeron que éramos...*

Así que una mañana, luego de desayunar en el Mesón del Alférez, cuando ya se habían levantado de la mesa mis

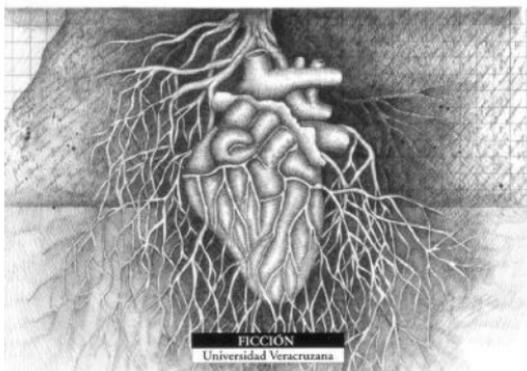
tocayos de apellido, Luis Arturo y Martín, Bárbara Jacobs y el Dios Rojo, una vez a solas con Agustín del Moral me atreví a mencionarle un tomo inédito mío que constaba de cuatro cuentos históricos de esto, de lo otro y de más allá.

—Me encantaría que fueras mi editor en la UV —dije.

Y así comenzó el proceso que culminaría con la publicación del tal Ramos, Agustín [y su-nuestra-suya *La sal de la tierra*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2013.]

AGUSTÍN RAMOS

UN NOBLE SELLO EDITORIAL



Los lomos grises de los volúmenes de la revista *La Palabra y el Hombre* se desplegaban en las estanterías y librerías de la casa paterna cuando éramos niños (circa 1960) con la estampa de esa cabecita totonaca arrojando una voluta por la boca en cada uno de ellos. En otros librerías, en otras estanterías los acompañaban los libros que hacía la Editorial de la Universidad Veracruzana en sus diversas colecciones: Ficción, Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, Biblioteca, entre las que recuerdo. Los cito en desorden y al azar aparente: *Cruce de caminos* de Juan García Ponce, *El péndulo y la espiral* de Ramón Xirau, *El sueño creador* (de vivo color amarillo) de María Zambrano, la *Ofrenda para una virgen loca* (color magenta) de Rosa Chacel, *Ocnos* de Luis Cernuda, *Diario de Lecumberri* de Álvaro Mutis, *Nuevo mundo* de Luis Cardoza y Aragón, *Diario semanal y poemas en prosa* de Jaime Sabines, *Polvos de arroz* de Sergio Galindo, *Un hogar sólido* de Elena Garro, *Al pie de la letra y Ciudad Real* de Rosario Castellano, *Vén, caballo gris* de José de la Colina, *Dormir en tierra* de José Revueltas, *Los funerales de la Mamá Grande* de Gabriel García Márquez, *Ese puerto existe* de Blanca Varela, *Aspectos de la novela* de E. M. Foster, *El doctor y los demonios* de Dylan Thomas, *Testimonios de Tecuán* de Francisco Salmerón, *Los huéspedes reales* de Luisa Josefina Hernández, *El Norte* de Emilio Carballido, *Páginas filosóficas* de Luis Villoro, *Clotilde*, *El viaje y el pájaro* de Jorge Ibarguen-goitia, o de y sobre otros autores como Henri Bergson, José

Gaos o Vladimir Jankélévitch. Esas figuras, letras, nombres, sonidos, portadas me fueron familiares casi desde antes de que supiera leer: siempre estuvieron, formaban parte de lo que *ya* estaba ahí y tenían el prestigio y la autoridad concomitante a ese hecho que me parecía natural. Estaban en mi casa...

Luego, al correr desbocado de los años, me fui familiarizando con lo que estaba detrás o adentro de esos volúmenes y revistas y entonces aquella cauda, llamémosla tradición, hecha libros y revistas empezó a formar parte de mí, junto con otros nombres y lemas que se fueron perdiendo cuerpo adentro: *Texto Crítico*, *Cuadernos del caballo verde*, Carlo Antonio Castro, Juan Vicente Melo, Jorge Ruffinelli, César Rodríguez Chicharro, Luis Arturo Ramos.

Los nombres de Gonzalo Aguirre Beltrán, Fernando Salmerón, Sergio Galindo me fueron tan familiares como los de los demiurgos y se me fueron imponiendo en la memoria como los de personas familiares y cercanas. Al único que llegué a tratar de ellos tres fue a Salmerón, con quien me unió siempre una viva simpatía, pues él era amigo de mi maestro Alejandro Rossi y de su amigo Luis Villoro —los amigos de nuestros maestros también son, ¿no es verdad?, nuestros maestros—. Salmerón había sido cercano, en su juventud, de Alejandro Rossi, y yo creía conocer un poco de su vida y biografía por las migajas anecdóticas que este me confiaba. Me inspiraba respeto, porque, además, sabía que José Gaos lo estimaba intelectualmente... y este era para mí en aquellos años formativos —y lo sigue siendo todavía un poco— como el nombre de un profeta del Antiguo Testamento al que yo no había podido llegar a conocer, pero a cuyos discípulos y seguidores, en cambio, había tenido la rara fortuna de tratar, leer y acercarme a ellos.

¿No es cierto que los maestros de nuestros maestros y amigos pueden ser también adoptados como nuestros amigos?

Vuelvo al principio: los libros y revistas que llevaban el sello de la Editorial de la Universidad Veracruzana representan a mis ojos como el cascarón de un huevo de cuya yema me siento parte; son como los muros y paredes de una casa o, más bien, de *Un hogar sólido* de la palabra para evocar el título de Elena Garro del que siempre me he sentido, desde adentro e íntimamente, parte.

He mencionado arriba el nombre de Alejandro Rossi a quien conocí desde los años de la revista *Plural*, dirigida por Octavio Paz, y luego traté como autor y consejero entre las bambalinas del Fondo de Cultura Económica, casa editorial de la cual él fue durante muchos años consejero (1985 a 2009). Rossi se sabía de memoria las páginas de la primera época de la revista *La Palabra y el Hombre*, sobre todo en los años 1957-1964, en que la había dirigido con mano maestra Sergio Galindo y que coincidían con la presencia en la revista y la editorial de Octavio Paz, Tomás Segovia, Ramón Xirau, Luisa Josefina Hernández, Álvaro Mutis, Juan García Ponce, Sergio Pitol y autores selectos de todos los rumbos y regiones del mundo, como George Steiner y Emilio Cecchi, con un predominio o común denominador de la fórmula mexicano-hispano-americana-hispánica-mediterránea-europea-cosmopolita.

Con estos antecedentes, se podrá calibrar hasta qué punto fue importante para mi persona el encuentro solar con el poeta, traductor y editor José Luis Rivas, a quien conocí gracias a *Tierra nativa* (1982), la obra con la que irrumpió en la poesía mexicana contemporánea para renovarla, publicada en el FCE gracias a la generosidad y tino de don Jaime García Terrés y a mis propias diligencias como

intermediario lector. Rivas no sólo publicaría su libro en la editorial, sino que llegaría a dirigir *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica. Su época fue coronada por la concesión del Premio Nacional de Periodismo y de Información 1987, que recibiría Jaime García Terrés el 8 de junio de manos del presidente Miguel de la Madrid, ¿quién lo diría?, que sería director de la editorial que premiaba. La época de Rivas dejó en aquel catálogo memorables números como los dedicados al 50 aniversario de la Editorial, a Borges, Kafka, Pound, T. S. Eliot, entre otros. Ese oficio editorial no pasaría inadvertido. Cuando José Luis Rivas decidió salir de la Ciudad de México e ir a vivir a su estado natal, Veracruz, no transcurrió mucho antes de que fuese designado para dirigir la Editorial de la Universidad Veracruzana con la cual tengo, como queda dicho al principio de estas páginas, lazos ya no sólo entrañables, sino diría casi genéticos. Desde luego, en cuanto gerente editorial le ofrecí al flamante director de la Editorial de la Universidad Veracruzana el apoyo del FCE y, huelga decirlo, mi respaldo personal. La respuesta de Rivas fue inmediata: me pidió que colaborara con la editorial dándole algún título mío. Las fantasías pueriles del aprendiz de lector se hicieron realidad, y no sólo he publicado con este noble sello algunos libros míos, como mi poemario *Había una voz* (2000), sino que he sido invitado en diversos momentos a lo largo del tiempo a escribir prólogos, a dar mi parecer eventual sobre la publicación de algunos títulos, encargarme de ediciones (por ejemplo, la antología de Eugenio Montejo: la *Geometría de las horas*, o la de *Bajo el cielo* de Gloria Posada), a participar en diversos actos y presentaciones en la Feria Internacional del Libro Universitario de cuyo desarrollo y crecimiento he sido activo testigo a lo largo de los años.

A la presencia solar de José Luis Rivas, añadiré otras no menos luminosas: las de Sergio Pitol, Manuel Sol, Rodolfo Mendoza, Ana Mónica Galindo, Luis Arturo Ramos, y las de los directores de la editorial que siguieron a José Luis Rivas, Celia del Palacio, Agustín del Moral, Édgar García Valencia.

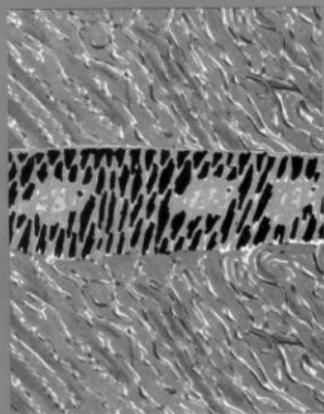
Después de *Había una voz*, he tenido la fortuna de seguir surdesarrollándome editorialmente (es decir publicando en Hispanoamérica) con el sello de la Editorial de la Universidad Veracruzana con otros libros propios y ajenos: *Don Quijote y la máquina encantadora* y *El sueño de las fronteras*, entre los primeros. Estas letras las escribe un lector de 62 años que lleva en su sombra el fulgurante arcoíris trazado por las letras de este noble sello. La Editorial de la UV no es para este amanuense algo que está afuera, sino un elemento de su propia red sensitiva, editorial y arterial.

ADOLFO CASTAÑÓN

**MI DEUDA
CON LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA**

Juan Domingo Argüelles

Como el mar
que regresa



ficción

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

La colección Ficción de la Universidad Veracruzana me acompañó de forma decisiva en mi formación como lector y como escritor. Junto con Sepan Cuántos..., de Porrúa; Biblioteca del Estudiante Universitario y Nuestros Clásicos, de la UNAM; Libro Amigo, de Bruguera; Ediciones de Bolsillo, de Barral, Edhasa, Laia y Península; Biblioteca Breve de Bolsillo, de Seix Barral; Austral, de Espasa-Calpe; El Libro de Bolsillo, de Alianza Editorial; la Colección Popular y los Breviarios, del Fondo de Cultura Económica; la Biblioteca Clásica y Contemporánea, de Losada, y Piragua, de Emecé, entre otras colecciones muy bien concebidas y articuladas, lo mismo mexicanas, españolas y argentinas, la colección Ficción de la UV fue parte de mi preparatoria y mi universidad, en paralelismo con la educación formal.

Desde mi punto de vista, esas colecciones de libros (cada una, en sí misma, una biblioteca) fueron más decisivas que las aulas y más importantes que muchos profesores de los cuales no guardo ninguna lección. Con José Vasconcelos, sigo creyendo que “la biblioteca complementa a la escuela, en muchos casos la sustituye y en todos los casos la supera”.

En la colección Ficción de la Universidad Veracruzana leí a Rosario Castellanos (*Al pie de la letra* y *Ciudad Real*), Blanca Varela (*Ese puerto existe*), Luis Cernuda (*Ocnos*), Vicente Leñero (*La voz adolorida*), Sergio Pitlor (*Infierno de*

todos), José Revueltas (*Dormir en tierra*), Álvaro Mutis (*Diario de Lecumberri*), Gabriel García Márquez (*Los funerales de la Mamá Grande*), Eraclio Zepeda (*Benzulul*) y Jaime Sabines (*Diario semanario y poemas en prosa*). Este último fue, para mí –adolescente que comenzaba a escribir supuestamente en serio– un deslumbramiento, y *Ocnos*, de Cernuda, me abrió las puertas hacia otras formas de concebir, escribir y leer poesía.

También en la colección Ficción de la UV leí otros libros que fueron importantes para mi formación, lo mismo novela que cuento, poesía, prosa poética, teatro y hasta guión cinematográfico. De este último género recuerdo *El brazo fuerte*, de Juan de la Cabada. En esta colección, hoy casi tan sexagenaria como yo, leí a Luisa Josefina Hernández, Emilio Carballido, Elena Garro, Max Aub, Juan García Ponce, Tomás Segovia, Juan Tovar, Rosa Chacel, Luis Cardoza y Aragón, Jaime Torres Bodet, Rubén Salazar Mallén, Dolores Castro, Juan Vicente Melo, Jorge Ibarguengoitia, Ramón Rubín, Salvador Novo, Juan Carlos Onetti y, por supuesto, Sergio Galindo que, con *Pobos de arroz*, fue el pionero de la colección y uno de los grandes animadores de la labor editorial, y más ampliamente cultural, de la Universidad Veracruzana. En un tiempo más cercano leí también en esta colección a Luis Arturo Ramos (su novela *Violeta-Perú*) y a Marco Tulio Aguilera Garramuño (su novela *Mujeres amadas*), dos escritores amigos que fueron los que me vincularon con la UV desde los años ochenta.

Mi primer recuerdo de la Universidad Veracruzana es irremediamente la colección Ficción porque ahí abrevé lecturas decisivas. Recuerdo también otros libros de otras colecciones: los del Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias de Renato Prada Oropeza, los Cuadernos de Texto Crítico, que dirigió Jorge Ruffinelli, y el libro mismo

de este dedicado a *José Revueltas: ficción, política y verdad*. La larga y estupenda entrevista de Evelyn Picon Garfield a Julio Cortázar: *Cortázar por Cortázar*, que aún hoy consulto con frecuencia, y otros libros más entre los cuales no puedo dejar de mencionar las estupendas traducciones de los grandes escritores rusos, polacos, ingleses, etc., realizadas por Sergio Pitol; todo un lujo literario.

Parte de esa educación sentimental e intelectual está también estrechamente vinculada a la revista *La Palabra y el Hombre* que, fundada y dirigida por Sergio Galindo durante su primera época, se convirtió pronto en un referente importantísimo de la Universidad Veracruzana. Luego, en su nueva época, dirigida por Luis Arturo Ramos, mantuvo su relevancia y nos brindó la oportunidad, a muchos escritores entonces más o menos jóvenes, de publicar en sus páginas. En esta revista coincidimos varias generaciones para quienes también la Universidad Veracruzana fue nuestra universidad aun si no estuvimos en sus aulas. (A veces también leía *Tramoya*, la emblemática revista de teatro de la UV, fundada por Emilio Carballido.)

Y después me tocó ser parte de la colección Ficción. *Como el mar que regresa* no fue mi primer libro de poesía, pero sí fue el más importante de mi primera época, el libro con el que presenté que la vocación lírica ya era irrenunciable. Entre 1982 y 1987 había publicado tres breves poemarios: *Yo no creo en la muerte*, *Poemas de invierno sobre los huesos de un poeta* y *Merecimiento del alba*. Mi cuarto libro, y para mí definitivo en su significado, fue *Como el mar que regresa*, que apareció, en 1990, en la colección Ficción, esa misma en la que, como ya dije, había leído a muchos de los autores que marcaron mi pasión por la lectura y, en especial, por la literatura.

Mi libro se terminó de imprimir, según se consigna en el colofón, en enero de 1990, con un tiro de dos mil ejemplares. El rector de la Universidad Veracruzana era entonces el doctor Salvador Valencia Carmona. Yo tenía 31 años de edad, y mi alborozo, al ver la edición, al tener los primeros ejemplares, revelaba que aquel paso que di en la publicación fue decisivo. Pocas veces se repitió esa emoción después de 1990.

Quien redactó la cuarta de forros, casi seguramente Marco Tulio Aguilera Garramuño, escribió lo que me pareció una especie de bautismo editorial. Mis tres poemarios anteriores eran apenas intentos; *Como el mar que regresa* ya era un libro con algo de barba y tenía el sello de la Universidad Veracruzana cuya colección Ficción se había vuelto para mí más que legendaria. No tuve más remedio (ni más elección) que creerme las palabras que ahí se decían: “*Como el mar que regresa* es la bitácora de una ausencia y la celebración del retorno a las playas de la memoria. Más que por nostalgia —aunque también por ella— los poemas de este libro están dictados por la necesidad de marcar el momento. Si la vida toda está hecha de múltiples instantes, en *Como el mar que regresa* estos instantes se van encadenando hasta configurar un territorio personal”.

Saber que yo ya tenía un “territorio personal” es lo que me llevó a creer que yo ya no podría dejar de ser poeta. Y entonces me pareció que algunos lectores (dos mil al menos) aceptarían mi propuesta de diálogo, más allá de que el libro fuera de su gusto o de su disgusto. Me pareció que esto último (el gusto o el disgusto) escapaba de mis manos, y ello me liberó de toda preocupación y todo remordimiento. Fue lo mejor que me pasó: comprender que, en cuanto un libro sale de la imprenta, el autor ya perdió el control sobre

él; pues únicamente a los lectores les toca decidir si la osadía de publicar valió la pena.

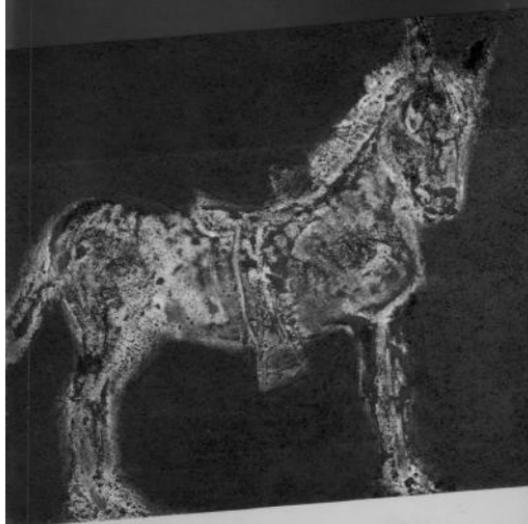
El orgullo es como el amor propio: cada quien tiene el suyo. El mío entonces fue saber que estaba en la colección Ficción de al UV en la que leí a algunas de mis grandes pasiones literarias. Visto a la distancia, ese orgullo perdura. No está nada mal dialogar con los mayores, aun a sabiendas de que ellos siempre serán mayores. Hoy que la Universidad Veracruzana celebra su 70 aniversario reviso mi deuda con ella y alcanzo la certidumbre de que siempre seré su deudor.

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

UN LIBRO SIN SOMBRA

El lugar de los hombres sin sombra

Manuel Matus



FICCIÓN
Universidad Veracruzana

Tuve la buena experiencia de publicar un libro de cuentos con la Universidad Veracruzana. Previo a ello, mi paso por El Paso, Texas, en un año de fin de siglo y el encuentro con el desierto por tierras de “El espíritu que conquistó el Oeste”; las primeras muertas de la frontera; una calle donde el médico Mariano Azuela escribió *Los de abajo*; al lado el Columbus histórico de Pancho Villa; una fotografía con la imagen del Billy the Kid; y las dos tumbas de Victoriano Huerta.

Haber salido de Oaxaca una vez para estudiar en El Paso me valió encontrar no sólo el objetivo académico, también nuevas lecturas y la experiencia de publicar con la Editorial de la Universidad Veracruzana a la distancia; fue posible desde fuera por la ruta de las letras. Desde fuera, desde lejos, desde abajo. Porque provengo de una tradición oral de la palabra nube, de los zapotecos. El mito cuenta del origen de los llamados *binniguláza* de aspecto cósmico, que entendieron el mundo a partir de las nubes, ellos y su correspondiente palabra, lo cual tiene que ver con la levedad y ello con una particular poética, dice que lo escrito se dio antes del castellano con otros caracteres. Sin yo haberme propuesto a la disolvencia del aspecto de las nubes, un día supe que algo de aquello estaba editado y vi el libro como algo más hecho de las nubes en la disolución del tiempo, pues la oralidad de hoy día habla como si fuera el dios sin sombra, quien ha de buscar su sombra entre los remolinos de abril.

Mi libro de cuentos *El lugar de los hombres sin sombra* fue publicado en la Editorial de la Universidad Veracruzana en 1998. Es una pequeña historia que comienza en agosto de 1994, ahora hace exactamente veinte años, cuando llegué a la Universidad de Texas, en El Paso, para hacer una maestría en Literatura Creativa. Noté entonces un contraste de ambiente: El Paso es el desierto, viniendo yo del sur del Istmo de Tehuantepec; Ixhuatán es un lugar de río, milpa, animales de monte y fantasmas. Dos días antes de comenzar las clases, el veintidós de agosto conocí a Luis Arturo Ramos quien sería mi profesor de narrativa y ficción. Previo a mi llegada había leído algunas de sus obras, supe de su origen académico e intelectual, de la Universidad Veracruzana, que estaría siempre presente durante dos años continuos que duraría nuestro curso. Me acrecienta su tradición con los nombres de Carlos Fuentes, García Márquez, Sergio Pitlor, Sergio Galindo; sobre todo en torno a su ambiente editorial.

No imaginé que muy pronto una obra mía habría de ligarse a ese aspecto. Pues para agosto de 1998 yo estaría por presentar *El lugar de los hombres sin sombra*, con una imagen de Francisco Toledo, y así apareció en la portada el diseño con un caballito. Ello era producto de la paciencia por la escritura y la revisión constante, pues los trece relatos que formaban el libro fueron un producto final de ser discípulo de Luis Arturo Ramos, por sugerencia suya dos textos habían quedado fuera, además los trece ocuparon un nuevo orden para darle coherencia.

Ramos no quiso decirme —es lo que supongo— desde un principio que la obra la propondría a la editorial veracruzana, hasta un momento propicio. Envié el manuscrito a la universidad para su dictamen. Y de manera sorpresiva

me pedían una imagen de portada, es decir, se publicaría, cosa que sucedió en 1998. Ya estaba de vuelta en la ciudad de Oaxaca y envié lo que Toledo me había dado a seleccionar, diciéndole cual sería el destino. Sentí que era una obra acabada, pulida y con un orden satisfactorio. En la propia Universidad de Texas fue tomado para publicarse, en un libro destinado a hispanoparlantes, el relato titulado “Benita”. Esta relación y mi encuentro afortunado con la editorial veracruzana fue una especie de camino con rumbo al encuentro que la misma obra conduce, Luis Arturo lo había previsto sin que propiamente yo lo supiera, sin tiempo de saborearme el hecho de formar parte de la colección Ficción de la editorial universitaria entonces en su cuarenta aniversario.

La Editorial de la UV me parece ahora una ruta hacia el libro y hacia la lectura. En la Universidad de Texas había discutido con mis maestros el efecto de la memoria oral de infancia, apuntalado con la visión de Ramos me condujo a salir de lo académico al salto inmediato de entrar a la ficción.

A veces apenas si hay tiempo de tomarle sabor al efecto. Cuando el libro estaba terminado y llegó a Oaxaca no alcanzó el número de ejemplares para ser tomados y pronto quedaron eliminados los cien ejemplares entre los amigos, más por promover a la Universidad Veracruzana, pues su respeto nos dio un alcance inmediato. Entre Ramos y Toledo la ruta fue más fácil, o las dificultades emocionaron los esfuerzos tanto que sentí formar parte del fondo Ficción. El vínculo autor-editor estaba establecido al ser admitido como autor de una ficción.

Mi “ebriedad” oral de infancia se consumaba al traspasar el mundo académico, leído y aceptado desde un “fuera

del país” para después tomar la ruta de retorno y encaminarse al ojo editorial de una cultura de carácter nacional, una tradición alimentada con autores llegados de fuera. Lo cual ha sido el respeto por un diálogo que proviene de dos tradiciones que por herencia nos reafirma, la de Occidente y la mesoamericana. O escritura del castellano y el espíritu propio. Además, por nuestra parte la antigüedad olmeca nos hace presentes en origen y geografía y nos configura en la palabra; hoy quien escribe y quien edita nos convierte en novedad del retorno.

Hay otro momento en el mismo sentido, que no quiero dejar de mencionar. Para el año 2004, la relación la aproxima el maestro Sixto Rodríguez Hernández en la revista *Texto Crítico*, del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la UV, que publica una extensa entrevista que me hace: “El río de la memoria”, muy a propósito del cuento de tradición oral, como las “mentiras” y algo del mito y los espantos; concepción particular de la conjunción de lenguas de la región del Istmo. De tal manera que mis experiencias directas son dos hasta ahora, por acercarme al aspecto editorial literario y que han sido enteramente satisfactorias.

Veracruz fue siempre la ruta de entrada y conexión del libro de Europa hacia México, un camino que después Xalapa habría de ser centro o sede de una ya larga tradición editorial del mundo académico. Y quién que haya publicado alguna vez allí no sienta afecto, respeto por estas producciones literarias. Libros de su editorial que varias veces han sido llevados a mi centro de trabajo, la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca; ligados también por presentaciones de obras y revistas tanto de maestros como de alumnos y su relación propiamente entre estudiantes.

Haber sentido así el sabor de publicar un libro de cuentos de corte tradicional en una institución de larga tradición con la lengua, la lectura y la literatura en general, tiene un sentido de libertad del intelecto en tiempo de entre siglos que marcaron sus particularidades. Fue un paso muy necesario en mi trayectoria personal.

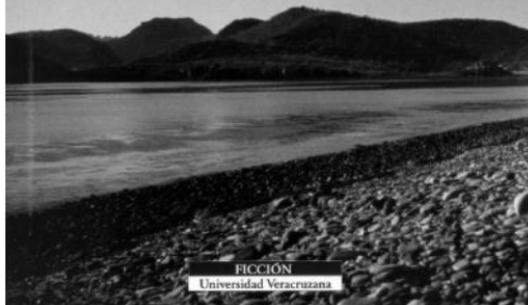
MANUEL MATUS MANZO

MOMENTOS

El ojo en la sombra

MARCO TULLIO AGUILERA

Selección y estudio de Peter G. Broad



FICCIÓN
Universidad Veracruzana

Mil novecientos setenta y cinco. La punta de la madeja de lo que sería entonces mi futuro, y hoy, julio de 2014, mi presente, la hallé en la casa de un escritor colombiano, Andrés Caicedo. Sucedió en Cali, por los días en que estudiaba Filosofía, practicaba el atletismo y estaba lejos de tener idea alguna de lo que eran Xalapa, la Universidad Veracruzana y su Editorial: leí un cuento que me pareció maravilloso, se llamaba “Los dientes de Caperucita”. El autor: Andrés Caicedo. Estaba publicado en una revista lujosa por su aspecto y por su contenido. Recuerdo haber pensado “algún día me gustaría publicar en esta revista”. Se llamaba *La Palabra y el Hombre*. Ignoraba yo por entonces que no sólo publicaría allí, sino que llegaría a formar parte de su Consejo Editorial por muchos años y que andando el tiempo sería el colaborador más asiduo de toda su historia.

1979. Trabajaba por esos años en la Facultad de Traducción de la Universidad de Nuevo León: tenía sueldo bajo, mucho trabajo y grandes ambiciones. Participé en cuatro concursos: gané tres. Uno en la Universidad de Cauca, Colombia; otro en la Universidad Juárez del estado de Durango; el tercero, en la Universidad Veracruzana. En ese 1979 el primer premio del Concurso de Cuento de *La Palabra y el Hombre* lo recibió Sergio Pitol; el segundo premio, yo. Eran 20 000 y 10 000 pesos, una fortuna. Los dos nos vinimos a trabajar a Xalapa y aquí hemos persistido hasta la fecha.

1980. La entrada a la Editorial de la Universidad Veracruzana me la dio Sergio Galindo. Llevo 34 años en esta dependencia en la que he sido corrector, editor, miembro del Consejo Editorial de *La Palabra y el Hombre*, director-fundador de *La Ciencia y el Hombre*, lector-dictaminador e investigador. A más de haber publicado *Mujeres amadas*, *El ojo en la sombra* y *Maelström el agujero negro* y tener a las puertas *La insaciabilidad*, en la colección Ficción, y *Poéticas y obsesiones* en la colección Biblioteca, he culminado en la Editorial la elaboración del Catálogo Histórico de Publicaciones de la Universidad Veracruzana y el Índice histórico de *La Palabra y el Hombre*.

1980-2014. He visto pasar un número grande de directores de la Editorial, tan grande que no sé si pueda recuperar los nombres de todos: Sergio Galindo, Luis Arturo Ramos, Raúl Hernández Viveros, José Luis Rivas, Celia del Palacio, Joaquín Díez-Canedo, Jesús Anaya Rosique (que duró apenas un día), Agustín del Moral, Édgar García Valencia. Con quien tuve más cercanía fue con Luis Arturo Ramos: compartíamos proyectos, viajes, reseñábamos mutuamente nuestros libros. Vivimos la Xalapa de los años de nieblas ciegas. Él hizo su obra y yo la mía.

Durante todos estos años he visto aumentar y crecer no sólo mis obras sino mis hijos, mis amistades. He conocido, departido y recibido luces de hombres grandes gracias a mi persistencia en la Universidad Veracruzana, hombres dignos de memoria: Ramón Rodríguez, Carlo Antonio Castro, Sergio Pitol, Rafael Cuervo Hoffman, Félix Báez-Jorge, Emilio Carballido, Juan Vicente Melo.

Algunos momentos difíciles

Hace muchos años, tantos que ni me acuerdo, en el patio de Zamora, cerca de Correos, durante los días en que en la Editorial trabajábamos apenas ocho personas (Luis Arturo Ramos, el poeta Ángel José Fernández, el narrador Jaime Turrent, Lupita Roa, la secretaria, *Chagiüita*, una amable, cariñosa viejita que conservaba memoria de los primeros tiempos, Luis Méndez, poeta compañero de oficina, silencioso hasta la ausencia, Raúl Hernández Viveros, Augusto, bodeguero y mandadero), alguna autoridad universitaria tan pasajera que ni su nombre recuerdo dio la orden de arrumbar todos los libros de la Editorial en una gran montaña que podría haber tenido tres metros de alto por quince de diámetro. A Raúl y a mí se nos encomendó la tarea de ordenar y clasificar aquella montaña. No sé cuánto tiempo tardamos en hacerlo. Lo que sí sé es que tanto Raúl como yo terminamos enfermos de tanto tragar polvo erudito. Allí terminó mi carrera de corredor callejero: nunca volví a competir en las arduas empresas atléticas que me llevaban a escalar con paso de pollino cansado las empinadas cuestas de Las Américas y Bravo: en mi cuello se instalaron ganglios inflamados del tamaño de pelotas de golf.

Vale la pena recordar, en *petit comité*, los locales que hemos ocupado a lo largo de los 34 años que llevo en la Editorial: una mohosa oficina en lo más empinado de la calle Nicolás Bravo; un cuarto piso en el Edificio Nachita; una edificación nueva, de tres pisos, en Zamora, cerca de Correos; un segundo piso en el edificio a la entrada de Rectoría; otra vez en Zamora, en la casona donde hoy está la Escuela para Estudiantes Extranjeros; una casa recién inaugurada en la calle Juan de la Barrera, cerca del parque

Los Berros; finalmente el local actual en Hidalgo número 9, donde a más de la Editorial (que hoy cuenta aproximadamente con cuarenta trabajadores) tenemos una librería amplia y surtida con nuestras publicaciones.

Un dato curioso: en 1981, cuando teníamos en la Editorial ocho trabajadores, había dos poetas y cuatro narradores: 90 por ciento de los empleados nos dedicábamos a oficios literarios; hoy, que tenemos 40 empleados, hay dos poetas y un narrador: los literatos representamos apenas el 0.5 por ciento. Los demás son editores, bodegueros, administradores. Supongo que este dato tiene algún significado poco arcano.

Llegué a Xalapa en 1980 y a la Editorial de la Universidad Veracruzana con dos libros publicados, tres premios literarios y un Volkswagen viejo; hoy, 34 años después, tengo 33 libros publicados, una veintena de premios y 66 años vividos: esposa veracruzana, casa e hijos. Y sigo siendo el mismo que cuando llegué: con grandes proyectos literarios, con ansias deportivas de adolescente y una energía que de tan poderosa puede llegar a ser molesta. Xalapa, la Universidad Veracruzana y la Editorial me han sabido soportar, lo que es sin duda un mérito grande. Hay que saber agradecer.

MARCO TULLIO AGUILERA GARRAMUÑO

NOTAS PARA UNA FICCIÓN



**VISTA ENVÉS
DE UN CUERPO**

JOSÉ HOMERO

FICCIÓN
Universidad Veracruzana

Publiqué mi primer libro de poemas en 1998. *Sitio del verano* apareció en Margen de Poesía, una colección que reunió a los poetas más señeros de ese momento, desde poetas consagrados como Eugenio Florit, Gerardo Deniz o Arturo Carrera hasta jóvenes clásicos como Elsa Cross, David Huerta y Francisco Hernández. Para quienes entonces éramos jóvenes publicar ahí era una entrada triunfal en la república poética.

Margen de Poesía tenía una limitación: no eran libros sino plaquetas insertas a caballo en *Casa del Tiempo*, por entonces una de las revistas culturales más leídas, y de las más bellas por su diseño e impresión. Los volúmenes eran tan bellos como ligeros. De modo que mi primer libro terminó apareciendo con una edición estricta y un menor número de poemas del original.

Por entonces escribía ya mi segundo libro, *Vista envés de un cuerpo*, entonces con el título de *Cuerpo. Historia inconclusa*. Tras mi primer experiencia editorial decidí sacrificar la gran difusión que aseguraba la gratuidad en una revista y apostar por un libro, con un formato que permitiera presentar los poemas de la manera más fiel a su composición ideal.

Vista envés de un cuerpo dimana de una poética cimentada en la estética poundiana y alimentada por las lecturas personales de la tradición que parte de Provenza, arraiga en la poesía simbolista y Mallarmé y deviene un río que surca

el siglo XX con un ímpetu torrencial. Están aquí los ecos de Ezra Pound, Apollinaire, la Black Mountain, el neobarroco, las ficciones marginales de Gerardo Deniz, las palabras de Jim Morrison después de muerto, las huellas de ave del haikú y el poema breve más, advierto a la distancia, las lecturas de los poetas beat, el exteriorismo nicaragüense. Tracé una obra que reuniera mis ambiciones dispersas como escritor, que irradiara más que concentrara. Una obra que dialogara con el barroco latinoamericano pero también con la gran tradición poética moderna mientras en sordina rumiaba la tradición poética mexicana.

Mi gratitud con la Universidad Veracruzana, además de por la edición, es mayor porque me permitió publicar el volumen como fue ideado. Acontecimiento difícil si no imposible. Años después el Fondo de Cultura Económica publicaría una nueva obra mía, *La ciudad de los muertos*, con el formato horizontal, la forma italiana. En esta ocasión el editor, acaso sin saber que contaba con un volumen previo en tal formato, me sugirió esa medida como la mejor manera de presentar mis poemas sin que el ritmo se viera afectado por los cortes excesivos –escribo considerando a la página como un despliegue, aspiro al movimiento pero también considero que el ancho de la página tiene valores: cada cuadratín me permite variaciones minúsculas en el tiempo de la enunciación que posee valor rítmico, de ahí que para mí la orientación, el sangrado, el espacio entre una palabra y otra y entre un verso y otro o entre párrafo y párrafo sean valores musicales y no meramente convenciones para permitir una mejor lectura. La respiración es ritmo y el ritmo es la corriente sanguínea del tiempo.

Con la editorial de la universidad trabajé diseñando yo mismo mi libro, cuidando la edición desde la formación

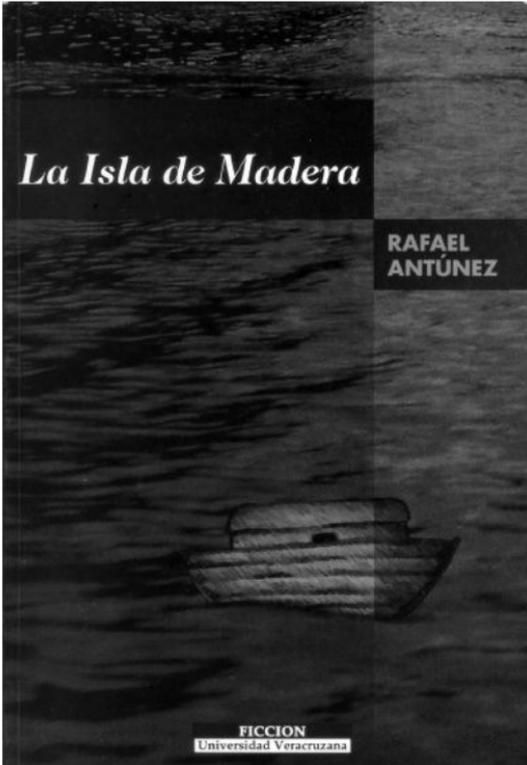
—realizada en el antiguo y añorado Aldus Page Mager 6.5—. Escogí una tipografía que aún ahora considero legible, compacta y con cierta levedad que en mí evoca la sutileza oriental de los cielos renacentistas: Tiepolo. Además del criterio rítmico en la distribución de los versos recorro a la composición en la secuencia de obras. Para mí la distribución de un poema implica un patrón rítmico, del mismo modo que una melodía o un tema y su aparición, obliteración y recurrencia, establece un discurso en una obra musical. Cada poema es un bloque rítmico y su disposición entraña/señala un movimiento, una secuencia más lenta o rápida, en la lectura. Así que formar el libro me ayudó a comprender mejor cómo distribuir los poemas; que a grandes rasgos siguieron el principio de alternar poemas cortos con largos y de ir distribuyendo poemas temáticos en cada bloque —hay poemas temáticos siempre en mis libros pero no los agrupo en apartados; los voy distribuyendo en cada secuencia como si fueran hilos de diversos colores, así en cada momento del libro se imbrican historias y asuntos diversos.

Huelga decir que la aparición de *Vista envés de un cuerpo* en Ficción, una colección que veneraba por su venerable pasado y porque ahí aparecieron también entre los ochenta y los primeros noventa libros fundamentales de la nueva literatura mexicana —*La urna* de Felipe Garrido; *Las aguas derramadas* de Severino Salazar; *Amores de segunda mano* de Enrique Serna; *Antología personal* de Hernán Lara Zavala y otros más—, era ya en sí un honor. Es, siempre se requiere recordarlo, la casa fundada por el gran poeta Ramón Rodríguez, uno de los héroes cuya voz resuena intertextualmente en mi libro de Ficción. Que el libro apareciera conforme a su composición ideal fue un valor añadido.

La editorial universitaria se ha distinguido, desde su fundación, por conjuntar a autores reconocidos con voces emergentes. El criterio de Sergio Galindo, quien imprimió esta dualidad, ha sido prolongado en muchas ocasiones, especialmente bajo la dirección de dos de los escritores mayores de Veracruz: Luis Arturo Ramos y José Luis Rivas, cuyo legado es imperecedero. Que mi primer libro propiamente dicho apareciera en Ficción, en la UV, y bajo la dirección de Rivas, admirable poeta, representan para mí un honor y guardo por este libro un cariño singular, así como por la editorial.

JOSÉ HOMERO

LA LECCIÓN DEL MAESTRO



La Isla de Madera

RAFAEL
ANTÚNEZ

FICCIÓN
Universidad Veracruzana

Hay autores que resultan definitivos en la vida de todo lector. También hay editoriales y colecciones de libros que juegan este papel. En tu caso, como quizá para muchos de tu generación, lo fueron los libros que Bruguera editaba en su colección Libro Amigo, los de Sepan Cuántos... y los que Sergio Galindo editó en la colección Ficción.

El primer libro de la colección Ficción que compraste fue un destartalado ejemplar de *Pequeña sinfonía del nuevo mundo* de Luis Cardoza y Aragón, publicado en 1960 y que quince años más tarde seguía ahí, en ese polvoso anaquel esperando que tú, nadie más que tú, lo comprara. Fue un libro que te sacudió y te conmovió por la belleza y la fuerza de su poesía en prosa. Nunca habías leído nada que se le pareciera, con esa mezcla de rigor y libertad... ese lenguaje alado y certero, laberíntico y preciso. Ibas del desconcierto al deslumbramiento, a cada tanto te agarrabas de la silla. A tus quince años, sin haber bebido nunca, su lectura te parecía embriagante y misteriosa:

Lo que es inesperado, lo repentinamente angélico o monstruoso, la insólita relación escondida, latente hasta en los objetos más humildes, se manifiesta con la Embriaguez...

O bien:

La Embriaguez abre las esclusas de lo absolutamente gratuito, de lo porque sí o porque no. Ella tiene la razón suprema y su lógica es la

de los ángeles. Hace que la facultad de maravillarse sea infinita. Y encuentra en la más ordinaria realidad una cantidad extraordinaria de sorpresa.

Por aquellos años leías (como imaginas suelen leer los adolescentes) sin ton ni son y un rumbo sólo condicionado por lo que tus magros ingresos permitían: en general, libros de Sepan Cuántos..., Bruguera (que adquirirías en el pequeño expendedor que tenía una farmacia) y tu reciente descubrimiento: la colección Ficción. La solapa de tu ejemplar anunciaba otros muchos títulos que poco o nada te decían pues no conocías a la mayoría de los autores publicados pero, como todo lector, confiabas en tu intuición, y esta te decía que debías seguir por ahí, así que compraste *Infierno de todos*, *El sol y su eco* y *La lucha con la pantera*. Estabas enganchado y ya no dejarías de adquirir lo que encontrabas en la deprimente y siempre mal atendida y peor surtida librería que la UV ha tenido, desde que tú te acuerdas, en la calle de Xalapeños Ilustres. Si preguntabas por tal o cual título, los indolentes empleados solían responder con rapidez que no, que no lo tenían. Pero si curioseabas por entre los estantes, con frecuencia lo encontrabas, siempre a un precio irrisorio, siempre algo arrugado y polvoso... nada de esto te importaba. Pagabas y volvías presuroso cargado con el pequeño tesoro entre las manos.

Todo lector conoce el placer de ir por la calle con un libro recién adquirido, apurado por llegar a su casa y apoltronarse en su sitio preferido, leer la contraportada, ver la viñeta (que en los libros de Ficción generalmente era de Guillermo Barclay y, ocasionalmente, de Leticia Tarragó) y empezar a leer, a abandonarse a ese torrente que condu-

cía allá muy lejos, al sitio donde la imaginación del otro te quería llevar: a la verdadera *realidad*.

A Sergio Pitoll, Tomás Segovia y José de la Colina muy pronto habrían de sumarse muchos otros autores publicados en Ficción: José Revueltas, Jorge Ibarguengoitia, Luisa Josefina Hernández...

La adolescencia era un tiempo dorado, donde todo el Mediterráneo estaba a la espera de que tú lo descubrieras: el Siglo de Oro, la Generación del 98, la del 27, los Contemporáneos, el *boom*, la generación perdida, los surrealistas, la poesía de Kavafis, de Pessoa, de Eliot, de Ungaretti... podías navegar de *Homero hasta Joseph Conrad* sin temor a tocar puerto conocido. Y ahora Ficción a cada tanto entregándote nuevos tesoros: *La semana de colores* de Elena Garro, *El diario de Lecumberri* de Álvaro Mutis y una pequeña obra maestra de la novela corta: *Polvos de arroz* de Sergio Galindo. Tu vida y tu destino estaban por ligarse a este hombre dueño de una generosidad impar. ¿Recuerdas?, lo viste por primera vez entrevistado por la China Mendoza para la televisión y te hizo gracia ver los malabares que hizo Sergio para no decir directamente que la adaptación que habían hecho para el cine de su novela *El hombre de los hongos* no le había gustado para nada. Era el mismo Sergio Galindo que dirigía, o había creado, fundado, inventado, la colección Ficción. El mismo que había escrito *Polvos de arroz*, un libro que, junto a *El Norte* de Emilio Carballido, era tu más reciente adquisición.

Entonces no sabías que sólo tres o cuatro años más tarde sería el primer escritor al que conocerías personalmente. En ese momento estabas por comprobar aquello que Cardoza y Aragón afirmaba con una absoluta convicción:

Y encuentra en la más ordinaria realidad una cantidad extraordinaria de sorpresa.

Tú, que por entonces creías que Knut Hamsun era el más grande escritor de todos los tiempos y que pensabas que una buena historia, para ser tal, debía pasar en alguno de esos remotos y (para ti) misteriosos escenarios cuyos nombres ejercían sobre ti una fascinación inexplicable: Córcega, París, San Petersburgo, Brujas... Sí, tú estabas por descubrir que Xalapa podía ser un lugar en nada distinto a esos remotos escenarios. Te bastó la lectura de *Polvos de arroz*, la leíste de un tirón una fría tarde de invierno y saliste a buscar otro libro de Galindo y hallaste *El bordo*, que no sólo hablaba de Xalapa, sino también de Las Vigas, en cuyos campos de magueyes te perdiste una noche. Era la primera vez que hallabas historias que transcurrían en escenarios que te eran sumamente familiares y cuyas preocupaciones y temas te resultaban familiares: esa fascinación que ejercen los autores que hablan de lo que nosotros queremos hablar. Sus libros te mostraron el potencial literario que Xalapa ofrecía. No era necesario ya ubicar tus historias en Nueva York o en Madrid (ciudades que, confiesa, nunca has pisado) para dotarlas de universalidad. Galindo te enseñó que dicha universalidad radica en lo profundo que logres calar en la condición humana, en aquello que de la misma logres mostrar. La narrativa de Galindo, aunque ubicada en la provincia, se valía de recursos propios de la literatura de la gran metrópoli, como viera con acierto otro Sergio (Pitol) cuando dijo que

En los libros de Galindo la vida es provinciana pero está tratada desde la cultura literaria que le permite otras construcciones,

otros recursos, flujos de conciencia, relatos interiores, saltos cronológicos, cronologías fundidas, puntos de visión de la novela que van cambiando en la medida que sus personajes van viviendo esa novela...

Después descubrirías afinidades más grandes: el amor por Xalapa, los personajes desamparados, las historias sobre la imposibilidad del amor, la decadencia... y, por si fuera poco, dos afinidades más: “Mi vocación por la literatura –escribió Galindo– nació de dos constantes de mi naturaleza: una gran pereza y una inagotable sed –de bebidas alcohólicas–.” Era, desde antes de conocerlo, y sin él saberlo ni desearlo, tu maestro.

Lo conociste años después, gracias a una amiga que con cierto desenfado te dijo una tarde: “el tío de mi novio leyó tus cosas y te quiere conocer.” El tío de su novio era Sergio Galindo. Una noche clara y poblada de estrellas me recibió en la casa de su madre, ubicada en la empinada y entonces algo sombría calle de Insurgentes. Una casa que tú identificaste de inmediato con la de Camerina Rabasa, el personaje de *Polvos de arroz*, con sus altos muros y sus techos de teja, su patio interior rectangular con sus bugambilias y sus macetas en el corredor en forma de L. Sergio vestía unos impecables pantalones de casimir gris oxford, camisa blanca y un chaleco negro con rayas grises que otorgaba a su delgada y pálida figura una discreta y severa elegancia, misma que terminó por atemorizarte, redoblando tus balbuceos y tus temores. Por primera vez estabas frente a un escritor y no sabías qué decir (porque, entre otras cosas, escribías pero hasta ese momento nunca habías pensado en conocer a un escritor). A pesar de que tu primera impresión fue la de estar ante un hombre generoso y de una sencillez desarmante, te

sentías totalmente cohibido. ¿De qué podías hablar con él? Era, lo sabías bien, un escritor conocido, al cual admirabas y ante quien te resultaba imposible hilar tres frases. Después de ofrecerte un café, oíste sin perder palabra el regaño más que justificado por los muchos errores que había en los que tú pretensiosamente llamabas tus “cuentos”, de tal forma que el temor inicial se convirtió en un terror paralizante que, de no ser por su extrema amabilidad (en más de una ocasión te ayudó a encender el cigarrillo, pues las manos te temblaban), te hubiese sido imposible decir cualquier cosa que no fueran los monosílabos con los que contestabas a sus preguntas. Sergio era un hombre dueño de un gran sentido del humor, y esa noche, escuchándolo hablar de la forma en que había ayudado a muchos escritores (entre los que estaban lo mismo Juan Tovar que José Revueltas), terminó por anular tus temores y poco a poco empezaste a charlar con él de una forma cada vez más animada. ¿Recuerdas?, no cabías de gozo al descubrir que él también admiraba a Hamsun, a Conrad, a James Baldwin... Hizo que cada vez te sintieras más confiado y contestó a todas las preguntas con que lo bombardeaste esa noche: ¿Qué opinaba de Faulkner? ¿Cómo era García Márquez? ¿Cómo había conocido a Cardoza y Aragón?...

No dudas en creer que ese encuentro fue definitivo para ti.

Saliste a la noche, que estaba más oscura y más fría, lleno de alegría o de algo parecido a la alegría y, de no ser por el hecho de que no estaba lloviendo ni llevabas paraguas, y de que estás negado para el canto y el baile, te hubieras puesto a bailar y a cantar como Gene Kelly en *Singing in the Rain*. Cómo te hubiera gustado encontrar a alguien, darle un abrazo, contarle que un escritor te había leído y pensaba que podías llegar a ser escritor.

Fue el primero de varios encuentros, la mayoría fugaces pues él recibía visitas inesperadas, llamadas telefónicas... que acortaban las conversaciones. A manera de disculpa, Sergio te obsequiaba uno o varios libros (entre ellos una edición de *Un vagabundo toca con sordina* de Hamsun). La última vez que lo viste fue durante un homenaje que el gobierno del estado le organizó. Apenas y alcanzaste a saludarlo.

Después pasó el tiempo, él enfermó y se fue a vivir a Veracruz, muy enfermo... Nunca pudiste darle las gracias por todo lo que hizo por ti (y por tantos como tú): crear, fundar, inventar y dirigir la colección Ficción. La misma donde muchos, muchos años después, *La isla de madera*, tu primera novela, que mucho te hubiera gustado regalarle, salió a la luz.

RAFAEL ANTÚNEZ

DEBO



Nuestra alma melancólica en conserva

Agustín del Moral Tejeda

FICCIÓN
Universidad Veracruzana

Debo a Vicente Leñero el haberme sugerido a la Editorial de la Universidad Veracruzana como posible casa editora de *Nuestra alma melancólica en conserva*. “Ahí está la colección Ficción con toda su historia, su tradición y su prestigio —me dijo, palabras más, palabras menos—. Comenzarías con el pie derecho si la UV te publica”. Previamente, le debo el haber sido el generoso lector del original que, en un golpe de suerte, decidí enviarle poco después de haber puesto punto final a la novela. En el momento en que el original entró al proceso de edición, le debo, asimismo, la “carta a manera de prólogo” que ha acompañado a las dos ediciones que hasta el momento conoce el libro. Aún conservo el original (faxeado) de la carta dirigida a Luis Arturo Ramos, en ese entonces presidente del Consejo Editorial de la UV.

Debo a Rafael Antúnez la lectura crítica y sincera de la primera versión de la novela. “Los diálogos son malísimos —destacó sobre todo—. Son unos verdaderos ladrillos. Necesitas rehacerlos y trabajarlos”. Seguí su consejo y rehice los diálogos. ¿Mejoraron? No lo sé; si así fue, se lo debo también a Rafa.

Debo a José Luis Rivas el seguimiento del proceso de evaluación, aprobación y edición de la novela. Le debo, en su condición de director de la Editorial de la UV, el haberla incluido en la producción con que la casa de estudios celebró sus primeros cuarenta años de labor editorial. Aún

conservo tres ejemplares de esta primera edición (que hoy veo con una mirada nostálgica y... *melancólica*). Le debo a José Luis, más adelante, el haberme acompañado en la presentación de la novela en la FIL de Guadalajara, así como una atenta y puntual reseña publicada en *El Ángel de Reforma*.

Debo a Magdalena Cabrera y a Luis Horacio Heredia el cuidado de edición del libro, un cuidado puntilloso, preciso, atento a todos los detalles, que al mismo tiempo fue una lectura crítica que dio pie a pequeños pero significativos cambios.

Debo a Carlos Torralba la atinada y sugestiva ilustración de la portada, un grabado en acrílico/*collage*... de la serie *Nuestra alma melancólica en conserva*. El propio Carlos se encargó de enmarcar y regalarme los tres grabados, uno de los cuales –el que acompaña la portada– cuelga de una de las paredes de la habitación en la que leo, trabajo y pierdo el tiempo (esa que algunos llaman, pomposamente, *estudio*). Me agrada saber que la lectura del original le haya llevado a elaborar la serie.

Debo a Rafael Antúnez, a Luis Arturo Ramos y a Guillermo Villar el haberme acompañado en la primera presentación pública de la novela, la llevada a cabo en la cuarta edición de la Feria Nacional del Libro Universitario, realizada en 1997 en el Centro Recreativo Xalapeño. Por los nervios, por timidez o por pudor (aunque no lo crean conozco el pudor), no les pedí sus respectivas presentaciones. ¿Todavía la conservarán por ahí?

Debo a la publicación de *Nuestra alma melancólica en conserva* bajo la colección Ficción de la UV el haberme permitido participar en el encuentro Voces Narrativas en México, organizado por esta misma casa de estudios (Xalapa, 1997)

y en el que intervinieron, entre otros, Sergio Pitol, Vicente Leñero, Juan Villoro, Luis Arturo Ramos, Daniel Sada, Severino Salazar, Jorge López Páez y Rafael Antúnez.

Debo a la publicación de *Nuestra alma melancólica en conserva* bajo la colección Ficción de la UV el haberme permitido inscribir en el terreno editorial una historia a un tiempo personal y social: la de la guerra sucia con que el gobierno mexicano enfrentó los movimientos armados que surgieron en la década de los setenta, una guerra que no me afectó y me afectó. No me afectó porque nada tuve que ver con ella y nada tuvo que ver ella conmigo. Me afectó porque vi *tocada* la vida de mi viejo maestro de segundo año de primaria y la de mi mejor amigo de la infancia: el primero pasó alrededor de siete años en la cárcel, el segundo perdió a dos de sus hermanas. Debo, también, el haberme permitido inscribir en el mapa literario un escenario que me resulta cercano: Nanchital, el antiguo campamento petrolero en el que crecí y viví hasta los diecisiete años.

Debo a la publicación de *Nuestra alma melancólica en conserva* bajo la colección Ficción de la UV la refrendación de un conjunto de amistades (que no complicidades) literarias y el inicio de otras nuevas. Sus nombres ya los he escrito y no tiene caso que los repita. Al lado de ellos, eso sí, he participado en otras experiencias editoriales aleccionadoras y enriquecedoras.

Debo a la publicación de *Nuestra alma melancólica en conserva* bajo la colección Ficción de la UV un puñado de reseñas generosas y estimulantes. A las ya mencionadas, agrego la de Gerardo de la Torre en el hoy desaparecido suplemento de libros *Hoja por Hoja*, la de Juan José Reyes en *La cultura en México*, suplemento de *Siempre!*; la de Rodolfo Mendoza en *Performance*, la de Alfredo Zavaleta y la de Guillermo Man-

zano en sendas páginas ciberespaciales. (Creo de justicia mencionar una reseña *negativa*, firmada con un seudónimo por un amigo que –supongo– no quiso lastimarme con su nombre verdadero. Nada habría pasado si lo hubiera hecho.)

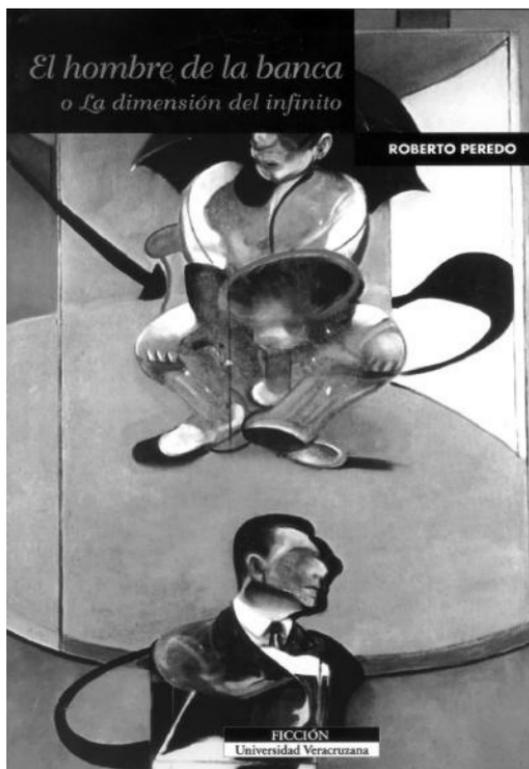
Debo a la publicación de *Nuestra alma melancólica en conserva* bajo la colección Ficción de la UV el posibilitar inscribirme en una historia y una tradición editorial y literaria que forman parte de lo mejor de este mundo en lengua hispana. No sé si la novela está a la altura de esa historia y esa tradición. Confío en que mi gratitud y mi memoria sepan estarlo.

AGUSTÍN DEL MORAL TEJEDA

PORQUE ESTA MI CASA...

El hombre de la banca
o La dimensión del infinito

ROBERTO PEREDO



FICCIÓN
Universidad Veracruzana

Publicar es un problema. Publicar si se vive en “provincia” lo es más. Publicar en la UV, bueno... imposible.

Este es un monólogo interior con el que lidio desde hace un tanto. Soy quejoso... y sin embargo, hacia 1979 (¡hace treinta y cinco años!) ya había publicado un fragmento de novela⁸ sobre la masturbación –como recurso y como discurso– en *La Palabra y el Hombre*, gracias a las desprendidas gestiones de Ángel José Fernández, entonces miembro del Consejo de Redacción, mientras yo permanecía exiliado en otras latitudes.

Dirigía la revista Luis Arturo Ramos, cuyo asiento en el taller de narrativa del INBAL yo ocupara tres años antes. (El que mi escrito apareciera en el número 30 de la nueva época es misterioso, casi premonitorio, ya que justamente será en el número 30 de la actual tercera época en que vuelva a ver publicado un texto mío en revista tan prestigiosa).

Debo mencionar también que por esas fechas había empezado a conocer Xalapa, luego de acompañar al inolvidable Jesús Luis Benítez –dueño de un poderoso lenguaje oral–, miembro, genuino si los hay, de la Onda, que gestionaba la publicación de su *Las motivaciones del personal* (UV, 1980). En aquellas fechas conocería también al poeta Jorge

8 *En el principio era el verbo tocar*, escrita durante el taller de narrativa del INBAL, con Augusto Monterroso, en 1976-1977.

Brash, otro miembro de esta institución que se ha distinguido por “empujar la carreta”.

Curioso es también que al menos seis de mis obras⁹ las haya publicado en la UV (una cuarta parte de mis títulos que han pasado por la imprenta), ya sea directamente con la Dirección Editorial, o dándome maña a través de alguna facultad o instituto o, de plano, saltándome trancas, consiguiendo coediciones, presentando los libros totalmente preparados para su edición, etcétera.

La labor editorial es compleja, difícil. Implica a muchas personas, de muy diversas cualificaciones, en un proceso que debe semejar la producción en cadena de Ford. Requiere dinero, criterio... ¡Qué sé yo qué más! Y sin embargo hay quien la hace y la hace bien.

La Universidad Veracruzana cumple la tarea a través de su Dirección Editorial. Miente quien diga que todo lo hace bien, a tiempo, sin complicaciones. Ninguna editorial puede, aunque lo intentara, pero, con sus limitaciones, la UV logra periódicamente el milagro de la palabra impresa. Algo invaluable...

Además de la ya anotada, me unen a la Dirección Editorial de la UV dos o tres anécdotas más, insustanciales para quien no está inmerso en ellas, pero para mí entrañables. Las añado pues a la que ya mencioné líneas arriba.

La primera trata sobre —no podría ser de otra manera— el dictamen: tiempo y secrecía. Cuello de botella de cualquier editorial, su pesadilla y su mal despertar. Herencia

9 *Diccionario Enciclopédico Veracruzano* (1993); *Improvisación con pájaros y niña*, con la Facultad de Danza (1994); *La enseñanza artística en Xalapa. Danza 1936-1975*, con la Facultad de Danza (1994); *Manejo del lenguaje escrito*, con la Comisión Mixta de Capacitación y Adiestramiento (2002); *Acillani y la flauta traviesa*, en coedición con el IVEC (2004) y *El hombre de la banca* (2007).

medieval, de cuando el calificado sacaba su espada y convencía al calificador de que se había equivocado... o –en caso de no poder persuadirlo– lo atravesaba limpiamente con su larga arma blanca. Pienso que el dictamen podría ser sustituido por el mecanismo con que se fabrican y aprueban las reseñas. ¿No son –o debieran ser– exactamente lo mismo?

Todo esto lo traigo a colación porque una de mis experiencias más significativas con la Dirección Editorial de la UV tuvo que ver con un dictamen:

Cuando presenté *El hombre de la banca o La dimensión del infinito* recibí, luego de un periodo que consideré excesivo, un dictamen en contra, al que creí injusto. Por esas fechas conocí a una “bruja” que no sólo me salvó la vida (literalmente) sino que me orientó con sabiduría. Resultado: decidí presentar un recurso de apelación. Después pensaría en las consecuencias. Expuse, pues, mi recurso, al que llamé “Dictamen sobre el dictamen”, y –sorpresa de mi parte– en poco tiempo recibí otro veredicto, positivo esta vez, que permitió que la obra fuera editada en la colección Ficción, en 2007. Presidía entonces el poeta José Luis Rivas, al que honra su quehacer en ese incidente. Por supuesto –como seguirá ocurriendo–, ambos, dictaminador y dictaminado, terminamos sabiendo quiénes éramos.

De aquel episodio guardo dos recuerdos imborrables. Por una parte la declaración desenfadada de la correctora de estilo a cargo de mi libro, Nina Crangle, acerca de que le gustaba “ese tipo” de poesía, y sus precisas sugerencias sobre el uso de algunas palabras, de algunas expresiones, cosas ambas que dejaron en mí la sensación de honradez y profesionalismo... Con ella trabajó a la par una persona que es para la cultura de Veracruz en lo general, y para la

de Xalapa y la de la Universidad Veracruzana en lo particular, un icono: Ramón Rodríguez. Me obliga la labor impecable de ambos como editores el reconocerlos aquí, aunque, por exigencias de espacio, mi homenaje sea parco e insuficiente.

Completo esta anécdota con lo sucedido pocos meses después, durante la Feria del Libro de aquel año (2007).

Me permití invitar al poeta, que humilde y diligentemente había trabajado sobre mi obra, a la presentación oficial de la misma. Aceptó él con su natural bonhomía. Lo que ocurrió después superó todas mis expectativas. Rodríguez masculló algunas palabras iniciales y de inmediato pasó a leer fragmentos de *El hombre de la banca*. Tenía antecedentes de su capacidad como lector en voz alta, pero aquella vez su lectura fue prodigiosa. En mis oídos mi propio poema se convirtió en otro... que en ese momento creaba él.

Para terminar, no debo dejar fuera una anécdota que viví con la Dirección Editorial cuando dirigía Luis Arturo Ramos en un segundo periodo. Allá por 1989 fui invitado a dirigir la Escuela Estatal de Teatro de San Luis Potosí.

Mi primera ocurrencia al ver el estado en que se encontraba la institución fue fundar una biblioteca. Solicité a Ramos cediera algunos libros. Con los libros aportados por la Dirección Editorial de la UV se fundó la primera biblioteca para las escuelas estatales de arte de San Luis Potosí. ¡Cómo honra a funcionario e institución tan generoso gesto!

Mi experiencia con la Dirección Editorial de la UV es, con todo, agrídulce. Creo que ha realizado a lo largo de los años una gran labor (no tengo que decir cuál puesto que está a la vista de todos, y ella lo presume largamente), pero ha dejado de hacer...

Mi petición particular sería que prohicjara más a los autores veracruzanos actuales. Que los buscara; que solicitara sus textos; que divulgara su obra; que los mostrara en congresos y embajadas culturales. Que permitiera que ellos fueran la cara visible de la Dirección Editorial y, por tanto, de la Universidad Veracruzana. Los editores, particularmente los franceses, saben que la importancia de un autor parte de su buen escribir, pero se sustenta en un buen divulgar. Desprendo de aquí que existen escritores veracruzanos que son considerados de “menor importancia” porque no han sido suficientemente editados y promovidos.

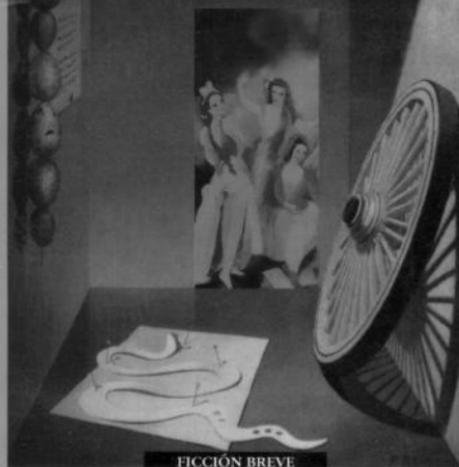
Por ahí rondan otras asignaturas mayores y menores. No es este el sitio para esclarecerlas. Básteme decir que si me permito decir lo hasta aquí declarado es porque la Universidad Veracruzana es, desde hace 27 años, mi casa...

ROBERTO PEREDO

**QUE LAS PALABRAS
TUVIERAN ALGO QUE DECIR**

Víctor Hugo Vásquez Rentería

El arrebató de las certezas



FICCIÓN BREVE

Universidad Veracruzana

I

A finales de abril de 2001, estaba a unos días de subirme al avión con al menos tres pretextos para sentirme bien: el gusto por el regreso a la tierra nativa –*le retour au pays natal*–, una versión en borrador de poco más de media docena de historias que –juraba yo– se volverían mi segundo libro y un inglés más o menos afilado.

Completaba entonces una segunda estancia en Estados Unidos. Había vivido durante dos semestres en el campus de una universidad jesuita que me invitó a asistir a su recinto para escribir e impartir clases de literatura latinoamericana, así como una variante de esta publicada en su mayoría en inglés, U. S. Latino/a Literature. La primera estancia en tierra de Anderson, Fitzgerald, Hemingway, Steinbeck & Co. había iniciado una década atrás, en Las Cruces, Nuevo México, donde –durante un par de años en la New Mexico State University– cursé una maestría en literatura hispanoamericana. También en aquel primer regreso tenía, entre otras, tres excusas similares a las mentadas, salvo que el borrador con el que me subiría al avión era el de mi primer libro, también de cuentos.

Al mediodía de aquella primavera al inicio del siglo, salí del edificio del campus, crucé la calle, y luego de caminar algunos metros entré al único local de comida que había en varias cuadras a la redonda, *Go Chicken, Go!* Distráido como

estaba viendo el menú instalado en la parte superior del mostrador, no advertí que tanto quienes atendían como el público consumidor eran afroamericanos. Pedí una hamburguesa de filete de pollo, con queso.

—NO MAYO, PLEASE! —enfaticé para evitar que embarnaran ambos panes de mayonesa.

Saqué un par de billetes de a dólar y cuando creí que el joven de la caja me saludaba, alcancé a entender que me pedía repetir lo dicho. Dado que luego de cinco intentos —en inglés— no lograba comunicarme, señalé con mi índice la opción de mi preferencia. Así, de tajo, la inoportuna necesidad de comer me privaba de una de las alegrías con las que creí volaría de regreso a casa. De nada sirvió que un compa angloparlante me refiriera una anécdota similar a la mía, vivida no sé si en Louisiana o en Alabama.

II

Lo primero que hice al bajarme del avión no fue salir corriendo a buscar editor para que trocara en libro el puñado de cuartillas que llevaba conmigo, sino —aparte de saludar al amigo y a su esposa que fueron por mí al aeropuerto de Veracruz— incurrir en al menos tres espléndidos ejemplos de *code switching*, de los cuales ahora sólo recuerdo un par: pedí que fuéramos al *ATM* (eitiem, dije), en lugar de al cajero. *Remember* Efraín Huerta.

Dos días después de haber bebido suficiente cerveza y vengar la afrenta de la primavera más bien fría del medioeste gabacho, merced a un par de regias asoleadas tumbado en la arena de alguna playa jarocho, estaba de vuelta en Xalapa. La primera alegría con la que subí al

avión permanecía intacta. Resplandeció cuando abracé a mi madre y hermano. La segunda, quedó entreverada con los libros y folders que no saqué de la maleta sino varias semanas después.

III

Desde afuera:

Están tardando hasta dos o tres años en dictaminar // Si quieres que salga este año busca otra opción // No te lo recomiendo, no están publicando nada // TalPorCual está enojadísimo porque tiene años que no le reeditan su libro // La colección Ficción *Fue*, pero *Ya no es* //

Desde adentro:

Necesita llenar un formato y entregar tres engargolados // (Mejor, le doy una revisada, pensé y ya en la siguiente primavera...) // Gracias, en tres o cuatro meses, nosotros le avisamos o si gusta llamar // Que no, que sólo funcionan algunas de las historias. Que corrija. // (Guardo el dictamen, mis cuartillas, rumio mi descontento hasta la próxima primavera.) //

Lo que usted no vio:

Los dictámenes destacan tres de las historias, me comenta José Luis Rivas // (No cubriría el mínimo de páginas requeridas, me recuerdo pensando) // Quedaría muy bien para Ficción Breve, anticipa Rivas // Que si, por favor, puede ir a recoger pruebas finas para revisar // (La presentación ocurriría en El Caftán Rojo, allá por la Miguel Alemán, Con Fay Toriz y Eduardo Antonio Parra //

IV

No recuerdo ya el título inicial de *El arrebato de las certezas*. Tampoco si eran siete o nueve historias, sí que eran más de seis. Que aquellas que no aprobaron el dictamen –aunque tardé varios meses en entenderlo– se deshilvanaban desde los primeros párrafos, faltas de sustancia como estaban no servían para que personajes igualmente desvaídos las habitaran.

Recuerdo sí el gusto de estar en un catálogo que desde mi época de estudiante era, por supuesto, un *dream team*, ya si de quienes hablábamos eran Melo, Galindo o Ramos, terciá cuya narrativa trascendería la mitología y el santoral locales; o bien de piedras angulares de la narrativa en español, García Márquez y Onetti; o de dotadas novelistas como Garro y Castellanos; o de apellidos –Carballido, Sabines– que se volvieron estéticas, ya en el teatro o la poesía.

Recuerdo el gusto con el que acudí a recoger un primer ejemplar de *El arrebato de las certezas*, no porque creyera que pertenecía ya al orden de los *big leaguer* enlistados; sí porque agradecía la apuesta de la UV, de la colección Ficción: alentar el trabajo de escritura sin desentenderse del rigor, procurando que las palabras tuvieran algo que decir.

VÍCTOR HUGO VÁSQUEZ RENTERÍA

¿QUIÉN FUE LINI M. DE VRIES?

Tordos sobre lilas

Magali Velasco Vargas



FICCIÓN BREVE
Universidad Veracruzana

De todos los libros que había en casa, llamaban mi atención los empastados color café y rojo. Las letras doradas en sus lomos no me significaban nada, me gustaba verlos en línea, ordenados. No sabía quiénes eran Dolores Castro, Sergio Galindo, José de la Colina. No sabía que en realidad habían sido libros de mi abuelo Pepe. Crecí y el ejemplar que leí empastado en piel café fue *Polvos de arroz*, de Galindo. No sabía tampoco que esta breve novela fue la primera de la colección Ficción, publicada en 1958. En los años siguientes pude leer *Los funerales de la Mamá Grande* de García Márquez y *Un hogar sólido* de la Garro. Por supuesto que no reparé en que eran primeras ediciones. Los libros estaban ahí, sus vestimentas elegantes y sobrias me obligaban a cuidarlos el tiempo que duraba mi lectura. Jamás los deshojé, ni siquiera se me ocurrió subrayarlos, algo que hago con todos mis libros. Esta biblioteca ha sido la más significativa en mi vida, no termino de leerla, es breve y a la vez inabarcable. Años atrás, en mi casa materna hubo mudanzas y reacomodos familiares y yo puse en una caja los libros empastados, la cerré y con plumón negro escribí: LOS LIBROS DEL ABUELO PEPE. Era un tesoro de 38 títulos. La caja permaneció cerrada hasta que regresé a vivir a Xalapa.

Cada tanto llega de nuevo la sorpresa: Juan A. Bardem es Juan Antonio, cineasta de la época franquista, tío de Javier Bardem y *Los segadores* es un guión cinematográfico y

Sergio Galindo le publicó también *Calle mayor* y *Muerte de un ciclista*; el poemario *Al pie de la letra* de Castellanos esconde, entre páginas, viñetas de Juan Soriano y *Ven, caballo gris* está ilustrado por su mismo autor. Pero es sin dudar *El sótano* el hallazgo que más me ha fascinado. Recuerdo que fue hace como 15 años que cayó en mis manos. No reconocí al autor, no entendía si era ella o él. Lini M. de Vries con traducción de Francisco González Aramburo. El relato tiene este arranque: “Vete al sótano, maldita mocosa’, gritó mi madre”. Y entonces no puedes soltar la novela que se publicó en 1959, la número 11 de la colección Ficción y con ilustraciones de Billy Barclay. La autora fue una gringa de origen holandés y describe directa y llanamente lo que podríamos imaginar sus recuerdos de infancia. Se trata de una prosa depurada de ripios en el lenguaje que cumple cabalmente con aquello que Quiroga pedía al buen cuentista y al narrador en general: no adjetivar sin necesidad además de respetar la sobriedad de las palabras a la hora de crear cualquier situación. *El sótano* va del maltrato infantil y el abuso sexual a la problemática de los migrantes europeos y de cualquier migrante en Estados Unidos. Narrada en primera persona, esta niña va creciendo prematuramente en los años veinte, y mientras lo hace, los recuerdos emergen del sótano. En la voz de Lini de Vries ahora, releyendo, puedo entender los silencios de Amparo Dávila y las ratas de Inés Arredondo. Pero esos guiños son del tipo que ocurre con los años y cada vez me especializo más en jugar a las tramas secretas en la vida, sus coincidencias y ríos subterráneos. Busco en internet a Lini y me topo con una crónica de Vicente Leñero publicada en 2012 en el número 104 de la *Revista de la Universidad de México*. Leñero cuenta que él y su mujer conocieron a la escritora en Cuernavaca

y que *El sótano* se la regaló el mismo Sergio Galindo advirtiéndole que los “xalapenses” habían repudiado la novela con severidad y escándalo. Pero es que cuándo no, si *La comparsa* del mismo Galindo le costó casi el exilio. Las paradojas de mi ciudad natal, donde el autor de *Otilia Rauda* fue, a mi gusto, el único en entender todos sus sustratos.

Lini de Vries vivió un tiempo en Xalapa invitada por el entonces rector de la UV, Aguirre Beltrán, para impartir un curso a estudiantes de antropología y para colaborar en la creación de la ahora Escuela para Estudiantes Extranjeros.¹⁰ Continuando con Leñero, me entero que este peculiar personaje que es más conocida por sus crónicas desde la memoria de la Segunda Guerra Mundial y lo que a ella le tocó vivir también, la Guerra Civil española, terminó viviendo en Cuernavaca, y en la antigua casa donde tenía su tienda, Lini les mostró un muro lleno de bocetos sin ton ni son de Diego Rivera. En esa casa vivió el pintor entre 1927 y 1930 cuando hacía los murales del Palacio de Cortés.

Tendré que preguntarle a la gente si recuerda a Lini. Pasó por el Papaloapan, leo que hizo un trabajo importante allá pero no sé de qué. La nota es escueta. Me viene a la mente Billie Upward, ese personaje de Pitol que desaparece en Papantla.

En un libro hay una historia y se multiplican, pero fuera de los empastados rojos y cafés, las narraciones se suceden y no alcanzan los días para aprehenderlas, para descubrirlas, para desenmarañarlas. En 2009 nació mi hijo Rodrigo y en ese año la UV me publicó *Tordos sobre lilas* en la colección Ficción Breve, en ese año regresé a Xalapa e ingresé

10 Cfr: <http://www.veracruzanos.info/la-narradora-lini-de-vries-campeona-de-editorial-ficcion/>

como docente a la Facultad de Letras Españolas. Una cadena de vidas cruzadas en los libros creados y cuidados por una institución pública que hace más de un lustro se concentraba en la calle de Juárez, en el número 23.

MAGALI VELASCO VARGAS

YO CELEBRO

Universidad Veracruzana

La Universidad Veracruzana

a través de la Dirección Editorial

CONVOCA al

**Premio
Latinoamericano
de Primera Novela**

*Sergio
Galindo*



Le guardo una enorme gratitud a la Universidad Veracruzana y a su editorial. Primero, porque soy un orgulloso egresado de esa casa de estudios. A mi alma máter debo el haber encallado en la pasión por la cultura y el arte, por la palabra y el hombre. Cuando llegué a Xalapa hace varios años, descubrí en la biblioteca paterna ediciones de la colección Ficción que nutrieron mis escauceos con la literatura. Allí leí por primera vez los *Polvos de arroz* de Sergio Galindo (el joven fundador de la editorial), y tanto la prosa de Luisa Josefina Hernández en *El lugar donde crece la hierba* y *La noche exquisita*, como los diálogos veloces de su trabajo teatral en *Los huéspedes reales* y *La calle de la gran ocasión*. Descubrí a Emilio Carballido, no sólo como el dramaturgo de *Las estatuas de marfil*, sino también como el prosista de *El Norte*. Disfruté a Jorge Ibarguengoitia, antes de convertirse en el gran tráfuga del teatro mexicano, con *Clotilde en su casa*, *El viaje superficial* y *Pájaro en mano*. Me hundí en los cuentos de *La semana de colores* de una joven Elena Garro y también en el espejo de su dramaturgia en *Un hogar sólido*. Hurgué por primera vez en la poesía transparente del *Diario semanal*... de Jaime Sabines, y descubrí la narración exacta de *El infierno de todos* de Sergio Pitó.

Pero también estoy en deuda con la Universidad Veracruzana porque, en 2014, me concedió el Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo; una distinción que me honrará para siempre. Confieso que decidí enviar

mi original al premio a pesar de que en esto de la literatura me había considerado siempre un hombre de teatro. Por años me la pasé escribiendo y, cada vez que se podía, llevando mis obras a escena, lo mismo en los concursos de teatro universitario que con grupos de teatro experimental, manteniendo en ello la ciega fidelidad de un fundamentalista.

Un día, sin embargo, llevado por la oscura insinuación de un colega dramaturgo –y ante el hecho de que se acumulaban en mi cajón obras de teatro que quizá nunca llegarían a ser puestas en escena– decidí abrazar la vocación de tráfuga que parece dormir en todo dramaturgo y esbozar las líneas de lo que sería una novela. Dos motivaciones aparecieron de inmediato. La primera, que la trama podría ocurrir en el sitio, tiempo y circunstancia que yo quisiera, sin tener que preocuparme por el eventual costo de los decorados. Y después, que no tendría que poner a prueba la solidaridad de mis amigos actores al intentar embarcarlos en un nuevo proyecto ni lidiar tampoco con otros –no tan amigos– que cuestionaran si los parlamentos que yo ponía en sus labios eran apropiados o no para su rigurosa formación actoral. Así escribí *Cazar mariposas*, mi primera novela.

Todo comienza con una imagen: el estío veracruzano y tres jóvenes mojando los pies en la corriente del río Pescados. Ellos ambicionan el amor de la mujer que está sentada entre ambos, y ella se ha decidido ya por uno de los dos. Para sellar un extraño pacto de amistad –que parece la única forma en la que el excluido podrá mantenerse cerca de la joven–, prometen reunirse dos décadas después en ese mismo páramo para que, como en el juego de una cápsula de tiempo, sus “yo” futuros intenten revivir un presente que habrá envejecido. El día del esperado reencuentro el

sonido de una bala hará que ese universo mínimo explote y comience a expandirse hasta crear esa breve realidad alterna que es la ficción.

Celebro haber sucumbido a la tentación del transfuguismo literario que me permitió tomar distancia de las tablas y descubrir el encanto de crear universos narrativos. Me alegro, a pesar de que, al final, uno termina dándose cuenta de que el teatro y la novela no son tan distintos, ya que ambos son sólo formas diversas para mirarnos a nosotros mismos. Si bien el teatro encierra el misterio primigenio de la catarsis, la novela es también un medio para expurgar pasiones y, en el sentido aristotélico, purificar el espíritu.

Uno –como decía Jorge Ibargüengoitia– escribe los libros que le gustaría leer y que no existen, y aspira a que alguien le diga que leyó su novela con gusto, que fue como uno la escribió. Por eso me resulta difícil imaginar un mejor sitio para publicar mi primera novela que la colección Ficción de la Editorial de la Universidad Veracruzana, en la medida en que es un privilegio ser publicado no sólo por una de las más reconocidas editoriales de nuestro continente, sino sobre todo al lado de aquellos nombres a los que la imaginación se halla ligada desde los tiempos anhelantes de la juventud.

MANUEL AGUILERA

Siendo rectora de la Universidad Veracruzana
la doctora Sara Ladrón de Guevara,
COLECCIÓN FICCIÓN. TESTIMONIOS DESDE LA MEMORIA COLECTIVA
se terminó de imprimir en diciembre de 2014
en los talleres de Proagraf, S. A. de C. V.
Av. 20 de Noviembre núm. 649, col. Badillo, CP 91190,
Xalapa, Veracruz, México. Tel. (01228) 8906204.
En su composición se usaron tipos Baskerville y Bodoni.
Viñeta de forros: Aram Huerta Miranda.
Reproducción de diseño de la colección Ficción (1960)
y maquetación: Aída Pozos Villanueva.
Cuidado de la edición: Nina Crangle y Magdalena Cabrera.